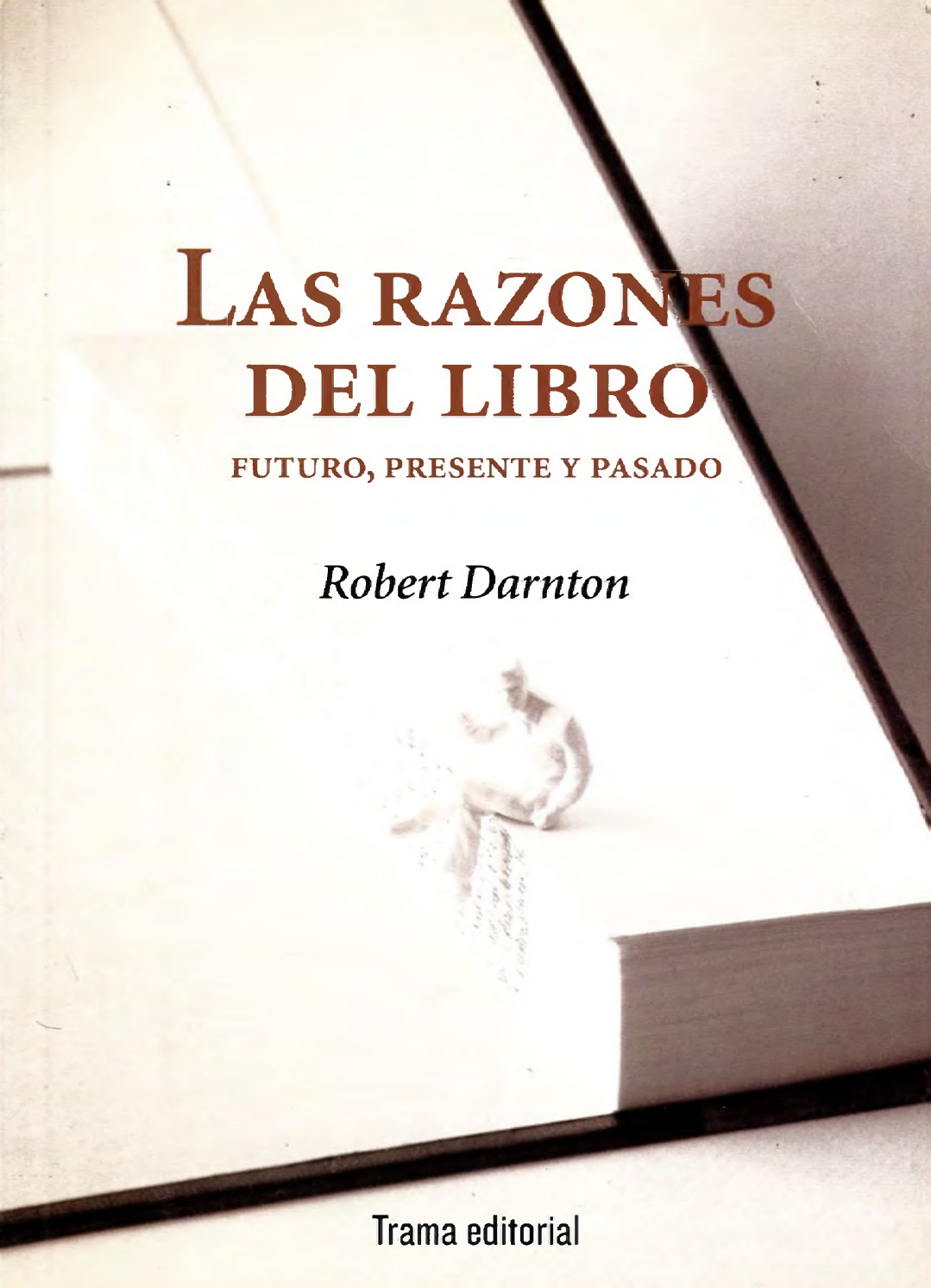
LAS RAZONES DEL LIBRO

FUTURO, PRESENTE Y PASADO

Robert Darnton



Trama editorial

Robert Darnton

Es profesor de Historia de Europa en la Universidad de Princeton, y director de la Biblioteca de la Universidad de Harvard. Pionero en los estudios sobre la historia del libro y la lectura, ha sido fundador del programa Gutenberg-e. Entre sus obras se encuentran *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen, Los best-sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución, La gran matanza de los gatos y otros episodios de historia cultural francesa, El negocio de la Ilustración: historia editorial de la Enciclopedia, El coloquio de los lectores...* Vive en Cambridge, Massachusetts.

LAS RAZONES DEL LIBRO

LAS RAZONES DEL LIBRO

FUTURO, PRESENTE Y PASADO

Robert Darnton

Traducción de
Roger García Lenberg

Trama editorial

Título original:
The Case for Books: Past, Present and Future

Copyright © 2009 by Robert Darnton

Published by Public Affairs TM
A Member of the Perseus Books Group

1ª edición: septiembre 2010

COPYRIGHT DE LA EDICIÓN
© 2010, Trama editorial
Blanca de Navarra, 6
28010 Madrid
Tel.: 91 702 41 54
trama@tramaeditorial.es
www.tramaeditorial.es

TRADUCCIÓN
© Roger García Lenberg,
Keyword Traducciones, 2010

FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA
Juan Vidaurre

DISEÑO GRÁFICO
Miguel San José Romano

ISBN 978-84-92755-36-3
DEPÓSITO LEGAL M-41416-2010

Esta obra ha sido publicada con una subvención
de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas
del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en
Bibliotecas Públicas de acuerdo con lo previsto en el artículo
37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

GOBIERNO DE ESPAÑA | MINISTERIO DE CULTURA

Impreso en España - *Printed in Spain*

Introducción 7

Parte I. El futuro

1. Google y el futuro de los libros 19
2. El panorama de la información 36
3. El futuro de las bibliotecas 55
4. Objetos perdidos en el ciberespacio 70

Parte II. El presente

5. El libro electrónico y el libro tradicional 79
6. «Gutenberg-e» 90
7. Acceso libre 111

Parte III. El pasado

8. Un himno al papel 117
9. La importancia de la bibliografía 138
10. Los misterios de la lectura 155
11. ¿Cuál es la historia de los libros? 177

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

INTRODUCCIÓN

Este es un libro sobre los libros y una descarada apología del pasado, presente y futuro de la letra impresa. Su objetivo principal es plantear un debate sobre el lugar que deben ocupar los libros en el entorno digital, un entorno que hoy en día es ya una realidad con notable repercusión en la vida de millones de personas. No es en absoluto mi intención hacer una condena de los medios de comunicación digitales. Más bien me propongo explorar las posibilidades de convertirlos en aliados del inmenso poder que liberó Johannes Gutenberg hace algo más de cinco siglos. ¿Qué tienen en común los libros tradicionales y los libros electrónicos? ¿Qué ventajas comparten las bibliotecas e Internet? Puede que en un plano abstracto estas preguntas parezcan carentes de sentido, pero inciden de manera muy real en las decisiones que toman cada día los agentes que actúan en la industria de las comunicaciones: gestores de páginas web, ingenieros informáticos, gestores financieros, abogados, editores, libreros, e infinidad de lectores.

Partiendo de mi modesta experiencia personal, quiero ofrecer este libro por si pudiera resultar de utilidad a quien necesite orientarse en el mundo de la información. Mi propio camino me condujo por muchos territorios que desconocía. Tras una breve experiencia como periodista –trabajé sobre todo para la sección de sucesos del *Newark Star Ledger* y del *New York Times*–, me convertí en profesor universitario. Me pasaba la mayor parte del tiempo en el siglo XVIII, estudiando lo que acabaría denominándose

Historia de los libros. Mis investigaciones sobre la actividad editorial en la época de la Ilustración me brindaron la oportunidad de observar el trabajo de los editores en el mundo moderno durante los cuatro años que pertenecí al consejo editorial de Princeton University Press y durante los quince años que fui administrador de la Oxford University Press en EE.UU. Las oficinas centrales de la OUP en la Avenida Madison me permitieron familiarizarme con las vertientes comercial y académica de la actividad editorial. El verano que pasé como becario en la cadena CBS me abrió una nueva perspectiva desde lo alto de la oficina situada en la Sexta Avenida. Cuando fui nombrado miembro de la junta directiva de la Biblioteca Pública de Nueva York, regresé al corazón del «país de los libros» situado entre la Quinta Avenida y la calle 42. Por aquel entonces, yo editaba libros muy cerca de allí, en la editorial W.W. Norton, y artículos en la *New York Review of Books*, al otro lado de la ciudad, en el cruce de Broadway con la calle 57. Ni planificándolo con antelación hubiera logrado recorrer un itinerario más revelador por el mundo contemporáneo de los libros. Pero todo fue fruto de la improvisación y de la buena suerte, según fueron surgiendo las oportunidades.

En el camino, colaboré en el lanzamiento de dos proyectos editoriales de mi propia cosecha: la *Electronic Enlightment*, una base de datos digital elaborada a partir de la correspondencia de Voltaire, Rousseau, Franklin y Jefferson (y que actualmente comercializa la Fundación Voltaire de Oxford a través de suscripciones y cuyo contenido difiere ligeramente de mi idea original) y las *Gutenberg-e*, una serie de monografías digitales basadas en tesis doctorales de Historia premiadas a lo largo del tiempo (también comercializadas a través de suscripciones por la editorial Columbia University Press). Ambos proyectos fueron financiados por la Fundación Andrew W. Mellon y me sirvieron para aprender que los planes de negocio son algo muy importante y que se puede promover el bien común también desde el sector privado.

Finalmente, decidí escribir un exhaustivo libro electrónico sobre la edición y la comercialización de libros en la Europa del siglo XVIII. Pero antes de que tuviera preparada mi página web,

recibí una inesperada llamada telefónica del rector de la Universidad de Harvard preguntándome si me gustaría optar al puesto de director de la biblioteca de esta universidad. No dudé mucho antes de responder que sí. Se me ofrecía la oportunidad de participar activamente en asuntos que había estado estudiando como fenómenos históricos. En principio, el puesto no implicaba una gran carga de trabajo administrativo. Al contrario, se esperaba que continuara en la universidad con mi labor docente y de investigación, y que confiara la gestión de las bibliotecas (cuyo número estimado oscila entre 40 y 104, según se defina el término) a los bibliotecarios en jefe, que gozan de gran prestigio profesional. Pero cuando tomé posesión de mi cargo en julio de 2007, me enteré de que Harvard mantenía en secreto conversaciones con Google sobre un proyecto que me cortó la respiración. Google planeaba la digitalización de millones de libros, comenzando por los que tenían Harvard y otras tres bibliotecas universitarias. Estas copias digitales serían comercializadas a partir de una base de datos que se convertiría en la mayor biblioteca del mundo, mucho mayor que ninguna otra imaginada desde los tiempos de la Biblioteca de Alejandría.

Google Book Search, nombre por el que se conoce este proyecto, surgió a partir del intento de llegar a un acuerdo extrajudicial tras la demanda presentada contra Google en septiembre y octubre de 2005 por un grupo de autores y editores que argumentaban que Google, al digitalizar libros pertenecientes a las bibliotecas y publicar extractos de los mismos en la Red, infringía los derechos de autor. Harvard no estaba involucrada en la demanda, pero tenía que ser informada de las negociaciones para llegar a un acuerdo, porque el proyecto de Google nunca conseguiría despegar sin la colaboración de las bibliotecas que suministrasen los libros para su digitalización. Pasé gran parte de mis primeros dos años en Harvard reuniéndome con abogados y luchando por comprender las implicaciones del acuerdo conforme éste se iba perfilando. Todo el asunto debía permanecer en secreto, debido a acuerdos de no revelación de información, hasta que el acuerdo se hizo público el 28 de octubre de 2008. Para entonces, había aprendido mucho sobre litigios corporativos y sobre el extraño mundo de Google, en el que

jóvenes ingenieros sentados sobre unos balones de goma hinchables soñaban con algoritmos que sirvieran para organizar la búsqueda de todas las cosas. (Durante una visita a las oficinas de Google pedí a un empleado que me describiera la organización jerárquica de la empresa. «Es muy sencillo», me respondió, «primero están los ingenieros, luego los abogados y después los cocineros».)

Impresionado como estaba ante la idea de esta megabiblioteca digital, me producía cierta inquietud pensar que la colección de libros de Harvard, construida con tanto esfuerzo desde el año 1638, pudiera convertirse en objeto de especulación comercial. Nada tenía que objetar al proyecto de Google de poner gratuitamente a disposición de los interesados vía Internet libros que son de dominio público, es decir, libros exentos de derechos de autor. Pero la intención última de Google era vender suscripciones a una base de datos digitalizada de libros protegidos por derechos de autor y compartir los ingresos con aquellos que habían demandado a la empresa. Cuanto más averiguaba sobre Google, más me daba la impresión de que esta empresa actuaba como si fuera un monopolista con la manifiesta intención de conquistar los mercados, antes que como un aliado natural de las bibliotecas, cuya auténtica razón de ser es la conservación y difusión del conocimiento. En dos artículos publicados en la *New York Review of Books* y que aquí se reproducen, intenté explicar las implicaciones que se derivaban del proyecto Google Book Search. Desde entonces se ha venido desarrollando un intenso debate público sobre este asunto. Dicho debate continúa abierto mientras escribo estas líneas a la espera de conocer la suerte del acuerdo alcanzado por Google con autores y editores, que dependerá del fallo de un tribunal que inicia sus deliberaciones a finales de 2009.

El otro asunto que me tuvo intensamente ocupado durante mis dos primeros años en Harvard fue la versión local de un amplio movimiento conocido como «libre acceso» *(open access)*. En colaboración con Stuart Schieber, un experto en informática consagrado a esta causa y con el apoyo del rector de Harvard, Steven Hyman, defendí ante la Facultad de Artes y Ciencias la propuesta de que todos los artículos científicos escritos por miembros de la

facultad estuvieran disponibles *on-line* de forma gratuita. La moción fue aprobada por unanimidad el 12 de febrero de 2008. Desde entonces, se han aprobado mociones similares en la Facultad de Derecho, la Kennedy School of Government y la Facultad de Educación. Es de esperar que las demás facultades de Harvard pronto se unan a esta iniciativa, de manera que el «modelo Harvard» de libre acceso es ahora objeto de un amplio debate en el mundo académico. Lo que distingue este modelo de otros similares es su carácter obligatorio. Al personal docente se le exige que ceda a Harvard una licencia no exclusiva que permite el libre acceso a su producción académica desde un fondo documental, que la biblioteca administra desde la oficina de comunicación académica (Office for Scholarly Communication). El personal docente puede solicitar una dispensa, que se concede automáticamente, pero en principio todos están obligados a facilitar el acceso a los resultados de sus investigaciones a cualquiera que disponga de acceso a Internet.

El principio de accesibilidad subyace a varios de los proyectos que se presentan en este libro. No espero que los lectores tengan un interés especial por lo que ocurre en Harvard, pero es cierto que la biblioteca de Harvard es un lugar ideal para tratar los problemas del ámbito de la investigación y la enseñanza en cualquier parte del planeta, como son: la obligación de pagar precios exorbitados por las publicaciones periódicas, cómo conservar los textos que han «nacido» digitales, defender el respeto a los derechos de autor cuando damos material a los estudiantes, o la inclusión de páginas web y correos electrónicos como material a archivar para investigaciones futuras. También existen problemas de índole práctico: ¿cómo seguir adquiriendo libros impresos sin dejar de estar al día en las publicaciones digitales? ¿Cómo desarrollar un nuevo modelo de negocio que sustraiga las publicaciones académicas del afán especulador de los editores? ¿Cómo legitimar monografías digitales a los ojos de los conservadores que piensan que el único libro auténtico es el libro impreso? Estas preguntas se refieren todas al futuro de la comunicación. Espero que sean de interés para un amplio espectro de lectores, aunque yo las aborde tal como se me plantearon en mi rinconcito de un campus universitario.

Pienso que todo intento de mirar al futuro mientras se afrontan los problemas del presente debe partir del análisis del pasado. Por ello he dividido esta colección de ensayos en tres partes, retrocediendo desde la especulación sobre cómo será el mundo de los libros dentro de cinco o diez años hasta reflexiones sobre antiguas eras de la información, que disponían de sus propios sistemas de comunicación, pasando por la polémica en torno a los problemas actuales. No era mi intención que estos ensayos encajaran en una estructura predefinida. Fueron escritos conforme lo iban exigiendo las circunstancias y disparados, a bulto, contra dianas móviles.

Cambiando de metáfora, diría que un ensayo sirve para analizar un tema concreto a fondo, como hacen los expertos en metalurgia cuando perforan un material para conocer su composición. Para este propósito resultan especialmente útiles los ensayos escritos a partir de reseñas de libros. La última parte de este libro contiene tres reseñas de este tipo que escribí para analizar diferentes aspectos de la historia de los libros: el papel –el material básico de la literatura desde el siglo XV al XXI–, la bibliografía –la principal herramienta para tomar la medida a un texto–, y la lectura –el elemento fundamental y más misterioso del proceso de comunicación. La comunicación como tal –el concepto de pasos interrelacionados en el proceso de producción y consumo de libros– se aborda en el último capítulo, que intenta describir la historia de los libros en general e ilustrar los métodos utilizados a partir de la investigación en archivos. Creo que la historia de los libros es una de las ramas más importantes de las ciencias sociales. ¿Será que el éxito de este tipo de investigaciones expresa la fascinación por un mundo que hemos perdido, ahora que Internet hace que las prensas parezcan objetos arcaicos?

Quizá, pero un estudio de los libros no tiene por qué limitarse a una única tecnología. Al retroceder dentro de la dimensión histórica del tema, espero ayudar al lector a formarse una visión a largo plazo de los problemas actuales. A pesar de que, en mi opinión, el análisis histórico no ofrece lecciones que se puedan aplicar directamente a las circunstancias actuales, la inmersión en el pasado puede aportar una perspectiva útil sobre los acontecimientos pre-

sentes y futuros. Hoy en día, la gente siente cómo el suelo bajo sus pies se inclina hacia una nueva era que estará marcada por las innovaciones tecnológicas. Podemos observar un cambio en las pautas de comportamiento. La generación «nacida en la era digital» está «siempre conectada», hablando por el teléfono móvil, enviando mensajes o creando redes dentro de realidades auténticas o virtuales. Los jóvenes con los que nos cruzamos en la calle o que se sientan a nuestro lado en el autobús, al mismo tiempo están y no están. Mueven los hombros y los pies al ritmo de una música que sólo ellos escuchan en el interior del caparazón de sus dispositivos electrónicos. Parecen estar en otra onda que los mayores, que conectaron con el mundo de las máquinas desde una zona diferente del subconsciente. La generación de los mayores aprendió a ajustar el dial girando un botón, los jóvenes pulsando una palanca con el pulgar. La diferencia entre girar y pulsar puede parecer trivial, pero se deriva de reflejos situados en la profundidad de la memoria cinética. Nos orientamos, encontramos nuestro camino en el mundo que nos rodea mediante una configuración sensorial que los alemanes denominan *Fingerspitzengefühl*, «sensibilidad en las yemas de los dedos». Si a nosotros nos enseñaron a dirigir un lápiz con el índice, basta con observar cómo los jóvenes utilizan sus pulgares en los teléfonos móviles para darse cuenta de la manera en que la tecnología marca a la nueva generación en cuerpo y alma.

¿Significa esto que un cambio en el *Fingerspitzengefühl* hará que los lectores dejen de hojear los libros? Parece que las máquinas de lectura han conquistado un lugar en el mundo de la información, pero la máquina más antigua de todas, el códice, sigue dominando el mercado de la lectura. De hecho, su cuota de mercado crece. Según Bowker's Global Books in Print, en 1998 se publicaron en el mundo 700.000 nuevos títulos, 859.000 en 2003 y 976.000 en 2007. A pesar de la actual crisis económica, pronto se publicarán al año un millón de títulos.

La fuerza duradera que demuestra tener el códice ilustra un principio general de la historia de las comunicaciones: un medio no desplaza a otro, al menos en el corto plazo. La publicación de manuscritos siguió floreciendo mucho tiempo después de que

Gutenberg inventara la imprenta, los periódicos no eliminaron a los libros, la radio no sustituyó a los periódicos, la televisión no acabó con la radio e Internet no ha hecho que los telespectadores den la espalda a sus televisores. ¿Quiere esto decir que los cambios tecnológicos demuestran que la continuidad prevalece frente a la proliferación de nuevos inventos?

No. La explosiva expansión de los medios de comunicación electrónicos es tan revolucionaria como lo fue la invención de la imprenta con tipos móviles y nos cuesta asimilarlo tanto como les costó a los lectores del siglo XV, cuando se vieron confrontados con los primeros textos impresos. Veamos a modo de ejemplo una carta escrita en 1471, menos de veinte años después de que Gutenberg inventara la imprenta, por Niccolò Perotti, un italiano erudito en la literatura clásica, a Francesco Guarnerio:

> «Estimado Francesco, últimamente no he cesado de alabar la época en la que vivimos debido al gran, incluso divino regalo que ha supuesto la nueva forma de escritura que recientemente nos ha llegado de Alemania. De hecho, he visto cómo un solo hombre imprimía en un mes lo que varias personas necesitarían años en escribir a mano... Esto me hizo concebir la esperanza de que dentro de poco tiempo dispondríamos de tal cantidad de libros que no existiría una sola obra que no pudiéramos conseguir por falta de medios o escasez de ejemplares... Pero ahora me doy cuenta –¡ay de mis pensamientos errados y tan humanos!– de que las cosas han evolucionado de forma muy diferente a lo que imaginé. Porque ahora que todos son libres de imprimir lo que les venga en gana, con frecuencia se desprecia lo que tiene más valor y en su lugar se escribe, con el solo afán de entretener, lo que sería mejor olvidar o incluso *borrar* de los libros. Y cuando escriben algo que vale la pena, lo tergiversan y lo corrompen hasta el punto de que sería preferible que esos libros no existieran, antes que tener miles de ejemplares difundiendo falsedades por el mundo entero».

Las palabras de Perotti suenan parecido a lo que expresan algunos críticos del Google Book Search, incluido yo mismo, que lamentan las imperfecciones del texto y las inexactitudes bibliográficas de esta «nueva forma de escribir» que nos llega por Internet. Nos encontramos en una época de transición en la que coexisten medios de comunicación impresos y digitales. Las novedades tecnológicas quedan rápidamente anticuadas. Estamos asistiendo ya a la desaparición de objetos que nos son familiares: las máquinas de escribir, que ya sólo encontramos en tiendas de antigüedades; las postales, convertidas en una curiosidad; las cartas escritas a mano, que superan las capacidades de muchos jóvenes que ya no saben escribir en letra cursiva; los diarios, que han desaparecido de muchas ciudades; la librería del barrio, que ha dejado paso a las librerías pertenecientes a cadenas, que a su vez se sienten amenazadas por distribuidores que utilizan Internet, como Amazon. ¿Y las bibliotecas?

Pueden parecer las instituciones más arcaicas de todas. Sin embargo, su pasado supone un buen presagio para su futuro, porque las bibliotecas nunca fueron almacenes de libros. Siempre fueron y siempre serán centros de aprendizaje. La posición fundamental que ocupan en el mundo del aprendizaje hace que estén perfectamente preparadas para mediar entre los medios de comunicación impresos y digitales. También los libros pueden acomodarse a ambos. Ya estén impresos en papel o almacenados en un servidor, son portadores del conocimiento y su autoridad se deriva de mucho más que de la tecnología que los produjo. Parte de su autoridad se la deben a los autores, aunque el respeto que suscitan sea muy anterior al culto al autor, que se desarrolló en el siglo XVIII. Los historiadores insisten en que los autores escriben textos, pero los libros los hacen los profesionales del libro y éstos desempeñan funciones que van mucho más allá de la fabricación y difusión del producto. Los editores son los guardianes que controlan el flujo del conocimiento. De la variedad infinita de temas susceptibles de ser publicados, ellos seleccionan lo que piensan que se venderá o debiera venderse, de acuerdo con su calificación profesional o sus convicciones personales. El criterio de los editores, formado por una larga experiencia en el mercado de las ideas, determina lo que

llegará a los lectores y los lectores dependen de este criterio más que nunca en esta época caracterizada por el exceso de oferta de información. Al seleccionar los textos, al editarlos, al darles forma para hacerlos legibles y al llamar la atención de los lectores sobre ellos, los profesionales del libro proveen servicios que perdurarán frente a cualquier cambio tecnológico.

Por lo tanto, tengo el placer de ofrecer estos ensayos en formato de códice como palabras impresas y me congratulo que mi editor norteamericano, PublicAffairs, los publicará a su vez en Internet y en forma de grabaciones de audio. La mayoría de los ensayos fueron publicados en la *New York Review of Books*, cuyo editor, Robert Silvers, lleva corrigiendo mi prosa y dando forma a mis pensamientos desde hace casi cuarenta años. Quiero expresarle mi gratitud a él y también a Peter Osmos y a Clive Priddle de PublicAffairs por su asesoramiento, que ha sido fundamental para que esta colección de ensayos acabara convirtiéndose en un libro.

PARTE I.

EL FUTURO

I. GOOGLE Y EL FUTURO DE LOS LIBROS

En los últimos cuatro años, Google ha digitalizado millones de libros –muchos de ellos protegidos por derechos de autor– provenientes de los fondos de las bibliotecas más importantes, con la intención de hacer accesibles estos textos mediante la búsqueda *on-line*. La puesta en marcha de este proyecto, conocido como Google Book Search, provocó que un grupo de autores y editores demandaran a Google por no respetar los derechos de autor. Tras largas negociaciones, los demandantes y Google llegaron a un acuerdo que podría tener una importante repercusión sobre el mundo editorial en el futuro próximo. ¿Cómo será ese futuro?

Nadie lo sabe, porque el acuerdo es tan complejo que es extremadamente difícil predecir cómo será el nuevo marco económico y legal que se derivará de él. Pero los responsables de las bibliotecas universitarias tenemos un objetivo común bien definido: queremos abrir nuestros fondos a todos los lectores. ¿Qué podemos hacer para lograr nuestro objetivo? Quizá la única táctica posible sea mantenernos bien alerta: dirige tu mirada lo más lejos que puedas, no quites el ojo de la carretera y no pierdas de vista el espejo retrovisor.

Cuando miro hacia atrás, me fijo sobre todo en el siglo XVIII, en la Ilustración, en su fe en el poder del conocimiento y en el mundo de ideas en que se desenvolvía, es decir, en lo que durante la Ilustración se denominó la República de las Letras.

El siglo XVIII se imaginaba la República de las Letras como un espacio sin policía, sin fronteras y sin más desigualdades que aquellas originadas por la diferencia en aptitudes y talento. Todo ciudadano podía pertenecer a ella si ejercía las dos prácticas distintivas de la ciudadanía: la escritura y la lectura. Los escritores formulaban las ideas, los lectores las juzgaban. Gracias al poder de la palabra impresa, estos juicios se difundían por círculos cada vez más amplios y, al final, prevalecerían los argumentos mejor fundados.

La palabra circulaba también a través de las cartas, pues el siglo XVIII fue sobre todo una época de un intenso intercambio epistolar. Basta con leer la correspondencia de Voltaire, Rousseau, Franklin y Jefferson –cada una de las cuales ocupa 50 volúmenes– para ver la República de las Letras en pleno funcionamiento. Estos cuatro personajes ilustres debatieron sobre todos y cada uno de los temas relevantes de su época, y mantuvieron un flujo continuo de correspondencia que cruzaba Europa y América formando una red de información de dimensiones transatlánticas.

Me gusta especialmente el intercambio de cartas entre Jefferson y Madison. Debatieron sobre todos los temas, y principalmente sobre la Constitución de los Estados Unidos, en cuya redacción Madison colaboraba mientras Jefferson representaba a la joven República en París. Con frecuencia escribieron sobre libros. Jefferson era muy aficionado a recorrer las librerías de la capital de la República de las Letras y adquirió numerosos libros para su amigo, entre otros la *Encyclopédie* de Diderot, que Jefferson creyó haber comprado a precio de ganga, si bien confundió una reimpresión con la primera edición.

La imagen de dos futuros presidentes hablando sobre libros sirviéndose de la red de comunicaciones de la Ilustración es emocionante. Pero antes de que la neblina producida por los sentimientos desdibuje esta visión del pasado, debo añadir que la República de las Letras era democrática sólo en teoría. En la práctica, estaba dominada por los aristócratas y los ricos. Lejos de poder ganarse la vida con su pluma, la mayoría de los escritores se veían obligados a solicitar los favores de un mecenas, a rogar que les concedieran sinecuras, a luchar porque les dieran un puesto en las revistas

controladas por el Estado, a esquivar la censura y a pelear para acceder a los salones y las academias para crearse una reputación. Si por un lado sufrían el trato indigno por parte de los que ocupaban una posición superior en la escala social, por el otro se atacaban entre sí. La disputa entre Voltaire y Rousseau ilustra su estado de ánimo. Voltaire, tras leer en 1755 el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* de Rousseau, escribió al autor de la obra: «He recibido, caballero, vuestro nuevo libro en contra de la raza humana (...) Le hace a uno sentir ganas de ponerse a cuatro patas». Cinco años más tarde, Rousseau escribió a Voltaire: «Caballero (...) le odio».

Los conflictos personales estaban marcados por las diferencias sociales. La República de las Letras no era un ágora igualitaria, sino que sufría el mismo mal que envenenó todas las sociedades del siglo XVIII: los privilegios. Los privilegios no se limitaban a la aristocracia. En Francia existían en todos los ámbitos del mundo de las letras, incluida la impresión y la venta de libros, dominada por gremios excluyentes, y afectaban también a los propios libros, que no podían ser publicados legalmente sin llevar impreso el permiso real y el visto bueno de la censura.

Para comprender el sistema descrito es muy útil recurrir a la sociología del conocimiento, en concreto al concepto de Pierre Bourdieu de la literatura como una esfera de poder, compuesta por posiciones que rivalizan entre sí dentro del marco de las reglas de un juego, que a su vez se encuentra subordinado a las fuerzas de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, no es necesario pertenecer a la escuela de sociología de Bourdieu para reconocer que existe una conexión entre la literatura y el poder. Desde la perspectiva de los actores de la época, la realidad de los literatos contradecía los elevados ideales de la Ilustración. En contra de lo que proclamaban sus principios, la República de las Letras, tal como realmente funcionaba, era un mundo cerrado, inaccesible a las clases más desfavorecidas. No obstante, quiero usar la Ilustración como ejemplo para abogar por la apertura en general y, en particular, por la libertad de acceso.

Si nos trasladamos del siglo XVIII al presente, ¿podemos observar una contradicción similar entre los principios y la práctica en

lo que se refiere al ámbito de las bibliotecas universitarias? Una de mis colaboradoras es una mujer diminuta y callada, que recuerda al personaje de «Marian the Librarian» (Mariana la bibliotecaria) del musical de Meredith Wilson *The Music Man*. En las fiestas, la gente cuando se entera de su profesión comenta con condescendencia: «Así que es bibliotecaria, qué bien. Cuénteme, ¿qué es ser bibliotecaria?». Y ella contesta: «En esencia, todo gira en torno al dinero y al poder».

Así que hemos vuelto a Pierre Bourdieu. Es verdad que la mayoría de nosotros estaríamos de acuerdo con los principios que proclaman las inscripciones colocadas en lugares destacados de nuestras bibliotecas públicas: *«Free to All»* (accesible a todos) dice una inscripción sobre la entrada de la Biblioteca Pública de Boston. En una pared de la sala del consejo de la Biblioteca Pública de Nueva York figuran grabadas en letras doradas las siguientes palabras de Thomas Jefferson: «Considero la difusión de la razón y la educación la herramienta principal para mejorar la condición del hombre, promover su virtud y hacerlo más feliz». Hemos vuelto a la Ilustración.

Nuestra república se fundó sobre la fe en el principio fundamental de la República de las Letras del siglo XVIII: la difusión de las Luces. Para Jefferson, la Ilustración operaba a través de los escritores y los lectores, de los libros y de las bibliotecas –especialmente a través de las bibliotecas, la de Monticello, la de la Universidad de Virginia y la Biblioteca del Congreso–. Esta fe ha quedado plasmada en la Constitución de los Estados Unidos de América. Su artículo 1, sección 8, establece que los derechos de autor y las patentes tendrán «una duración limitada» y se someterán al objetivo superior de «promover la ciencia y las artes útiles». Los Padres Fundadores reconocieron a los autores el derecho a una justa recompensa por su trabajo intelectual, pero antepusieron el bien común al beneficio particular.

¿Cómo calcular la importancia relativa de estos dos valores? Los padres de la Constitución sabían que los derechos de autor se establecieron en Gran Bretaña en el Estatuto de la Reina Ana *(Statute of Anne)* en 1710, con el fin de frenar las prácticas monopolísti-

cas de la empresa de papelería Stationer's Company de Londres* y también, como se dice en el propio texto, «para fomentar el aprendizaje». En aquel momento el parlamento estableció el periodo de vigencia de los derechos de autor en catorce años, renovable una sola vez. La industria de la papelería salió en defensa de su monopolio de la edición y el comercio de libros iniciando numerosos y largos procesos judiciales, en los que pedía la perpetuidad de los derechos de autor. Pero perdió, y el fallo de la causa *Donaldson vs. Beckett* estableció la regulación legal del asunto de manera definitiva.

Cuando trece años después los norteamericanos se reunieron para redactar su constitución, asumieron mayoritariamente la opinión predominante entre los británicos. Veintiocho años les parecieron suficientes para proteger los intereses de autores y editores. Transcurrido ese plazo debía prevalecer el interés público. En 1790 la primera ley sobre los derechos de autor –basándose igualmente en el «fomento del aprendizaje»– siguió el ejemplo británico y estableció un límite de catorce años renovable por otros catorce.

¿Qué vigencia tienen los derechos de autor en la actualidad? Según el *Sonny Bono Copyright Term Extension Act* («Ley Sonny Bono de Ampliación del Plazo de los Derechos de Autor») de 1998 (también conocida como la *Mickey Mouse Protection Act* porque Mickey estuvo a punto de caer en dominio público) se mantiene vigente durante toda la vida del autor más otros setenta años. En la práctica, en la mayoría de los casos esto significa más de un siglo. Por tanto, la mayoría de los libros publicados en el siglo XX aún están sujetos a este derecho. A la hora de digitalizar, el acceso a nuestro legado cultural termina generalmente el 1 de enero de 1923, fecha a partir de la cual la mayoría de los libros están sujetos a derechos de autor. Continuará siendo así, a menos que la iniciativa privada se encargue de la digitalización de los libros, los «empaquete» para los consumidores, los «ate» con acuerdos legales y los venda para beneficio de los accionistas. Según la situación actual, *Babbitt*, de

---

* The Stationer's Company fue fundada en el año 1403, y durante los siglos XVI y XVII ostentó el monopolio de facto sobre el comercio de libros en Londres. (N. del T.)

Sinclair Lewis, publicado en 1922, es de dominio público, mientras que *Elmer Gantry*, del mismo autor y publicado en 1927, no lo será hasta el año 2022[1].

Descender desde los elevados principios que guiaron a los Padres Fundadores hasta las prácticas de la industria cultural actual, significa abandonar el reino de la Ilustración para llegar al alborotado mundo del capitalismo corporativo. Si aplicamos la sociología del conocimiento al presente, tal como hizo Bourdieu, nos daremos cuenta de que vivimos en un mundo diseñado por un Mickey Mouse agresivo y sanguinario.

¿Quiere esto decir que este intento de evaluación de la situación actual hace que los principios de la Ilustración parezcan una mera fantasía histórica? En el siglo XIX la Ilustración se fue desvaneciendo y comenzó la profesionalización. Es posible trazar este proceso comparando la *Encyclopédie* de Diderot, que estructura el conocimiento como un todo orgánico dominado por la capacidad de raciocinio, con la obra de finales del siglo XVIII que podemos considerar su sucesora, la *Encyclopédie métodique*, que divide el conocimiento en campos que hoy en día nos resultan muy familiares: química, física, historia, matemáticas y el resto. En el siglo XIX estos campos se convirtieron en profesiones, sancionadas por doctorados

---

[1] El *Copyright Term Extension Act* de 1998 prolongó la protección con efectos retroactivos por veinte años más para los libros con *copyright* posterior al 1 de enero de 1923. Desgraciadamente, los derechos de autor de los libros publicados durante el siglo XX se han complicado debido a que la legislación ha prolongado el plazo de vigencia en once ocasiones durante los últimos cincuenta años. Los titulares de los derechos estuvieron obligados a renovarlos, hasta que en 1992 el Congreso anuló con un decreto este requisito para los libros publicados entre 1964 y 1977 cuando, conforme al *Copyright Act* de 1976, los derechos sobre estos libros hubieran estado vigentes durante la vida del autor y cincuenta años más. La ley de 1998 prolongó la protección otros veinte años más tras la muerte del autor. Por tanto, todos los libros publicados después de 1963 conservan su *copyright*, y un número desconocido de libros publicados entre 1923 y 1964 –faltan datos fehacientes sobre la fecha de fallecimiento de los autores y sobre los titulares de los derechos– también siguen protegidos. Véase: Paul A. David y Jared Rubin, «Restricting Access to Books on the Internet: Some Unanticipated Effects of U.S. Copyright Legislation», en *Review of Economic Research on Copyright Issues*, vol. 5, nº 1 (2008).

y protegidas por asociaciones profesionales. Evolucionaron hasta convertirse en departamentos universitarios, y al comenzar el siglo XX habían dejado ya su impronta en los campus universitarios: allí estaban el edificio de la facultad de química, el de física, el de la facultad de historia, de matemáticas, y en el centro de todas ellas la biblioteca, generalmente con aspecto de templo del aprendizaje.

En el camino surgieron, en todos los campos del saber, numerosas revistas y publicaciones cada vez más especializadas. La sociedad científica las producía y las bibliotecas las compraban. Este sistema funcionó durante unos cuarenta años, hasta que los editores comerciales descubrieron que podían ganar una fortuna vendiendo suscripciones a estas publicaciones. Una vez que una biblioteca se había suscrito, los estudiantes y profesores esperaban un flujo continuo de números. Era fácil incrementar los precios sin que se resintiera el número de suscripciones, porque las pagaban las bibliotecas y no los profesores. Y lo mejor era que los profesores colaboraban de forma totalmente, o casi totalmente, gratuita. Escribían los artículos, evaluaban los artículos entrantes y formaban parte de los consejos de redacción, en parte –como los ilustrados- para difundir el conocimiento, pero principalmente para impulsar sus propias carreras profesionales.

El resultado de estas prácticas queda plasmado en los presupuestos de las bibliotecas: la suscripción anual al *Journal of Comparative Neurology* cuesta 25.910 dólares, a *Tetrahedron*, 17.969 (o 39.739, si va unida a la de otras publicaciones relacionadas en un *paquete Tetrahedron*) y el precio medio de la suscripción anual a una revista de química asciende a 3.490 dólares. Las consecuencias han sido nefastas para la actividad intelectual en el mundo de la enseñanza. Debido a los exorbitados precios de las revistas, las bibliotecas, que anteriormente gastaban un 50% de su presupuesto para adquisiciones a la compra de monografías, dedican ahora a este fin un 25% o menos. Como consecuencia, las editoriales universitarias, que dependen de las ventas a las bibliotecas, no logran cubrir costes mediante la publicación de monografías y los académicos jóvenes, que para impulsar sus carreras necesitan publicar, corren peligro de quedarse en el camino.

Afortunadamente, esta descripción de la dura realidad del mundo académico se está quedando desfasada. Los biólogos, químicos y físicos ya no viven en mundos estancos; tampoco los historiadores, antropólogos y profesores de literatura. El viejo mapa de la universidad ya no refleja la actividad que desarrollan profesores y estudiantes. En muchos lugares se están creando y afianzando estructuras interdisciplinarias que lo modifican. La biblioteca sigue siendo el verdadero corazón, pero alimenta a toda la universidad, llegando hasta los puntos más lejanos del ciberespacio a través de redes electrónicas.

La República de las Letras del siglo XVIII se ha convertido en una República del Aprendizaje para profesionales que ahora está abierta a los aficionados, en el mejor sentido del término, es decir, a aquellos ciudadanos con pasión por el conocimiento. La accesibilidad avanza de manera generalizada gracias al «libre acceso» a fondos gratuitos de artículos digitalizados, como Open Content Alliance, Open Knowledge Commons, OpenCourseware, Internet Archive e iniciativas desarrolladas por aficionados como Wikipedia. Parece que podemos tocar la democratización del conocimiento con la punta de los dedos. Tenemos la oportunidad de hacer realidad los ideales de la Ilustración.

Tras esta afirmación, quizá el lector considere que he pasado de uno de los géneros literarios americanos, la jeremiada, a otro, la utopía entusiasta. Supongo que ambos géneros podrían ser dialécticamente compatibles si no fuera por los peligros que entraña la comercialización. Cuando una empresa como Google echa el ojo a las bibliotecas, ve en ellas algo más que templos del conocimiento y el aprendizaje. Ve recursos potenciales –lo que llaman «contenidos»– listos para ser explotados. Los fondos de las bibliotecas, reunidos durante siglos con un enorme esfuerzo de medios y de trabajo, pueden ser digitalizados masivamente a un coste relativamente bajo; de millones de dólares, desde luego, pero eso es poco dinero comparado con lo que han costado.

La razón de ser de las bibliotecas es la creación de un bien común: «el fomento del aprendizaje y el conocimiento», un conocimiento «accesible a todos». La razón de ser de las empresas, sin

embargo, es reportar beneficios a sus accionistas, lo que también tiene un lado positivo, pues el bienestar general depende de una economía que produzca beneficios. Pero si permitimos que se comercialicen los fondos de nuestras bibliotecas, tendremos forzosamente que enfrentarnos a una contradicción fundamental. Si digitalizamos los fondos y éstos se comercializan sin que quede garantizado un amplio acceso a los mismos, repetiríamos el error que se cometió cuando los editores pasaron a explotar el mercado de las publicaciones académicas, pero a una escala mucho mayor, porque convertiríamos Internet en una herramienta para privatizar los conocimientos que deberían pertenecer a la esfera pública. Ninguna mano invisible intervendrá para corregir el desequilibrio entre el beneficio privado y el común. Sólo los ciudadanos pueden hacerlo, pero ¿quién defiende los intereses de los ciudadanos? Desde luego, no lo harán los impulsores del *Mickey Mouse Protection Act*.

Es imposible imponer la Ilustración por decreto legal, pero se pueden establecer unas reglas del juego que favorezcan el interés público. Las bibliotecas representan un bien público. No son negocios, aunque tengan que cubrir sus costes de funcionamiento. Necesitan un plan de negocio. Recordemos el lema de la empresa Con Edison cuando hubo que levantar las calles de Nueva York para llegar a las infraestructuras del subsuelo: «No queda otra que cavar». De la misma forma, las bibliotecas dicen hoy: «No queda otra que digitalizar». Pero no de cualquier manera. Debemos hacerlo pensando en el interés general y ello implica exigir a los que digitalizan que se responsabilicen ante la ciudadanía.

Sería una ingenuidad identificar Internet con la Ilustración. Internet tiene potencial para difundir el conocimiento más allá de lo que Jefferson pudo imaginar. Pero mientras iba tomando forma, del enlace al hipervínculo, los intereses económicos no se han quedado de brazos cruzados. Quieren controlar el juego, hacerse con él, poseerlo. Por supuesto compiten unos con otros, pero con tanta ferocidad que se matan entre sí. La lucha por la supervivencia está creando un oligopolio y, con independencia de quién sea el vencedor, su victoria probablemente signifique una derrota para el bien común.

No me malinterprete el lector. Soy consciente de que las empresas son responsables ante sus accionistas. Me parece justo que los escritores sean remunerados por su labor creativa, y creo que los editores merecen ganar dinero por el valor que añaden a los textos que reciben de los escritores. Me fascinan el *hardware*, el *software*, los buscadores, la digitalización y la jerarquización algorítmica. Y sé muy bien que los derechos de autor son necesarios, aunque creo que el Congreso legisló mejor en 1790 que en 1998.

Tampoco nosotros podemos mantenernos al margen, confiando en que las fuerzas del mercado vayan a actuar en favor del bien común. Nos tenemos que implicar, tenemos que intervenir, tenemos que luchar por recuperar el espacio público que por derecho nos corresponde. Cuando me refiero a «nosotros», quiero decir nosotros el Pueblo, los que hicimos la Constitución y los que debemos conseguir que los principios de la Ilustración que la inspiraron ocupen un lugar en la realidad cotidiana de la sociedad de la información. Sí, tenemos que digitalizar. Pero más importante aún es que debemos democratizar. Hemos de abrir el acceso a nuestro legado cultural. ¿Cómo? Reformulando las reglas del juego, subordinando los intereses privados al bien común e inspirándonos en los comienzos de la república para crear la República Digital del Conocimiento.

¿Cómo llego a estas reflexiones que mezclan la jeremiada y la utopía? A raíz de Google Book Search. Hace cuatro años, Google inició la digitalización de libros pertenecientes a bibliotecas universitarias y empezó a ofrecer los textos completos de libros que son de dominio público de manera gratuita en Internet. De manera que, por ejemplo, cualquier persona en cualquier lugar puede ver y descargar una copia digital de la primera edición de 1871 de *Middlemarch*, obra del fondo de la Biblioteca Bodleian de Oxford. Todo el mundo ha salido ganando, incluido Google, que recibe ingresos por la publicidad que discretamente incluye en el servicio. Google también comenzó a digitalizar más y más libros de estas bibliotecas, protegidos por derechos de autor, con el fin de ofrecer a sus clientes un servicio de búsqueda que mostraba breves extractos de los textos. En septiembre y octubre de 2005 un grupo de autores y editores presentó una demanda colectiva con-

tra Google por violación de los derechos de autor. El 28 de octubre de 2008, tras largas negociaciones mantenidas en secreto, ambas partes anunciaron que habían llegado a un acuerdo, que quedó pendiente de aprobación por la Corte Federal de Distrito del Distrito Sur de Nueva York[2].

El acuerdo crea una empresa llamada Book Rights Registry, que representará los intereses de los titulares de los derechos de autor. Google comercializará el acceso a una base de datos gigantesca, compuesta sobre todo por libros descatalogados protegidos por derechos de autor, provenientes de las bibliotecas universitarias y digitalizados. Institutos, universidades y otras instituciones podrán suscribirse a este servicio pagando una «licencia institucional», que les dará acceso a esta base de datos. Las bibliotecas públicas tendrán acceso a la base de datos mediante una «licencia para el acceso público», que les permitirá ver los libros digitalizados de forma gratuita en la pantalla de un solo ordenador. También los particulares podrán acceder e imprimir las versiones digitalizadas de los libros comprando a Google una «licencia para consumidores». Google colaborará con el registro para repartir los ingresos obtenidos con los titulares de los derechos de autor: el 37% será para Google y el 63% para los titulares de los derechos.

Entretanto, Google continuará poniendo a disposición del público de forma gratuita los libros que son de dominio público, lo que incluye el derecho a su lectura, descarga e impresión. De los siete millones de títulos que Google afirmó haber digitalizado hasta noviembre de 2008, un millón son de dominio público, es decir, no están sujetos a derechos de autor, otro millón son títulos vivos sujetos a derechos de autor y los cinco millones restantes son títulos sujetos a derechos de autor pero descatalogados. Este último grupo supone el grueso de los libros que serán puestos a disposición de los titulares de una licencia institucional.

Muchos de los títulos vivos y sujetos a derechos de autor no estarán disponibles en la base de datos, a no ser que los titulares de

---

[2] El texto íntegro del acuerdo se puede ver en: www.googlebooksettlement.com/agreement.html

los derechos lo autoricen. Estos libros seguirán a la venta en versión impresa, y podrán ser comercializados en formato digital de forma individualizada para los titulares de una licencia para lectura o descarga, y quizás también para dispositivos lectores, como por ejemplo el Sony Reader.

Tras leer el acuerdo y asimilar sus términos –una tarea nada sencilla: son 134 páginas y 15 apéndices de contenido legal– uno se queda un tanto anonadado: esta propuesta podría desembocar en la biblioteca más grande del planeta. Sería por supuesto una biblioteca digital, pero dejaría pequeñas la Biblioteca del Congreso y todas las bibliotecas nacionales europeas. Además, si Google desarrolla el potencial de este acuerdo con autores y editores, podría convertirse en la mayor industria del libro a nivel mundial, pero no a la manera de una cadena de librerías, sino como un proveedor de servicios electrónicos que podría dejar fuera del mercado incluso a Amazon.

Una empresa tan ambiciosa está condenada a provocar reacciones tan divergentes como las ya comentadas anteriormente: por una parte, un enorme entusiasmo utopista, y por otra, el temor ante el inmenso poder de control de acceso a la información.

¿A quién podría dejar indiferente la perspectiva de que prácticamente todos los libros de las grandes bibliotecas de los Estados Unidos puedan estar a disposición de todos los ciudadanos norteamericanos o incluso quizá de todos los ciudadanos del mundo que dispongan de acceso a Internet? La magia tecnológica de Google no sólo llevará los libros a los lectores, también ofrecerá una extraordinaria oportunidad a la investigación, una amplia gama de posibilidades que van desde una sencilla búsqueda por palabras hasta las más complejas búsquedas y análisis de textos. En ciertos supuestos, las librerías participantes podrán utilizar las copias digitalizadas para reemplazar los libros que se hayan extraviado o estén dañados. Además, Google diseñará los textos de manera que sean accesibles a personas discapacitadas.

Lamentablemente, el compromiso adquirido por Google de facilitar el acceso a su base de datos desde una terminal en cada biblioteca pública está sujeto a restricciones: sólo será posible impri-

mir los textos sujetos a derechos de autor abonando una tasa a los titulares de los mismos (si bien Google ha ofrecido pagar esta tasa durante una primera fase), y es obvio que, sobre todo en las bibliotecas grandes, un solo terminal será insuficiente para satisfacer la demanda. Pero la generosidad de Google será una bendición para los usuarios de las bibliotecas Carnegie en localidades pequeñas, que obtendrán acceso a un número de libros mayor que el de la Biblioteca Pública de Nueva York. Google puede convertir el sueño de la Ilustración en realidad.

¿Pero lo hará? Los pensadores del siglo XVIII veían en los monopolios el mayor obstáculo a la difusión del conocimiento. No se referían a los monopolios en general que, según Adam Smith y los fisiócratas, asfixiaban el comercio, sino a monopolios muy concretos como el de la Stationer's Company de Londres y el gremio de libreros de París, que impedían el libre comercio de libros.

Google no es una organización gremial ni ha emprendido este proyecto para erigir un monopolio. Al contrario, persigue un fin loable: promover un mejor acceso a la información. Pero este carácter jurídico del acuerdo –una respuesta a una demanda colectiva– hace que Google sea inmune a la competencia. La mayoría de los autores y editores estadounidenses titulares de derechos de autor quedan automáticamente amparados por el acuerdo. Pueden renunciar a él, pero con independencia de lo que hagan cualquier empresa que quiera dedicarse a la digitalización de libros no podrá hacerlo sin obtener antes la autorización individual de cada autor o editor, lo que en la práctica es inviable, sin descartar que este proceder pueda quedar varado por la presentación de una nueva demanda colectiva. Si el tribunal aprueba el acuerdo –para lo que tiene hasta dos años de plazo–, Google obtendrá el control sobre la digitalización de prácticamente todos los libros sujetos a derechos de autor en los Estados Unidos.

Éste no es el resultado originalmente previsto. Si dirigimos la mirada atrás, hasta los comienzos de la digitalización en los años noventa, comprenderemos que hemos perdido una gran oportunidad. Una acción conjunta del Congreso y su Biblioteca, o una gran alianza de las bibliotecas universitarias apoyada por las fun-

daciones, podría haber hecho realidad este proyecto a un coste razonable, diseñándolo de tal manera que otorgase prioridad al interés general. Distribuir los costes de diferentes maneras –por ejemplo, mediante el pago de una tasa por el uso de la base de datos, o la dotación de una partida presupuestaria para la National Endowment for the Humanities* o para la Biblioteca del Congreso– hubiera permitido ofrecer a los autores y editores una legítima fuente de ingresos y a su vez mantener un fondo de acceso libre o a un precio razonable. Se podría haber creado una Biblioteca Digital Nacional, el equivalente de la Biblioteca de Alejandría en el siglo XXI. Ya es tarde. No sólo hemos dejado pasar esta oportunidad sino, aún peor, estamos permitiendo que un asunto de política pública –el control del acceso a la información– quede regulado por una sentencia judicial que es consecuencia de una demanda judicial privada.

Mientras las instituciones públicas dormían la siesta, Google tomaba la iniciativa. No era su intención llevar el asunto a los tribunales. Se puso a trabajar escaneando libros de las bibliotecas, y lo hizo de manera tan eficiente que despertó el apetito de otros por quedarse con una parte de los beneficios potenciales. Nadie debería poner en duda el derecho de los autores y editores a reclamar los ingresos por derechos que legítimamente les corresponden. Tampoco debemos apresurarnos a juzgar a las partes implicadas en la demanda presentada. La Corte Federal de Distrito se pronunciará sobre la validez del acuerdo alcanzado, pero su objeto es el reparto de los beneficios, no el fomento del interés general.

Así pues, sin haberlo pretendido, Google disfrutará de un monopolio de hecho, un monopolio de nuevo tipo: ni sobre las vías férreas ni sobre la producción de acero, sino sobre el acceso a la información. No tiene competidores serios. Microsoft abandonó su programa para la digitalización de libros hace ya varios meses, y los proyectos de otras empresas como Open Knowledge Commons (antes la Open Content Alliance) o Internet Archive son

* La National Endowment for the Humanities (Fundación Nacional para las Humanidades) es una agencia federal independiente creada en 1965 para financiar programas de Humanidades en los EE.UU. (N. del T.)

minúsculos y poco eficientes si los comparamos con el proyecto de Google. Sólo Google tiene capacidad para digitalizar de forma masiva. Y haber llegado a un acuerdo con autores y editores le permitirá aprovechar su potencial económico bajo la protección de un marco legal, dado que la demanda colectiva se ha presentado en nombre de la totalidad de los autores y editores. Ninguna otra empresa podrá digitalizar libros en este territorio acotado, aunque se lo pudiera permitir económicamente, porque tendría que iniciar la lucha por los derechos de autor desde el principio. Si el tribunal aprueba el acuerdo, únicamente Google estará a salvo de una demanda por violación de los derechos de autor.

Los antecedentes de Google dan esperanzas de que no abusará de su potente armamento fiscal y legal. ¿Pero qué ocurrirá si los actuales dirigentes venden la compañía o se retiran? La respuesta la encontraremos en los precios que Google pedirá por este servicio, en especial el precio de la licencia institucional. El acuerdo deja a Google libertad para negociar con cada uno de sus clientes, si bien la empresa anuncia que se guiará por dos principios básicos: «(1) los ingresos por cada libro y licencia se regirán por los precios de mercado y se realizarán en representación de los titulares de los derechos de autor, y (2) se garantizará el acceso amplio del público a los libros, incluidas las instituciones de educación superior».

¿Qué pasará si Google antepone la rentabilidad a la garantía de acceso? Nada, si he comprendido bien los términos del acuerdo. Sólo el registro de los titulares de derechos de autor está facultado –en nombre de éstos– para obligar a modificar los precios de las suscripciones y no hay razón para suponer que este organismo vaya a protestar si los precios fijados por Google fueran demasiado elevados. Google puede decidir ser generoso en su política de precios y tengo razones para esperar que así sea. Pero también podría optar por una estrategia parecida a la que resultó tan eficaz para subir el precio de las revistas académicas: primero se seduce a los suscriptores con unos precios iniciales bajos, y una vez que han sido captados se incrementan los precios hasta el límite de lo posible.

Los defensores del mercado libre argumentarán que el mercado regulará los precios. Si Google pide demasiado, los consumi-

dores cancelarán sus suscripciones y los precios bajarán. Pero en el caso de las licencias institucionales previstas en el acuerdo no existe una conexión directa entre la oferta y la demanda. Los estudiantes, profesores y usuarios de las bibliotecas públicas no serán quienes paguen las suscripciones. El dinero saldrá de los fondos de las bibliotecas, y si las bibliotecas no tienen dinero suficiente para renovar sus suscripciones, puede ocurrir que los lectores que se hayan habituado al servicio prestado por Google protesten airadamente. Ante estas protestas es muy probable que las bibliotecas recorten sus gastos en otros servicios, incluida la adquisición de libros, tal como hicieron cuando los editores incrementaron los precios de las revistas.

Nadie puede predecir lo que va a ocurrir. Sólo podemos leer el acuerdo y hacer conjeturas sobre el futuro. ¿Quién no aplaudiría la iniciativa de Google si sirviera para poner a disposición del público los fondos de las principales bibliotecas de los EE.UU. a un precio razonable? ¿No preferiríamos un mundo en el que se pudiera acceder a este inmenso fondo de libros digitalizados, aunque pagando un precio alto, a uno en que dicho fondo no existiera?

Quizá, pero el acuerdo significa un cambio fundamental en el mundo digital porque consolida el poder depositado en manos de una sola empresa. Si dejamos aparte Wikipedia, Google ya controla el acceso a la información *on-line* de la mayoría de los estadounidenses, que buscan en Internet información sobre personas, cosas, lugares y casi todo lo demás. Además del «Big Google» original, disponemos ya de Google Earth, Google Maps, Google Images, Google Labs, Google Finance, Google Arts, Google Food, Google Sports, Google Health, Google Check-out, Google Alerts, y hay otros muchos proyectos en ciernes. Ahora Google Book Search promete crear la mayor biblioteca y la mayor empresa relacionada con el libro que jamás haya existido.

Tanto si he comprendido bien el acuerdo como si no, sus cláusulas están tan estrechamente interrelacionadas que no pueden considerarse por separado. Esto significa que a estas alturas es ya improbable que los autores, los editores o el tribunal modifiquen sustancialmente el acuerdo. Sin embargo, estamos también en un

punto de inflexión en el desarrollo de lo que denominamos «la sociedad de la información». Si no logramos encontrar un equilibrio ahora, en un futuro los intereses privados prevalecerán sobre los intereses generales y el sueño de la Ilustración continuará siendo una quimera.

2. EL PANORAMA DE LA INFORMACIÓN

A nuestro alrededor, la información explota con tal furia y la tecnología de la información cambia a una velocidad tan pasmosa, que nos enfrentamos a un problema fundamental: ¿cómo orientarnos en el nuevo panorama? ¿Qué será, por ejemplo, de las bibliotecas de investigación a la vista de una maravilla tecnológica como Google?

¿Cómo podemos entender todo esto? No tengo respuesta a esta interrogante, pero puedo proponer un punto de partida: estudiemos la historia de las formas en que se ha transmitido información. Simplificando radicalmente las cosas, podríamos decir que desde que los humanos aprendimos a hablar ha habido cuatro ocasiones en que la tecnología de la información ha cambiado de manera fundamental.

Alrededor del año 4000 a.C. los humanos aprendieron a escribir. Los jeroglíficos egipcios se remontan al 3200 a.C., la escritura alfabética al 1000 a.C. Según investigadores como Jack Goody, la invención de la escritura fue la innovación tecnológica más importante en la historia de la humanidad. Transformó la relación de la humanidad con el pasado y abrió el camino a la emergencia de los libros como una fuerza de la historia.

La historia del libro condujo al segundo cambio tecnológico cuando el códice sustituyó al rollo de pergamino, poco después del comienzo de la era cristiana. En el tercer siglo a.C., los códices –esto

es, los libros con páginas que se podían volver, al contrario de los rollos de pergamino que había que desenrollar– se convirtieron en un factor clave para la difusión del cristianismo. Cambió la experiencia de la lectura: surgió la página como unidad de percepción y los lectores podían hojear un texto claramente articulado, y que acabó componiéndose de palabras diferenciadas (separadas por espacios), párrafos y capítulos, a la vez que sumarios, índices temáticos y otras ayudas al lector.

El códice fue a su vez transformado por la invención de la prensa de tipos móviles en los años 1450. Es cierto que los chinos desarrollaron la imprenta con tipografía móvil sobre 1045, y que hacia 1230 los coreanos preferían utilizar caracteres metálicos en lugar de bloques de madera. Pero el invento de Gutenberg, al contrario de los del Extremo Oriente, se propagó como la pólvora acercando los libros a un público lector cada vez más amplio. La tecnología de la imprenta no cambió en casi cuatro siglos, pero los lectores se hicieron cada vez más numerosos gracias a la mejora de la alfabetización, la educación y el acceso a la palabra impresa. Panfletos y periódicos, impresos en prensas de vapor sobre papel fabricado a partir de pulpa de madera y no de trapos, extendieron el proceso de democratización, de forma que durante la segunda mitad del siglo XIX nació un público de masas lector.

El cuarto de los grandes cambios, la comunicación electrónica, surgió apenas ayer, o anteayer, según lo queramos calcular. Internet data de 1974, al menos en cuanto término. Se desarrolló a partir de ARPANET, que databa de 1969, y a partir de experimentos anteriores de comunicación entre redes de ordenadores. La Red comenzó a funcionar como medio de comunicación entre los físicos en 1981. Las páginas web y los motores de búsqueda se convirtieron en algo usual a mediados de la década de 1990. A partir de ahí, todos conocemos las marcas que han hecho que la comunicación electrónica se haya convertido en una experiencia cotidiana: Netscape, Internet Explorer, Safari, Yahoo o Google, que fue fundada en 1998.

Así dibujado, el ritmo del cambio deja sin aliento: de la escritura hasta los códices, 4.300 años; del códice a los tipos móviles, 1.150

años; de los tipos móviles a Internet, 524 años; de Internet a los motores de búsqueda, 19 años; de los motores de búsqueda a la clasificación por relevancia mediante algoritmos, siete años, y ¿quién sabe lo que puede haber a la vuelta de la esquina o estar cociéndose ya?

Cada cambio en la tecnología de la información ha transformado su panorama, y la aceleración ha continuado a un ritmo tal que nos parece a un tiempo imparable e incomprensible. A largo plazo –lo que los historiadores franceses llaman *la longue durée*– la imagen es clara, o más bien de vértigo. Pero al encadenar los hechos de esta forma, he provocado que lleven al lector a una conclusión excesivamente dramática. Los historiadores, tanto los americanos como los franceses, muchas veces emplean esas triquiñuelas. Ordenando las pruebas de manera distinta es posible trazar un dibujo distinto, uno que subraye la continuidad más que los cambios. La continuidad en la que estoy pensando se relaciona con la propia información o, dicho de otra forma, con la inestabilidad inherente a los textos. En lugar de una visión a largo plazo de los cambios tecnológicos que subyacen a la idea actual de que hemos entrado en una nueva era, en la era de la información, propongo que toda era fue una era de la información, cada una a su manera, y que la información siempre ha sido inestable.

Comencemos con Internet y vayamos retrocediendo a partir de ahí. En los últimos años han surgido más de un millón de *blogs*. Han dado lugar a un rico fondo de anécdotas sobre la difusión de bulos, algunas de las cuales suenan a mitos urbanos. Pero creo que la historia que sigue es auténtica, si bien no puedo avalar su exactitud puesto que yo también la he sacado de Internet. Como experimento, un periódico satírico, *The Onion*, escribió que un arquitecto había creado un nuevo tipo de edificio en Washington D.C., un edificio con cúpula descapotable. En los días soleados, bastaba apretar un botón para que la cúpula se plegara y el edificio pareciera un campo de fútbol. En los días de lluvia parecía el Capitolio. La historia viajó de página web en página web hasta que llegó a China, donde la publicó el *Beijing Evening News*. Después fue recogida por *Los Angeles Times*, el *San Francisco Chronicle*, Reuters, CNN, Wired.com e innumerables *blogs* como una historia sobre la visión

china de los Estados Unidos: creen que igual que conducimos coches descapotables vivimos en edificios descapotables.

Otras historias sobre el «blogueo» apuntan en la misma dirección: los *blogs* crean noticias y las noticias pueden tomar la forma de una realidad textual que se impone a la realidad que tenemos delante de nuestras narices. Hoy, muchos periodistas pasan más tiempo rastreando *blogs* que recurriendo a fuentes tradicionales como los portavoces oficiales. En la era de la información, las noticias se han soltado de sus amarras convencionales creando la posibilidad de que surjan bulos a escala global. Vivimos en una época en que podemos acceder con una facilidad sin precedentes a información cada vez menos fiable. ¿O no?

Propongo que la información siempre ha sido un artefacto y que nunca se ha correspondido con lo realmente ocurrido. Vemos la primer plana de hoy como si fuera el espejo de los acontecimientos de ayer, pero fue pergeñada ayer por la noche, literalmente «compuesta» por redactores que han diseñado la página conforme a convenciones arbitrarias: la historia principal va en la columna de la derecha, la secundaria en la de la izquierda, las noticias «blandas» en el interior o debajo de la línea de pliegue, los reportajes destacados con titulares especiales. El diseño tipográfico orienta al lector y conforma el significado de las noticias. La noticia misma toma la forma de un relato compuesto por profesionales siguiendo convenciones que han aprendido en el curso de su formación: la exposición en forma de «pirámide invertida», el «color» para la noticia principal, la codificación de fuentes «importantes» y «muy importantes», y demás. La noticia no es lo que pasó sino el relato de lo que pasó.

Naturalmente, muchos periodistas hacen todo lo posible por ser veraces, pero tienen que adaptarse a las convenciones de su oficio, y siempre hay un desfase entre las palabras que eligen y la naturaleza de un suceso según lo viven o lo perciben otros. Basta con preguntar a cualquiera relacionado con un suceso convertido en noticia: nos dirán que en la historia publicada en el periódico no se reconocen ni a sí mismos ni lo que pasó. En la Unión Soviética los lectores sofisticados aprendieron a desconfiar de todo lo que se publicaba en *Pravda*, e incluso a entender que si algo no se

mencionaba, significaba que estaba pasando. Cuando el 31 de agosto de 1980 Lech Walesa firmó el acuerdo con el gobierno polaco por el cual se creaba el sindicato independiente Solidaridad, los polacos al principio se negaron a creer la noticia: no porque no les llegase, sino porque la daba la televisión controlada por el Estado.

Yo también he sido periodista. Recibí mi formación básica siendo estudiante cuando cubría la jefatura de policía de Newark en 1959. Aunque había trabajado en los periódicos del colegio, no sabía qué era una noticia, esto es, qué sucesos podían convertirse en historias y qué combinación de palabras acabaría impresa tras pasar la inspección del redactor de noche. Cuando un suceso llegaba a oídos de la jefatura, generalmente lo hacía en forma de «parte de incidencias», o informe mecanografiado de las llamadas recibidas en la centralita. Los «partes de incidencias» abarcaban de todo, desde perros extraviados hasta asesinatos, y se acumulaban a razón de una docena cada media hora. Mi trabajo consistía en pedir estos papeles al lugarteniente del segundo piso, leerlos por si hubiera algo que pudiera ser noticia, y anunciar la noticia latente a los periodistas veteranos de una docena de periódicos que jugaban al póquer en la sala de prensa de la planta baja. Uno de ellos decidía si valía la pena investigar lo que yo había seleccionado. Yo mismo hacía la investigación, generalmente llamando por teléfono a departamentos clave como la brigada de homicidios. Si la información era lo bastante buena, informaba a la mesa de póquer, cuyos componentes informaban por teléfono a sus redacciones de la ciudad. Pero tenía que ser algo realmente bueno –esto es, algo que la gente normal considerase malo– para que valiera la pena interrumpir el interminable juego. El póquer era lo que más interesaba a todos, excepto a mí: no podía permitirme jugar (las cartas eran a un dólar la apuesta, un montón de dinero en aquel entonces) y necesitaba desarrollar mi olfato para las noticias.

Pronto aprendí a descartar los DOA* («ingresado cadáver», que significaba muerte ordinaria) y los robos en las gasolineras, pero tardé en dar con algo realmente «bueno», como un atraco en una

* DOA, en inglés *dead on arrival*. (N. del T.)

tienda respetable o la ruptura de una tubería en un sitio céntrico. Un día encontré un parte de incidencias que era excepcional –combinaba una violación y un asesinato– y me fui derecho a la brigada de homicidios en lugar de informar antes a los del póquer. Cuando se lo mostré al teniente de guardia, me miró con asco: «Chico, ¿es que no lo ves?». Señalaba con el dedo una 'B' que había entre paréntesis detrás del nombre de la víctima y del sospechoso. Sólo entonces me di cuenta de que todos los nombres iban seguidos de una B o una W. No sabía que los crímenes en que sólo estaban involucradas personas de color no eran noticia.

Como he aprendido a redactar noticias, desconfío de los periódicos como fuente de información y con frecuencia me sorprende que haya historiadores que los tomen como fuente primaria para saber qué sucedió realmente. Creo que hay que leer los periódicos como fuente de información sobre cómo los contemporáneos construían los sucesos, antes que como fuente de información sobre los hechos mismos. Una investigación sobre las noticias durante la Revolución Americana realizada por un estudiante mío de segundo ciclo, Will Slauter, nos da un ejemplo. Will siguió el recorrido de las crónicas reflejadas en la prensa americana y europea sobre la derrota sufrida por Washington en la batalla de Brandywine. En el siglo XVIII las noticias tenían forma de párrafos aislados más que de «historias» como las que conocemos actualmente, y los periódicos fusilaban la mayoría de sus párrafos, añadiendo material nuevo que sacaban de las tertulias de los cafés o de los capitanes de barco que volvían de un viaje. Un periódico leal a la corona inglesa publicó las primeras noticias sobre Brandywine junto con una carta de Washington informando al Congreso de que las tropas inglesas, bajo el mando del general William Howe, le habían forzado a retirarse. Un ejemplar del periódico viajó por barco desde Nueva York a Halifax, Glasgow y Edimburgo, donde tanto el párrafo como la carta fueron publicados en el periódico local.

A continuación, las reimpresiones de Edimburgo fueron reimpresas a su vez por varios periódicos londinenses, sufriendo sucesivos pequeños cambios. Estos cambios eran importantes porque los especuladores estaban apostando enormes sumas en la guerra

americana, *bears* y *bulls*[*] luchaban en la Bolsa y el gobierno estaba a punto de presentar un presupuesto al Parlamento, donde la oposición proamericana amenazaba con derrocar al primer ministro, Lord North. A una distancia de 3.000 millas, de cuatro o seis semanas de viaje en barco, los sucesos en América eran no obstante cruciales para el desenlace de esta crisis política y financiera.

¿Pero qué había pasado? Los londinenses habían aprendido a desconfiar de sus periódicos, que muchas veces distorsionaban las noticias cuando se copiaban párrafos unos a otros. Que el párrafo original proviniera de un periódico americano leal a la corona inglesa lo hacía sospechoso a ojos de los lectores. Su tortuoso camino lo hacía aún más sospechoso, ya que, ¿por qué iba Washington a anunciar su propia derrota si Howe aún no había anunciado su victoria en un despacho enviado directamente desde Filadelfia, cercana al escenario de la acción? Además, algunos informes señalaban que Lafayette había sido herido en la batalla, algo que a los lectores británicos les parecía imposible pues creían (equivocadamente, a raíz de informes anteriores y poco exactos) que Lafayette estaba lejos de Brandywine, luchando contra el general John Burgoyne cerca de Canadá.

Finalmente, una lectura atenta de la carta de Washington reveló ciertos toques estilísticos que no podían proceder de la pluma de un general. Uno de ellos –el uso del término «formar» en lugar de «disponer» las tropas– más tarde resultó ser un error tipográfico. Así, muchos londinenses concluyeron que el informe era una falsificación hecha con el fin de promover los intereses de los especuladores de la fracción de los *bulls* y los políticos del partido Tory, y sobre todo porque la cobertura por la prensa fue inflándose cada vez más en el curso del proceso de plagios sucesivos. Algunos periódicos londinenses proclamaron que la pequeña derrota había sido una gran catástrofe para los americanos y que había acabado con la aniquilación del ejército rebelde y la muerte del propio Washington. (De hecho, en el curso de la guerra, la prensa informó de

---

[*] *Bears and bulls*, las «bestias» del mercado: *Bear market*, mercado bajista; *Bull market*, mercado alcista. (N. del T.)

su muerte cuatro veces y declaró muerto a Benedict Arnold otras veintiséis.)

Le Courrier de l'Europe, un periódico francés editado en Londres, publicó un resumen traducido de los informes ingleses con una nota advirtiendo que probablemente fueran falsos. Esta versión de los hechos circuló por una docena de periódicos franceses publicados en los Países Bajos, Renania, Suiza y la propia Francia. Cuando llegó a Versalles, la noticia de la derrota de Washington era considerada una exageración. Por lo tanto, el conde de Vergennes, ministro de Asuntos Exteriores francés, seguía propugnando una intervención militar en favor de los americanos. Y en Londres, cuando tras una larga demora llegó al fin el despacho de Howe informando de su victoria (inexplicablemente había omitido escribir durante dos semanas enteras), fue eclipsado por la noticia, mucho más espectacular, de la derrota de Burgoyne en Saratoga. Así que la derrota de Brandywine se convirtió en un ejemplo de noticia mal escrita y mal leída, un no-suceso mediático cuyo significado estuvo determinado por el proceso de transmisión, igual que el *blogueo* sobre la cúpula descapotable y la selección de los informes criminales en la jefatura de policía de Newark.

La información nunca ha sido estable. Puede que esto sea una perogrullada, pero merece la pena meditar sobre ello. Podría servir para corregir la creencia de que la aceleración del cambio tecnológico nos ha catapultado a una nueva era en la que la información está completamente fuera de control. Postulo que la nueva información debería obligarnos a repensar el propio concepto de información. No deberíamos imaginarla como hechos sólidos o como «pepitas» de realidad, listos para que los saquemos de la cantera de periódicos, archivos y bibliotecas, sino más bien como mensajes que son transformados continuamente durante el proceso de transmisión. En lugar de enfrentarnos a textos firmemente fijados, lo hacemos a textos múltiples y mutables. Estudiándolos con escepticismo en nuestros ordenadores podemos aprender a leer nuestros periódicos con mayor eficiencia, e incluso aprender a apreciar los libros antiguos.

Los bibliógrafos adoptaron este punto de vista mucho antes de que existiera Internet. Sir Walter Greg lo desarrolló a finales del siglo XIX, y Donald McKenzie lo perfeccionó a finales del siglo XX. Su obra da respuesta a las preguntas planteadas por los *blogueros*, los usuarios de Google y otros entusiastas de la Red mundial www. ¿Para qué guardar más de un ejemplar de cada libro? ¿Para qué gastarse sumas ingentes en primeras ediciones? ¿No están las colecciones de libros raros condenadas a la obsolescencia ahora que todo estará disponible en Internet? Los descreídos solían tachar la decisión de Henry Clay Folger de hacer acopio de ejemplares de la Primera Edición en Folio de las obras de Shakespeare de manía de excéntrico. La Primera Edición en Folio, publicada en 1623, a los siete años de la muerte de Shakespeare, contiene la primera colección de sus obras, pero la mayoría de los coleccionistas supusieron que bastaba con un ejemplar para surtir a las bibliotecas de investigación. Cuando la colección de Folger pasó de las tres docenas de ejemplares, sus amigos se burlaban de él llamándole «Folger, el de los Cuarenta Folios*». Pero desde entonces los bibliógrafos han explotado aquella colección en busca de información clave no sólo para editar las obras, sino también para ponerlas en escena.

Han demostrado que 18 de las 36 obras de la Primera Edición en Folio nunca se habían impreso antes. Cuatro se conocían sólo a través de ejemplares anteriores defectuosos, conocidos como las «ediciones malas en holandesa» –folletos de obras sueltas impresas en vida de Shakespeare, muchas veces por impresores poco escrupulosos que utilizaban versiones corruptas de los textos–. Doce habían sido reimpresas en versiones modificadas a partir de impresiones en holandesa relativamente buenas y sólo dos habían sido impresas sin cambios a partir de anteriores ediciones en holandesa. Como no ha sobrevivido ninguno de los manuscritos de Shakespeare, las diferencias que muestran estos textos pueden ser cruciales para determinar qué escribió. Pero no se puede comparar sin más la Primera Edición en Folio con

* Forty Folio Folger. (N. del T.)

las ediciones en holandesa, porque cada copia de la edición en Folio es distinta de todas las demás. Si bien fue impreso en la imprenta de Isaac Jaggard en 1622 y 1623, el libro pasó por tres ediciones muy distintas. A algunos ejemplares les faltaba *Troilo y Crésida*, otros contenían un *Troilo* completo, y en otros más estaba completo el texto principal de *Troilo* pero sin el prólogo, y con un final de *Romeo y Julieta* tachado en el reverso de la hoja en la que figuraba la primera escena de *Troilo*.

Las diferencias habían sido introducidas mediante al menos cien correcciones de última hora y por las costumbres particulares de al menos nueve impresores, que compusieron el texto a la vez que realizaban otros trabajos y en ocasiones dejaban a Shakespeare en manos de un aprendiz adolescente y poco ducho. Hilvanando sus argumentos a partir de variaciones en los textos, bibliógrafos como Charlton Hinman y Peter Blayney han reconstruido el proceso de edición y han llegado así a conclusiones sobre las más importantes obras de la literatura en lengua inglesa. Esta concienzuda labor de investigación no hubiera podido realizarse nunca sin las Ediciones en Folio del Señor Folger.

Naturalmente, Shakespeare es un caso especial. Pero nunca existió la estabilidad textual en la era previa a Internet. La edición más difundida de la *Enciclopedia* de Diderot en la Francia del siglo XVIII contenía cientos de páginas que no estaban en la edición original. El editor fue un clérigo que forró el texto con extractos de un sermón de su obispo para conseguir su patrocinio. Voltaire consideró que la *Enciclopedia* era tan imperfecta que concibió la última de sus grandes obras, *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, como una continuación de aquella en nueve volúmenes. Para hacer su texto más interesante y aumentar su difusión, colaboraba con editores piratas a espaldas de su propio editor añadiendo pasajes a las ediciones de los piratas.

De hecho, Voltaire jugaba tanto con sus textos que los libreros llegaron a quejarse. En cuanto estaban vendiendo una edición de una obra, ya aparecía otra con añadidos y correcciones del autor. Sus clientes protestaban. Algunos incluso decían que no comprarían una edición de las obras completas de Voltaire –y había muchas,

todas diferentes– hasta que éste hubiera muerto, un hecho que los comerciantes de libros esperaban ansiosamente.

En los primeros tiempos de la Europa moderna la piratería estaba tan extendida que los *best-sellers* no podían ser superventas como hoy. En lugar de ser impresos en tiradas altas por un solo editor, eran impresos simultáneamente en ediciones pequeñas por muchos editores, cada uno de los cuales intentaba aprovecharse al máximo de un mercado no constreñido por el pago de derechos de autor. Pocos eran los piratas que intentaban producir imitaciones exactas de las ediciones originales. Recortaban, ampliaban y reformulaban los textos como les daba la gana sin preocuparse de las intenciones del autor. Se comportaban como deconstruccionistas *avant la lettre*.

La cuestión de la inestabilidad textual nos lleva a plantearnos en términos más generales el papel de las bibliotecas de investigación en la era de Internet. No diré que ofrezco respuestas sencillas, pero me gustaría enfocar la cuestión a través del debate de dos visiones de lo que es una biblioteca. Ambas las describiría como grandes ilusiones, magníficas y en parte verdaderas.

A los estudiantes de los años 1950 las bibliotecas les parecían ciudadelas de la erudición. El saber venía empaquetado entre dos tapas duras, y la biblioteca parecía contenerlo en su totalidad. Ascender la escalinata de la Biblioteca Pública de Nueva York, pasar por entre los dos leones de piedra que guardan su entrada y acceder a la monumental sala de lectura en la tercera planta, significaba penetrar en un mundo que contenía todo el saber. El conocimiento venía ordenado en categorías estándar que se podían buscar en el catálogo de fichas y en las páginas de los libros. En todas las universidades la biblioteca estaba situada en medio del campus. Era el edificio más importante, un templo adornado con columnas de estilo clásico donde se leía en silencio; no había ruidos, ni comida, ni interrupciones más allá de una furtiva mirada a una potencial novia inclinada sobre un libro y absorta en silenciosa contemplación.

Hoy los estudiantes siguen respetando sus bibliotecas, pero en algunas universidades las salas de lectura están casi vacías. Para inducir a los estudiantes a volver, algunos bibliotecarios les ofrecen sillo-

nes para que puedan relajarse y charlar, e incluso bebidas y *snacks*, sin preocuparse por las migas. Los estudiantes modernos y posmodernos realizan la mayoría de sus investigaciones en un ordenador en su habitación. Para ellos, el conocimiento está en Internet y no en las bibliotecas. Saben que las bibliotecas nunca podrán contener todo el saber entre sus muros porque la información es infinita y se extiende por toda la red de Internet, y que para encontrarla se necesita un motor de búsqueda y no un catálogo con fichas. Pero puede que también esto sea una gran ilusión, o para expresarlo de forma positiva, ambas visiones tengan algo de bueno, la biblioteca como ciudadela e Internet como espacio abierto. Con esto llegamos a los problemas que plantea Google Book Search, el buscador de libros de Google.

En el año 2006 Google firmó acuerdos con cinco grandes bibliotecas de investigación –la Biblioteca Pública de Nueva York, la de Harvard, Michigan, Stanford y la Bodleian de Oxford– para digitalizar sus libros. Los libros con derechos de autor vigentes suponían un problema que muy pronto se plasmó en litigios planteados por editores y autores. Pero aparte de esto, la propuesta de Google parecía ofrecer la posibilidad de poner toda la información de los libros a disposición de cualquiera, o al menos de todos aquellos que disfrutan el privilegio de un acceso a la Red. Prometía ser el máximo nivel de la democratización del conocimiento iniciada por la escritura, los códices, los tipos móviles e Internet.

Hablo como entusiasta de Google. Creo que el buscador de libros de Google de verdad va a hacer accesible a una escala nueva, universal, el aprendizaje a través de los libros, a pesar de la gran brecha digital que separa a los pobres de los que tienen un ordenador. También abrirá la posibilidad de realizar investigaciones que supongan el manejo de un gran volumen de datos que nunca podrían trabajarse sin una digitalización. Como un ejemplo de lo que promete el futuro podría servir el proyecto Ilustración Electrónica (*Electronic Enlightment*) de la Fundación Voltaire de Oxford. Mediante la digitalización de la correspondencia de Voltaire, Rousseau, Franklin y Jefferson –unos 200 volúmenes en soberbias ediciones eruditas– el proyecto efectivamente recreará la República de las Letras

transatlántica del siglo XVIII. Las cartas de muchos otros filósofos, desde Locke y Bayle a Bentham y Bernardin de Saint-Pierre, serán integradas en esta base de datos para que los investigadores puedan seguir el camino de las referencias a personas, libros e ideas a través de todo el entramado de correspondencia que armaba por dentro la Ilustración. Otros muchos proyectos similares –entre los que destaca Memoria Americana (*American Memory*), apoyado por la Biblioteca del Congreso[3], y el Valle de la Sombra creado por la Universidad de Virginia[4]– han demostrado que es posible hacer bases de datos a esa escala y que son útiles. Pero su éxito no prueba que el buscador de libros de Google, el mayor proyecto de todos ellos, dejará obsoletas las bibliotecas de investigación. Al contrario, Google hará que cobren más importancia que nunca. Para corroborar este punto de vista, voy a organizar mi hilo argumental en ocho puntos:

1. *Según afirman los entusiastas de Google más utópicos, Google puede poner 'on-line' virtualmente todos los libros.*

Esta afirmación induce a error e implica un riesgo de crear falsas expectativas, porque podríamos confiarnos y descuidar nuestras bibliotecas. ¿Qué porcentaje de libros serán digitalizados por Google en los Estados Unidos (por no hablar del resto del mundo)? ¿Un 75%, un 50%, un 25%? Incluso si fuera un 90%, los libros restantes, no digitalizados, podrían ser importantes. Hace poco descubrí una extraordinaria novela libertina, *Les Bohémiens*, de un autor desconocido, el Marqués de Pelleport, quien la escribió en la Bastilla en la misma época en que el Marqués de Sade estaba escribiendo sus novelas en una celda vecina. Opino que el libro de Pelleport, publi-

[3] Según su página web, es «una crónica digital de la historia y de la creatividad americana» que incluye grabaciones de sonido, grabados, mapas y muchas otras imágenes.

[4] Un archivo de cartas, diarios, crónicas oficiales, periódicos e imágenes que documentan la vida de dos comunidades –una del Norte y otra del Sur– distantes 200 millas entre sí, en el Valle de Shenandoah, durante los años 1859-1870.

cado en 1790, es mucho mejor que cualquiera de los que escribió Sade y, además de sus méritos estéticos, revela la situación de los escritores en la Francia pre-revolucionaria. Sin embargo, sólo existen de él seis ejemplares y, que yo sepa, ninguno está disponible en Internet[5]. La Biblioteca del Congreso, que posee un ejemplar, no ha abierto sus fondos a Google.

Si a Google se le escapan estos libros, y otros parecidos, el investigador que hubiera confiado en Google nunca podría haber encontrado ciertas obras muy importantes. El criterio sobre lo que es importante cambia con cada generación, así que no podemos saber qué les parecerá significativo a nuestros descendientes. Puede que aprendan mucho estudiando nuestras novelas rosas o nuestros manuales de ordenador y guías telefónicas. Hoy los estudiosos de la literatura y de la historia se apoyan para investigar en almanaques, folletos religiosos y otros tipos de literatura «popular», y sin embargo han sobrevivido pocas de estas obras de los siglos XVII y XVIII. Se imprimían en papel barato, se vendían encuadernadas en papel finito, se leían hasta que quedaban hechas trizas y eran ignoradas por los coleccionistas y los bibliotecarios, que no las consideraban «literatura». Hace poco, un investigador que estaba trabajando en el Trinity College de Dublín descubrió un cajón lleno de libros de baladas olvidados, todos ellos ejemplares únicos, todos ellos de valor incalculable a los ojos de los investigadores modernos, aunque dos siglos atrás se los juzgaba carentes de valor alguno.

2. *A pesar de que Google haya seguido una estrategia inteligente al firmar acuerdos con cinco bibliotecas importantes, sus fondos reunidos no agotan ni por asomo el número de libros existentes en los Estados Unidos.*

Al contrario de lo que se pudiera esperar, hay pocas redundancias en los fondos de estas cinco bibliotecas: el 60% de los libros digitalizados por Google estaban sólo en una de ellas. En las bibliotecas

---

[5] Véase mi artículo sobre *Les Bohémiens*, «Finding a Lost Prince of Bohemia», *The New York Review of Books*, 3 de abril de 2008.

de investigación de los Estados Unidos hay unos 543 millones de volúmenes. Se dice que Google se ha marcado como objetivo digitalizar 15 millones. Conforme Google va firmando acuerdos con nuevas bibliotecas –según los últimos datos, hay 28 participando en el buscador de libros de Google– su base de datos, se irá haciendo más representativa. Pero todavía no se ha adentrado en las colecciones especiales, donde se encuentran los libros más raros. Y por supuesto, la totalidad de la literatura del mundo –todos los libros de todas las lenguas del mundo– escapa con mucho a las posibilidades de digitalización de Google.

3. *Aunque es de esperar que los autores, editores y Google resuelvan su disputa, no es tan fácil ver cómo la cuestión de los derechos de autor vaya a dejar de ser un problema.*

Conforme a la ley de derechos de autor de 1976 y su ampliación de 1998, la mayoría de los libros publicados después de 1923 están actualmente protegidos por derechos de autor que cubren la vida del autor y otros setenta años más. Seguramente, Google permitirá a los lectores ver el texto íntegro e imprimir todas las páginas de aquellos libros de dominio público. De los libros sujetos a derechos de autor sólo se podrá ver una parte del texto cada vez. Quizá Google consiga persuadir a los editores y autores de que renuncien a sus derechos sobre libros publicados entre 1923 y el pasado reciente, pero ¿conseguirá que modifiquen sus derechos de autor relativos al presente y al futuro? En el año 2006 se publicaron 291.920 nuevos títulos en los Estados Unidos, y el número de títulos vivos durante la década pasada ha aumentado cada año a pesar de la difusión de la edición electrónica. ¿Cómo podrá Google mantenerse al día de la producción actual y a la vez digitalizar las obras acumuladas en el transcurso de los siglos? Es mejor aumentar las adquisiciones de nuestras bibliotecas de investigación que confiar en la capacidad de Google de preservar los libros futuros para beneficio de las generaciones futuras. Google define su misión como comunicación de información, pero hoy y ahora no se compromete a conservar textos por un tiempo indefinido.

4. *En el mundo de la tecnología electrónica, sometido a rápidos cambios, las empresas decaen con celeridad.*

Puede que Google desaparezca o sea eclipsada por una tecnología aún más importante que convierta su base de datos en algo tan anticuado e inaccesible como muchos de nuestros antiguos disquetes o CD-ROM. Las empresas de electrónica van y vienen. Las bibliotecas de investigación perduran años. Es mejor reforzarlas que declararlas obsoletas, porque a los nuevos medios la obsolescencia les viene de fábrica.

5. *Google cometerá errores.*

A pesar de su esfuerzo por cuidar la calidad, habrá libros que pasará por alto, páginas que se salte, imágenes que le quedarán borrosas y miles de veces no habrá reproducido los textos a la perfección. Hubo una época en que pensamos que el microfilm resolvería el problema de la conservación de textos. Ahora ya sabemos que no.

6. *Como en el caso del microfilm, no hay ninguna garantía de que las copias de Google no se deteriorarán.*

Los *bits* se degradan con el tiempo. Puede que los documentos se pierdan en el ciberespacio debido a que el sistema en el que están codificados se quede anticuado. Tanto el *hardware* como el *software* se quedan viejos a un ritmo preocupante. A menos que se resuelva el engorroso problema de la conservación digital, todos los textos que «nacen digitalizados» pertenecen a una especie en peligro de extinción. La obsesión por desarrollar medios nuevos ha inhibido el esfuerzo por conservar los antiguos. Hemos perdido el 80% de las películas mudas y el 50% de las películas rodadas antes de la Segunda Guerra Mundial. Nada conserva mejor un texto que la tinta sobre papel –sobre todo el papel fabricado antes del siglo XIX– salvo los textos escritos sobre pergamino o grabados en piedra. El mejor sistema de conservación jamás inventado es el –anticuado, premoderno– libro.

7. Google se propone digitalizar muchas versiones de cada libro según vayan llegando de los anaqueles, como en una cadena de montaje, pero ¿los pondrá todos a disposición del público?

Si es así, ¿cuál pondrá en el primer lugar de su índice de búsqueda? Los lectores normales podrían perderse buscando entre miles de ediciones distintas de las obras de Shakespeare, así que dependerán de las ediciones que Google haga más fácilmente accesibles. ¿Ordenará Google su índice de relevancia de libros utilizando los mismos criterios de clasificación que aplica a todo lo demás, desde la pasta de dientes a las estrellas de cine? Ahora emplea un algoritmo secreto para clasificar las páginas web según su frecuencia de uso entre las páginas conectadas con ellas, y seguramente acabará desarrollando un algoritmo parecido para clasificar la demanda de libros. Pero no hay nada que sugiera que tendrá en cuenta las normas recomendadas por los bibliógrafos como, por ejemplo, el hecho de que un libro sea la primera edición impresa o la más fiel a la intención original expresada por el autor. Google emplea a cientos o quizá miles de ingenieros, pero, por lo que sé, a ningún solo bibliógrafo. El que sea claramente inocente de cualquier preocupación bibliográfica es especialmente lamentable a la vista de que, como ya he dicho, la mayoría de los textos han sido inestables en el transcurso de la mayor parte de la historia de la imprenta. Un solo ejemplar de un *best-seller* del siglo XVIII no podrá jamás hacer justicia a la infinita variedad de sus ediciones. Los investigadores serios tendrán que estudiar y comparar muchas ediciones en las versiones originales, y no en las reproducciones digitalizadas que Google elegirá siguiendo criterios que seguramente no tendrán nada que ver con la erudición en asuntos de bibliografía.

8. Incluso si la imagen digitalizada que aparece en la pantalla del ordenador es exacta, no podrá capturar aspectos cruciales del libro.

Por ejemplo, el formato. La experiencia de leer un pequeño duodécimo (18,7 x 12,7 cm.), diseñado para ser cómodamente sosteni-

do en la mano, difiere mucho de aquella otra de leer un pesado volumen de tamaño folio apoyado en un atril. Es importante poder sentir un libro: la textura de su papel, la calidad de la impresión, el tipo de encuadernación. Sus aspectos físicos nos dan pistas sobre su vida como elemento de un sistema social y económico; y si contiene notas al margen puede revelar mucho sobre el lugar que ocupaba en la vida intelectual de sus lectores.

Los libros también desprenden olores especiales. Según una encuesta reciente a estudiantes franceses, el 43% piensa que el olor es una de las cualidades más importantes de los libros impresos, tan importante que se resisten a comprar los inodoros libros electrónicos. CaféScribe, una editorial *on-line* francesa, está intentando contrarrestar esta reacción regalando a sus clientes una pegatina pegada al ordenador que emite un olor mohoso, libresco.

Cuando leo un libro antiguo, pongo sus páginas a contraluz y muchas veces, entre las fibras del papel, distingo pequeños círculos, que son las marcas de las gotas que resbalaron por las manos del operario que fabricó el papel, o encuentro trocitos de camisas o enaguas que no acabaron pulverizadas del todo en el proceso de preparación de la pulpa. Una vez encontré la huella digital de un impresor en la tapa de la *Enciclopedia* del siglo XVIII: testimonio de los trucos de los impresores, que a veces cargaban demasiada tinta sobre los tipos para que les fuera más fácil imprimir tirando de la palanca de la prensa.

Me doy cuenta, sin embargo, de que factores como la «sensación» o el «olor» podrían volverse en contra de mi argumentación. A la mayoría de los lectores les importa el texto, no el medio físico que lo soporta, y cediendo a mi fascinación por la imprenta y el papel, me expongo a que me acusen de romántico o de reaccionar como un erudito anticuado y ultra-libresco cuyo mayor deseo es retirarse a una sala de lectura de libros raros. Me declaro culpable. Me encantan las salas de lectura de libros raros, incluso aquellas en las que te hacen poner unos guantes antes de dejarte tocar sus tesoros. Las salas de lectura de libros raros son elementos vitales de las bibliotecas de investigación y son la parte más inaccesible para Google. Pero las bibliotecas también ofrecen

al lector normal un lugar donde sumergirse en los libros, lugares tranquilos y confortables donde el códice puede ser saboreado como objeto singular.

De hecho, el mejor argumento a favor del libro tradicional es su utilidad para el lector normal. Gracias a Google, los investigadores pueden buscar, navegar, cosechar, excavar, conectarse y rastrear (los términos varían conforme va variando la tecnología) en millones de páginas web de todo el mundo. Al mismo tiempo, cualquiera en busca de una buena lectura puede coger un libro impreso y hojearlo a su gusto, disfrutando de la magia de las palabras convertidas en tinta sobre papel. No hay pantalla de ordenador que resulte tan gratificante como un libro. Pero Internet provee datos que pueden ser vertidos en el códice clásico. Ya ha convertido la impresión bajo demanda en una industria floreciente y promete hacer accesibles, a través de los ordenadores, libros que funcionan como máquinas ATM: conéctate, haz un pedido electrónico y te saldrá un volumen impreso y encuadernado. Quizá algún día un texto sobre una pantalla que se pueda sostener en la mano resulte tan grato a la vista como las páginas de un códice producido hace 2.000 años.

Mientras tanto, mi consejo es: apoyemos a las bibliotecas. Surtámoslas de material impreso. Ampliemos sus salas de lectura. Pero no pensemos en ellas como almacenes o museos. A la vez que dispensan libros, la mayoría de las bibliotecas funciona como centro neurálgico de retransmisión de impulsos electrónicos. Adquieren bases de datos, mantienen archivos digitales, ofrecen acceso a publicaciones periódicas en formato electrónico y coordinan sistemas de información que penetran hasta lo más profundo de los laboratorios y los estudios. Muchas de ellas comparten sus riquezas intelectuales con el resto del mundo permitiendo a Google digitalizar sus fondos impresos. Así que también digo: viva Google, pero no contemos con que vaya a vivir el tiempo suficiente como para llegar a reemplazar a este venerable edificio de columnas corintias. Como ciudadela del conocimiento y como plataforma para aventurarse por Internet, la biblioteca de investigación sigue mereciendo su lugar en el centro del campus: conservando el pasado y acumulando energía para el futuro.

3. EL FUTURO DE LAS BIBLIOTECAS

¿Cuál será el futuro de las bibliotecas y cómo nos podemos preparar para él? Ambas preguntas pueden parecer puramente académicas, de esa clase de preguntas que provocan un debate estéril entre profesores y no afectan en absoluto a la ciudadanía, pero no lo son. Apuntan al corazón de lo que todos los ciudadanos buscan diariamente: información y ayuda para encontrar, entre toda la información disponible, aquella que les es útil.

Cuando quiero adivinar el futuro, suelo mirar al pasado. Existe, por ejemplo, una fantasía publicada en 1771 por Louis Sébastien Mercier dentro de su obra de carácter utópico titulada *El año 2440*, que tuvo un gran éxito. Mercier se queda dormido y despierta en el París de 2440, setecientos años después de la fecha de su nacimiento. Despierta en una sociedad ya libre de todos los males propios del *Ancien régime*. En el capítulo culminante del primer volumen de esta obra, Mercier relata su visita a la Biblioteca Nacional. Allí espera encontrar miles de espléndidos libros como los que había en la *Bibliothèque du roi* en tiempos de Louis XV. Sin embargo, para su gran sorpresa, sólo encuentra una modesta sala con cuatro pequeñas estanterías. Mercier pregunta qué ha sucedido con el enorme número de libros que debía haberse acumulado desde el siglo XVIII, además de la ingente cantidad de libros que ya existía entonces. «Los hemos quemado todos», le responde el bibliotecario: «50.000 diccionarios, 100.000 libros de poesía, 800.000 libros de derecho,

1,6 millones de libros de viajes y 1.000 millones de novelas». Una comisión de sabios los leyó todos, eliminó los que contenían falsedades y mentiras, y redujo las existencias a lo estrictamente esencial: unas pocas verdades y unos pocos preceptos morales universales que caben perfectamente en las cuatro estanterías.

Mercier fue un activo defensor de la Ilustración y creía firmemente en la palabra impresa como fuerza motriz del progreso. Desde luego, no abogaba por la quema de libros. Pero en su fantasía plasmó una sensación ya presente en el siglo XVIII y que hoy en día se ha convertido en una obsesión: la sensación de estar desbordados por la cantidad de información disponible e indefensos ante el problema de cómo encontrar información útil y valiosa entre tantísima información efímera e inútil.

Efectivamente, una biblioteca sin libros es una posible solución a este problema. En lugar de las cuatro estanterías del relato de Mercier, la biblioteca contendría ordenadores desde los que se accedería a unas bases de datos gigantescas. Los usuarios encontrarían lo que buscan sirviéndose de buscadores cuyo funcionamiento sería impecable gracias a los últimos avances en el desarrollo de algoritmos.

¿Les suena a fantasía? Ya está en construcción, aunque no lo llamen biblioteca. Se llama Google Book Search. Google está creando una base de datos con las copias digitalizadas de millones de libros provenientes de los fondos de varias docenas de bibliotecas. El resultado será una mega-biblioteca, mayor de lo que nadie haya imaginado jamás (salvo Jorge Luis Borges en su *Biblioteca de Babel*).

Lo que distingue la biblioteca de Google de otras no es el hecho de la digitalización de libros, algo que otros también llevan a cabo, sino la dimensión de este proyecto de escaneo y su objetivo. Google es una empresa comercial cuyo fin principal es hacer dinero. Por otra parte, la función de las bibliotecas consiste en poner libros a disposición de los lectores; libros y otros textos, algunos de ellos digitalizados. El 28 de octubre de 2008 quedó claro que el objetivo de Google era primordialmente de índole comercial. Ese día la compañía anunció que había alcanzado un acuerdo con un grupo de autores y editores que la habían demandado por presunta violación

de los derechos de autor. El acuerdo prevé un complejo mecanismo para el reparto de los ingresos que generará la venta de los permisos de acceso a la base de datos proyectada por Google. La cláusula del acuerdo que afecta más directamente a las bibliotecas universitarias es la que hace referencia a las suscripciones para instituciones. Pagando una cuota anual, las bibliotecas podrán ofrecer a sus usuarios el acceso a todos los libros y documentos digitalizados por Google, excepto a aquellos libros protegidos por derechos de autor cuyos titulares hayan optado por no autorizar su acceso a través de una suscripción institucional.

A algunos de los que somos responsables de la gestión de bibliotecas, el acuerdo nos pareció un tanto dudoso. En primer lugar, habíamos autorizado a Google el acceso a nuestros libros de forma gratuita y ahora Google nos pedía que pagáramos por acceder a las copias digitalizadas de nuestros propios libros y de los libros de las demás bibliotecas asociadas. Pero aún más importante era nuestro temor a que Google estuviera creando un monopolio, un monopolio de nuevo tipo y quizá también de una dimensión sin precedentes: el monopolio del acceso a la información.

Para los que trabajan en Google esa palabra que comienza por «M» es un tabú. Para no herir su sensibilidad debíamos hablar de una empresa hegemónica, invencible en el plano financiero, inalcanzable en su nivel tecnológico e invulnerable en el plano legal, capaz de aplastar a cualquier competidor. Pero hablando en plata, Google Book Search es un monopolio.

Lo es por tres razones. Primera: lo es de hecho, porque después de la retirada de Microsoft no existe ningún rival con capacidad tecnológica o financiera para competir con Google. Segundo: dado el tipo de demanda –una demanda colectiva– que se ha presentado, el acuerdo afecta a todos los autores y editores titulares de derechos de autor.

Esto quiere decir que un hipotético competidor de Google necesitaría la autorización de cada uno de los titulares de derechos, además de tener que solventar innumerables demandas por violación de derechos de autor, cada una con un coste de entre 30.000 y 100.000 dólares. (A su vez, el acuerdo puede convertir a Google y a

los demandantes en los propietarios de hecho de aquellos libros cuyos derechos de autor no hubieran sido reclamados. Es este un asunto complejo que afecta a millones de títulos y no solamente a los así denominados «libros huérfanos»*). Tercero: el acuerdo contiene una cláusula que estipula que a ningún competidor se le pueden ofrecer condiciones más favorables que las que rigen para Google.

Un monopolio no es necesariamente algo negativo. En el caso de los servicios de telefonía o de ferrocarril, una única compañía bien puede ofrecer un servicio mejor que una profusión de pequeñas empresas de ámbito limitado. Es posible que Google sea capaz de dar acceso a su magnífica librería digital a los usuarios de las bibliotecas públicas y de las pequeñas universidades del país, incluso quizá algún día del mundo entero.

Pero, ¿es deseable que una empresa privada tenga el control exclusivo sobre tanta información? A las bibliotecas ya les incomoda la idea de tener que dar las fichas de sus usuarios al gobierno, como puede exigírseles al amparo de la Patriot Act. Google podría llegar a saber más sobre nosotros que la CIA, el FBI y el IRS** juntos. Sabrá lo que leemos, lo que compramos, a quién visitamos, cuántos metros cuadrados tiene nuestro dormitorio, qué mensajes intercambiamos y, si diseña bien sus algoritmos, qué opinaremos a la hora de tomar una decisión.

No pienso que Google albergue intenciones malignas ni dudo de la sinceridad de su eslogan «No hagas el mal». Si Google incrementa su poder, se deberá meramente al éxito de su plan de negocio. Como cualquier empresa, la obligación principal de Google es ofrecer beneficios a sus accionistas, no procurar el bienestar general. Podría parecer que los ciudadanos no tienen nada que temer de un monopolio sobre el acceso a la información porque ésta está en todas partes. Nos ahogamos en información. Pero pensemos en el poder

---

* Los «libros huérfanos» son aquellos en los que el propietario de una obra con derechos de autor no puede ser identificado o localizado por quien desea hacer uso de la obra. (N. del T.)

** IRS, International Revenue Service, la Hacienda Pública de EE.UU. (N. del T.)

que le otorga a Google su papel de guardabarrera. Cualquiera que gestione los accesos a los datos digitales podrá actuar como un recaudador de peaje y exigir un pago por el acceso a una autopista de la información. En lo que concierne a los libros, Google ostentará la propiedad de las copias digitalizadas que contiene su base de datos y podrá exigir el importe que le plazca por acceder a ellos. Google será la propietaria de un extenso tramo de la autopista.

El acuerdo incluye algunas directrices poco definidas sobre la política de precios, pero no incluye ninguna cláusula que prevenga un incremento desmesurado. Google tendrá que pactar los precios con Book Rights Registry, el registro que se encargará de gestionar los derechos de autor y que distribuirá los ingresos. Pero este registro lo gestionarán los representantes de los autores y editores, en cuyo interés está el incremento progresivo de los precios. Las bibliotecas, los colegios, las universidades, los usuarios más comunes, cualquiera que lea libros pero no sea titular de derechos de autor, todos ellos quedan excluidos de las deliberaciones del tribunal que determinará la suerte del acuerdo.

Si el juez actúa como suele ser habitual en este tipo de demandas, es posible que se limite a verificar que el acuerdo da un trato justo a los intereses de cada una de las partes demandantes. Si se inclinara por una visión más amplia, podría negarse a sancionar el acuerdo y solicitar a las partes que presentasen una nueva versión mejorada. Las mejoras podrían incluir: (1) la supervisión permanente de la política de precios por parte de una institución pública, (2) la representación de las bibliotecas y de los usuarios en el registro, (3) una cláusula que permita que los libros cuyos derechos de autor no hayan sido reclamados queden a disposición de potenciales competidores de Google interesados en su digitalización, (4) la exigencia a Google de obtener del Departamento de Justicia un certificado del Comité Antimonopolio que le impida abusar de su posición de monopolio y (5) alguna medida que proteja la privacidad de los usuarios del omnipresente ojo electrónico de Google.

Es posible imaginar un final aún más feliz: una sentencia que garantizara el acceso público a todos los textos digitalizados por Google. Cualquier ciudadano tendría derecho a consultarlos y cual-

quier empresa a explotarlos comercialmente. Las leyes sobre los derechos de autor serían reescritas, se compensaría a los titulares de estos derechos y Google recibiría una indemnización por lo invertido en el escaneo. Google podría conservar sus algoritmos secretos y continuar ofreciendo el servicio de buscador, pero la base de datos pasaría a ser de propiedad pública. Tendríamos una biblioteca digital nacional.

Puede que este sueño sea tan imposible como la utopía de Mercier. Volviendo a un plano más realista, lo mejor será asumir que alguna versión de Google Book Search quedará en manos de la empresa. ¿Qué papel pueden jugar entonces las bibliotecas en este nuevo entorno digital? Existen varios tipos de bibliotecas: la Biblioteca del Congreso, que representa en sí misma una categoría; en otra se encuadran las bibliotecas de las universidades estatales, algunas de las cuales atesoran fondos de una riqueza extraordinaria; una tercera categoría estaría formada por las numerosas bibliotecas privadas, como la Morgan en Nueva York, la Newberry en Chicago, la Huntington en Los Ángeles y las de las demás universidades privadas del país. Lo que diferencia el sistema estadounidense del europeo es su variedad, en especial en el sector privado. Incluso la Biblioteca Pública de Nueva York –en contra de lo que su nombre sugiere– es una institución privada que recibe dinero público para financiar sus numerosas filiales. La solidez de este sistema se basa en su diversidad y su salud en la ausencia de control por parte del gobierno. No obstante, algunas bibliotecas merecen ser criticadas por una razón: su exclusividad.

Las mayores bibliotecas pertenecen a las universidades más exclusivas, como Harvard, Yale, Princeton y Stanford. Admiten investigadores externos, pero por lo demás permanecen cerradas al público en general. Hay quien se queja de que con esta actitud dan la espalda a la ciudadanía y reservan sus riquezas sólo para unos pocos privilegiados.

En ocasiones yo también pensé así, cuando tuve el privilegio de ser estudiante de posgrado en la Universidad de Oxford. En mis tiempos, los colegios mayores de Oxford se protegían del mundo exterior mediante altos muros coronados por pinchos y tro-

zos de cristal. Las puertas de St. John's, el mío, se cerraban a cal y canto a las diez de la noche. Si a esa hora aún estabas en el exterior, podías llamar al timbre y pagar una multa o tratar de escalar el muro. Esto último era una experiencia que producía cierta congoja, a no ser que un compañero te indicara algún lugar de paso clandestino favorecido por alguna farola, un tejado bajo, un hueco entre los pinchos o algún otro punto débil en la fortificación del muro que el deán de los estudiantes había dejado sin vigilancia gracias a un acuerdo tácito que permitía a los jóvenes comportarse como tales. (Salvo pocas excepciones, los colegios mayores de las universidades eran entonces exclusivamente masculinos.)

Las barreras para los forasteros y el conocimiento de los internos sobre cómo saltar las reglas reforzaba un sentimiento de exclusividad. Por si la arquitectura no bastara para transmitir el mensaje, se podía consultar la novela *Jude, el oscuro*, de Thomas Hardy, que describe los intentos de Jude por penetrar en el mundo oculto tras los muros de Oxford. Hace mucho que la leí por última vez, pero según recuerdo de las conversaciones sobre ella en St. John's, Jude nunca logró entrar en contacto con la vida que se desarrollaba en el interior de las facultades. Uno de sus hijos incluso fue víctima de la maldición de los excluidos y acabó matando a sus hermanos y ahorcándose después en el pub Lamb and Flag, situado justo enfrente del lugar que yo solía elegir para saltar el muro.

Los edificios de estilo neogeorgiano de Harvard difícilmente se prestan a este tipo de melodrama, pero también pueden tener para los extraños un aspecto prohibido. La biblioteca ofrece a Harvard la oportunidad de abrirse al exterior, no físicamente (la cantidad de lectores potenciales lo impide), pero sí digitalmente, compartiendo su patrimonio intelectual a través de la Red. La apertura será el principio que nos guíe en nuestro objetivo de adaptar la biblioteca a la realidad del siglo XXI. Pido disculpas por el carácter provinciano de las medidas descritas a continuación, pero espero que a alguien le puedan ser de utilidad.

Después de que varias facultades de Harvard votaran a favor de la libertad de acceso, la biblioteca ha creado una Oficina para la Comu-

nicación Académica (Office for Scholarly Communication, OSC), cuyo cometido es administrar un archivo central para almacenar y poner a disposición *on-line* de forma gratuita todos los artículos escritos por los profesores de las facultades que participan en el proyecto, excepto aquellos que sus autores decidan excluir. Otro objetivo de esta Oficina es digitalizar las tesis doctorales y hacerlas accesibles desde la misma central de archivos, a no ser que sus autores prefieran mantenerlas en situación de «archivo oculto» por un periodo limitado de tiempo, acogiéndose a una opción de exclusión similar a la citada. Además de proveer al mundo exterior con trabajos científicos terminados, esta Oficina también recopilará literatura «gris» –conferencias sobre temas escogidos, actas de congresos, notas de laboratorio, series de datos, información sobre proyectos en marcha–, de forma que quien esté interesado pueda conectar con la actividad intelectual desarrollada en la universidad. Por supuesto que hay numerosos problemas que resolver: la regulación de los derechos de autor, el control de calidad, la compatibilidad de los sistemas de búsqueda y almacenaje de los datos y la captación de fondos para construir y mantener esta infraestructura digital. Pero afortunadamente en Harvard, como en muchas otras universidades, la biblioteca ocupa una posición estratégica para ser el centro neurálgico de la compilación y difusión del conocimiento.

La biblioteca está reforzando esta función mediante su Programa de Colecciones Abiertas *(Open Collections Program)*. Gracias al apoyo económico de las fundaciones Hewlett y Arcadia ha sido posible digitalizar libros, folletos, manuscritos, grabados y fotografías diseminados por las múltiples bibliotecas de Harvard y cuyo contenido está relacionado: la mujer trabajadora de 1800 a 1930; la inmigración a los Estados Unidos de 1789 a 1930; contagios: las opiniones sobre las enfermedades y epidemias a través de la historia; expediciones y descubrimientos: el patrocinio de la exploración y los descubrimientos científicos en la Edad Moderna, y el legado del islam. Varios equipos de profesores, bibliotecarios, conservadores y técnicos seleccionan, catalogan y digitalizan este material para ponerlo a disposición de forma gratuita en la Red. Cada proyecto tiene una duración aproximada de dieciocho meses y pone al alcance de

estudiantes e investigadores una enorme cantidad de documentos. El material ha sido traducido a setenta y dos idiomas y cientos de miles de internautas de todo el mundo lo han consultado.

Uno de los compromisos principales de Harvard es la conexión con el resto del planeta, porque la biblioteca universitaria contiene numerosos documentos que no existen en ningún otro lugar. Sus archivos, que se remontan a la fundación de la universidad en 1636, contienen información muy ilustrativa sobre los orígenes de la educación en América y también del propio país. Y hay colecciones especiales diseminadas por su sistema de bibliotecas cuyo contenido es importante para otros países. Por ejemplo, la Biblioteca Yenching de Harvard contiene más de 200 ejemplares únicos de obras chinas. También éstos serán digitalizados, junto con otros 51.542 libros raros, en el marco de un proyecto conjunto de promoción del libre acceso que se llevará a cabo con la Biblioteca Nacional de China en los años 2010 a 2016. Harvard espera poder digitalizar su fondo de documentos de Ucrania, la mayor colección del mundo, y que es de vital importancia para el pueblo ucraniano, que perdió la mayor parte de su legado literario durante las tragedias que asolaron este país en el siglo XX. También se están digitalizando los extensos fondos de Harvard sobre zoología, botánica y medicina, y se están poniendo a disposición de los usuarios a través de los portales de libre acceso de la Biodiversity Heritage Library (BHL) y a través de las publicaciones de la Biblioteca Pública de Ciencias. La digitalización a esta escala requiere que varias instituciones colaboren. Muchas bibliotecas guardan colecciones muy interesantes que sólo conocen unos pocos especialistas. Sólo si las ponemos a disposición del público a través de acciones conjuntas podremos cumplir con nuestra obligación para con el mundo del conocimiento.

Debemos asumir, además, otra responsabilidad: recopilar y conservar el material «nacido digital». En la Red han proliferado las páginas web. Estas páginas son fruto de la iniciativa individual y han ido surgiendo de forma desordenada, por lo que con frecuencia no están adaptadas a los buscadores, el diseño de los metadatos de unas y otras es incompatible, y su periodo de vida muy breve: desaparecen rápidamente en el ciberespacio. Hemos desarrollado

un Servicio de Compilación de Archivos Web *(Web Archive Collection Service, WAX)* con el fin de compilar y guardar este tipo de material. Tres proyectos piloto nos han demostrado que es factible llevar a cabo el proyecto a gran escala. El Instituto Edwin O. Reischauer ha recopilado de manera sistemática los debates sobre temas políticos de más de cien páginas web japonesas, y este material se está almacenado en una base de datos digital denominada «Revisión constitucional en Japón». La Biblioteca Arthur and Elisabeth Schlesinger ha creado una colección de características similares, «Capturando las voces de las mujeres», que recoge las aportaciones de mujeres en *blogs* poco conocidos. Por su parte, Harvard University Archives ha lanzado un programa que registrará la actividad diaria de las numerosas páginas web que existen en el seno de esta universidad. Estamos madurando también un proyecto para archivar los millones de correos electrónicos que se intercambian diariamente en la universidad.

El problema de los correos electrónicos es general y es tan complejo desde el punto de vista legal y técnico, que quizá sea insoluble. Se realizan tantas comunicaciones vía Internet, que no queda constancia de la mayor parte de las comunicaciones que se producen en el mundo contemporáneo. Probablemente el Comité de Documentos Gubernamentales (Committee on the Records of The Government) exagerase cuando afirmó en 1985 que «los Estados Unidos corren peligro de perder su memoria», y es verdad que la famosa «pérdida» del censo de 1960 es sólo un mito: la Oficina del Censo consiguió recuperar la mayoría de los datos que en 1976 parecían perdidos, gracias a la compleja y costosa labor de los ingenieros informáticos. Pero a mediados de la década de 1980 la mayoría de los organismos gubernamentales ya utilizaba el correo electrónico, por lo que la mayor parte de su correspondencia se ha perdido. No se ha perdido la totalidad de los seis millones de correos electrónicos enviados o recibidos por la Casa Blanca en la época de Clinton, pero al parecer ha desaparecido una cifra aún mayor de los correos correspondientes a la época de Bush (2001 a 2005) y de la ingente cantidad de mensajes cursados por los niveles inferiores de la Administración. No hemos hecho más que una

primera aproximación a este problema, y aún estamos lejos de encontrar una solución. La Biblioteca de Harvard tiene una numerosa plantilla de técnicos que ha desarrollado una solución provisional mediante un programa denominado *Library Digital Initiative*. No obstante, el problema persiste y es parte de él la captación de fondos, el desarrollo de un plan de negocio y la planificación de una estrategia general de trabajo.

Las limitaciones presupuestarias nos obligan a replantearnos nuestra manera de proceder y a buscar el apoyo de aliados potenciales que se enfrenten a problemas similares. Una opción lógica sería la alianza de las bibliotecas universitarias y las editoriales universitarias. Rara vez colaboran –a pesar de que en muchos campus son vecinas– y, sin embargo, su función es la misma: difundir el conocimiento. Quizá tengamos un concepto demasiado limitado de lo que significa publicar y sólo lo asociemos con lo que hace un grupo de profesionales que edita libros y revistas. Publicar significa «hacer pública» una actividad generalizada que a partir del siglo XIV se entendió en un sentido lato. Según el *Oxford English Dictionary*, publicar significa «hacer accesible o poner a disposición de forma generalizada para su aceptación o uso».

Esta definición tiene un curioso parecido con el objetivo declarado de Google: «Organizar la información disponible en el mundo y hacerla universalmente accesible y útil». ¿Debemos considerar que Google es una editorial? Desde luego, las bibliotecas universitarias encajan bien en una definición amplia. «Hacen accesible» todo tipo de información, ya sean artículos archivados, disertaciones digitalizadas, series electrónicas de datos, páginas web, conferencias grabadas en vídeo, actas de congresos, películas y –cómo no– libros. Varias bibliotecas universitarias, como MIT, Stanford o Pennsylvania State han absorbido sus respectivas editoriales universitarias. En Harvard no tenemos esa intención. Nuestra editorial universitaria funciona perfectamente, a pesar de los difíciles tiempos que corren. Pero colaboramos con nuestra editorial para explorar las posibilidades de la publicación *on-line*. Una opción serían las monografías de libre acceso, que estarían disponibles de forma gratuita *on-line* y a la venta como libro impreso bajo demanda. Otra posibilidad sería

aprovechar la experiencia y los conocimientos de la editorial para que hiciera una inspección amistosa de la gestión y para que nos aconsejara en el diseño de publicaciones digitales que no encajen en las categorías convencionales de «monografía» o «artículos», por ejemplo ediciones comentadas de colecciones, actas de congresos o bases de datos.

Hoy en día la mayoría de los autores escriben textos en soporte electrónico y la mayor parte de los editores conservan las obras que han publicado en archivos digitales. Un mundo en el que los libros «nacen digitales» y los lectores son «nativos digitales» es un mundo en el que las bibliotecas ya no tendrán necesidad de almacenar grandes cantidades de literatura contemporánea en soporte papel. La impresión bajo demanda y unos dispositivos electrónicos de lectura mejorados serán suficientes para satisfacer las necesidades inmediatas. Pero un mundo así aún queda lejos y no podemos reducir la adquisición de monografías impresas mientras no hayamos encontrado una solución a los problemas que se nos plantean; ante todo, el problema de la conservación de los textos digitalizados.

Si esta cuestión quedara resuelta, las bibliotecas podrán concentrarse en lo que siempre fue su punto fuerte: las colecciones especiales. Puede que en el futuro estas colecciones incluyan elementos de un nuevo tipo que hoy es imposible anticipar. Pero su patrimonio de libros tradicionales y manuscritos supondrá entonces una riqueza aún mayor. Tras haber guardado sus tesoros durante siglos, las bibliotecas podrán compartirlos por fin con el resto del mundo. Hasta entonces, Google habrá escaneado prácticamente todos los títulos convencionales, pero no habrá penetrado en lo más profundo de las salas de libros raros ni en los archivos, donde queda lo más fascinante por descubrir. Cuando las bibliotecas hayan digitalizado sus colecciones especiales y las hayan puesto a disposición del público, habrán cumplido con una parte fundamental de su misión.

Quizá esté permitiendo que mi pasión por los libros antiguos distorsione mi visión del futuro. Por muy avanzada que pueda estar la tecnología, no puedo imaginar que la imagen digitalizada de un

libro antiguo sea comparable a la emoción que provoca el contacto físico con el original. Cuando era un estudiante de primer año en Harvard en 1957, descubrí que a los estudiantes les estaba permitido el acceso a la Biblioteca Houghton (la biblioteca de Harvard que alberga los libros raros y los manuscritos). Hice acopio de valor, entré y pregunté si tenían el ejemplar que perteneció a Melville de los *Ensayos* de Emerson. Unos minutos más tarde lo tenía encima de mi mesa. En sus márgenes había extensas notas manuscritas por Melville, y me encontré leyendo a Emerson a través de los ojos de Melville, o intentándolo al menos.

Una de las anotaciones al margen se me ha quedado grabada en la memoria. Guarda relación con la experiencia de Melville cuando dobló el cabo de Hornos, navegando por el mar más peligroso del mundo. En aquella época yo creía que el mundo era, en general, bastante duro, así que estaba predispuesto a simpatizar con una nota muy ácida que Melville había escrito junto a un párrafo sobre las tempestades. Emerson se había explayado sobre el significado de la palabra «alma» y el carácter pasajero del sufrimiento que, como pueden atestiguar los marinos, era tan pasajero como una tempestad. Melville se preguntaba en la nota al margen si Emerson tenía alguna idea del terror que sufrían los marineros embarcados en los balleneros cuando doblaban el cabo de Hornos. Para mí, esa nota fue la prueba de la existencia de un elemento dulzón y optimista en la filosofía de Emerson.

De vuelta en Harvard medio siglo después, recordé aquella nota y junto al recuerdo me surgió una pregunta: ¿la había comprendido bien en aquel momento? Sin pensar en los compromisos anotados en mi agenda me encaminé a toda prisa hacia Houghton.

No es muy frecuente tener la oportunidad de experimentar un *déjà vu*. Éste es el resultado: un pasaje en la página 216 de «Prudence» en *Essays: by R. W. Emerson* (Boston, 1847), en cuyo margen Melville había trazado una gran X, decía: «El terror a la tempestad se siente, sobre todo, tanto en los salones como en las casas modestas. El arriero, el marinero, le plantan cara durante todo el día y, bajo el aguanieve, su salud se renueva a un ritmo tan vigoroso como bajo el sol de junio». Al pie de la página, Melville había mar-

cado otra X y escrito: «Menuda tontería le parece esto a quien ha capeado un temporal en el cabo de Hornos como marinero raso».

La anotación era aún más incisiva de lo que yo recordaba y la sensación que experimenté al sostener en mis manos este pequeño libro de Emerson, encuadernado en tela y que en su día había pertenecido a Melville, fue aún más conmovedora que la vez anterior. Es una experiencia que sólo se puede vivir en las salas de libros raros. Sin embargo, una copia digitalizada de la página 126 de «Prudence» bastaría para que cualquiera pudiera leer a Emerson a través de Melville. De hecho, la digitalización es capaz de hacer visibles cosas que permanecen ocultas a simple vista, como saben muy bien los investigadores que hayan trabajado con las versiones digitales de textos como, por ejemplo, el primer manuscrito de *Beowulf*.

Es obvio que para afrontar la situación actual se necesita ir más allá de la mera digitalización al azar de las colecciones especiales. Si las bibliotecas quieren seguir siendo importantes en el futuro, han de asociarse. En el siglo XX prosperaron actuando de forma independiente unas de otras y evitando cualquier interferencia por parte del Estado. Pero en el siglo XXI se enfrentan a la misión imposible de avanzar en dos frentes, el analógico y el digital. Sus presupuestos para adquisiciones no estarán a la altura. Las bibliotecas deben por tanto asociarse y ponerse de acuerdo para invertir en algunos ámbitos y dejar que sus socios inviertan en otros. Será necesario desarrollar depósitos externos y perfeccionar el sistema de préstamos entre bibliotecas, preparar metadatos compatibles, intercambiar documentos a través de la Red, integrar sus catálogos y coordinarse para realizar las labores de digitalización.

Experimentos de este tipo ya se han hecho, y fracasaron. Pero debemos seguir intentándolo. A través del sistema de prueba y error tenemos que avanzar hasta lograr la creación de una biblioteca digital, primero de ámbito nacional y más adelante de ámbito internacional. Google ha demostrado que es factible pero también que existe el riesgo de hacerlo mal, esto es, de anteponer la rentabilidad comercial al interés general.

Las innovaciones tecnológicas se suceden con tanta rapidez que es imposible adivinar cómo será el mundo de la información

dentro de diez años. Pero si queremos encauzar los cambios de manera que beneficien a todos, hemos de actuar ahora. Es imprescindible que el Estado intervenga para evitar la creación de monopolios y también que las bibliotecas interactúen con el fin de impulsar un plan de acción común. Digitalizar y democratizar. No es una fórmula sencilla, pero la única válida si de verdad queremos hacer realidad el ideal de aquella República de las Letras que una vez pareció una utopía inalcanzable.

4. OBJETOS PERDIDOS EN EL CIBERESPACIO

Escribí esta nota y el ensayo que figura a continuación en marzo de 1999, mientras iniciaba el lanzamiento del programa *Gutenberg-e* en la American Historical Association, a la vez que preparaba un libro electrónico que tenía pensado escribir. Diez años después sigo inmerso en la preparación del libro, si bien ya dispongo de casi toda la documentación necesaria que pronto estará disponible en una página web. Entretanto, continúo con la preparación del texto principal.

Como muchos otros académicos, estoy a punto de dar el salto al ciberespacio y tengo miedo. ¿Qué encontraré? ¿Qué perderé? ¿Me perderé?

Mientras me aproximo a la Red, me invade el cariño hacia los medios de antaño: las clases y los libros. ¿No es extraordinario que, después de tantos siglos, ambos sigan tan vivos en nuestros campus, a pesar del advenimiento de lo que conocemos por la era de la información?

Por mucho que admire a los compañeros más jóvenes, que utilizan en sus clases música e imágenes producidas por ordenadores, yo prefiero hablar directamente a mis alumnos armado sólo de tiza y una pizarra. Soy historiador. Cuando trabajo en el archivo, escribo notas en fichas y las guardo en cajas de zapatos. Mientras, a mi alrededor, la nueva generación teclea en sus ordenadores

portátiles y carga fotos de documentos en sus cámaras digitales. Amo los libros, los libros tradicionales, cuanto más antiguos mejor. En mi opinión, la cultura del libro llegó a su apogeo cuando Gutenberg modernizó el códice y pienso que el códice tiene ventajas frente al ordenador. Puedes hojearlo, hacer anotaciones en él, llevártelo a la cama y guardarlo cómodamente en una estantería.

Aparte de sus defectos mecánicos, los textos electrónicos transmiten una falsa sensación de poder sobre el tiempo y el espacio. Disponen de enlaces a la Red, una Red que nos parece infinita. Creemos que nos conecta con todo, porque todo está digitalizado o pronto lo estará. Imaginamos que si disponemos de un buscador lo suficientemente potente tendremos acceso a información sobre cualquier cosa que existe en el planeta y sobre cualquier cosa que existió en el pasado. Todo parece estar en Internet esperando a que lo descarguemos o lo imprimamos.

Esta concepción del ciberespacio tiene un curioso parecido con la concepción que tenía San Agustín de la mente de Dios: omnisciente e infinita porque Su sabiduría lo abarca todo, incluso lo que queda más allá del tiempo y el espacio. El conocimiento también podría ser infinito en un sistema de comunicación en el que los hipervínculos llegaran a todas partes, sólo que es imposible que exista un sistema así. Producimos mucha más información de la que somos capaces de digitalizar y, en cualquier caso, información no es igual a conocimiento. Si queremos conocer el pasado, tendremos que excavar en lo que queda de él y aprender a darle un sentido. La mayoría de las personas se conforma con ceder la pala a los historiadores, y saca sus propias conclusiones de los libros que éstos escriben.

Lamentablemente, también los libros tienen sus limitaciones. Todo escritor sabe la cantidad de texto que es necesario eliminar antes de que un libro esté listo para su impresión, y todo investigador sabe lo poco fructífero que resulta estudiar un archivo antes de que haya un texto escrito. El número de manuscritos parece extenderse hasta el infinito. Abres una caja, sacas una carpeta, la abres, lees la carta y te preguntas qué relación tiene con todas las demás cartas que están en todas las demás carpetas que están en todas las

demás cajas, no sólo en este archivo sino en todos los demás archivos del mundo. La inmensa mayoría nunca ha sido leída por ningún investigador. Además, la mayoría de la gente nunca escribió una carta. La mayor parte de los seres humanos han desaparecido en el tiempo sin dejar rastro alguno de su existencia. Escribir la historia basándonos en el material archivado significa componer un cuadro lo más coherente posible a partir de todo aquello que podemos comprender. Pero el resultado de este ejercicio, un libro de historia, es tan incapaz de reflejar la infinidad de las experiencias vividas como lo fue San Agustín de comprender la mente de Dios.

En resumen, los medios tradicionales no pueden jactarse de que su dominio del pasado sea mayor que el de los medios electrónicos. Pero hay algo irreal en estas elucubraciones. La visión de bases de datos o de manuscritos extendiéndose hasta el infinito no reconforta en absoluto a los historiadores que trabajan rebuscando en los archivos. Cualesquiera que sean sus temores epistemológicos, tienen que solucionar problemas muy concretos. En mi caso, tengo docenas de cajas de zapatos llenas de fichas que piden a gritos su transformación en un libro. De hecho, son demasiadas para caber en un solo libro, demasiadas incluso para hacerse con ellas. Por eso necesito dar el salto: quiero escribir un libro electrónico.

Este es el momento en que mis fantasías cobran forma. Un libro electrónico, al contrario que un libro impreso, puede tener capas ordenadas en forma piramidal. Los lectores pueden descargarse el texto y examinar la capa superior, que estará escrita a modo de una monografía corriente. Si el texto les gusta, pueden imprimirlo, encuadernarlo (hay máquinas encuadernadoras que se pueden conectar a un ordenador o a una impresora) y estudiarlo cómodamente en el formato corriente de un libro de tapa blanda. Si topan con algo que les parezca especialmente interesante, pueden moverse a una capa inferior para acceder a un ensayo suplementario o a un anexo. Pueden sumergirse en el libro, en documentos adicionales, en bibliografías, historiografías, iconografías, música de fondo, en todo lo que yo pueda aportar para facilitar una comprensión profunda del tema que trato en el libro. Al final, lo harán suyo, porque encontrarán su propio camino para recorrerlo y leerán en

horizontal, vertical o diagonal, o por dondequiera que les guíen los enlaces electrónicos.

Soy consciente de que una cosa es describir un libro electrónico y otra muy distinta escribirlo. Pero para alguien como yo, que ha vivido la experiencia de trabajar con archivos, supone una tentación a la que cuesta resistirse. En una ocasión logré leer el contenido completo del archivo de un editor de la Suiza francófona, la Société Typographique de Neuchâtel. Eran 50.000 cartas, el único archivo completo de una editorial del siglo XVIII que ha sobrevivido. También he leído la mayoría de los documentos que contienen dos de las mayores colecciones de la Bibliothéque Nationale de France: la colección Anisson Duperron y la documentación de la Communauté des libraires et des imprimeurs de París. En su conjunto, estos documentos transmiten una fascinante y rica imagen del mundo de los libros en la época de la Ilustración, pero tardé en leerlos once veranos y tres inviernos, repartidos a lo largo de veinticinco años.

No es que aquello fuera un sufrimiento. Neuchâtel es una ciudad encantadora situada en una región de buenos vinos al borde de un lago rodeado de preciosas montañas, y París es un paraíso. Mis investigaciones fructificaron en forma de varios libros y artículos. Pero me legaron miles de fichas con apuntes que nunca utilicé y la sensación de no haber podido aprovechar todo el potencial que me brindaba el objeto de mi investigación. Los documentos no sólo revelan qué publicaron los editores, sino también cómo decidieron lo que iban a publicar; no sólo muestran el destino de los libros, sino también cómo fueron manejados por contrabandistas y carreteros en cada etapa de su transporte; no sólo dicen quién los escribió, sino la forma en que los escritores entendían su oficio; no sólo plasman lo que el rey decretaba para controlar el comercio de los libros, sino también cómo los censores, los inspectores de policía, los burócratas y los confidentes colaboraron en la labor represiva. La consulta de toda esta documentación abre nuevas perspectivas sobre la historia de las ideas, de la economía, de la política y de la sociedad. Permite así acercarse al ideal que los franceses denominan *histoire total*, es decir, la historia completa del papel que jugaron los libros en una Francia que se encontraba a las puertas de la Revolución.

Por supuesto que esto es más sencillo decirlo que llevarlo a cabo. En un primer intento escribí un borrador de cien páginas de un capítulo sobre el papel como elemento de los libros, para después abandonarlo en un cajón. Escribí setenta y cinco páginas sobre el comercio de libros en el valle del Loira y me pareció que lo había cargado con tantos detalles que nadie iba a querer leerlo. Preparé un estudio sobre cómo un contrabandista de Lyon abrió una ruta hasta la región del delta del Ródano, una rica región librera, y otro sobre cómo un librero de Besançon ideó en 1777 un ingenioso sistema para sortear la *ordennance* contra la piratería. Otro más sobre el comercio de *entrepôt* en Versalles, e incluso otro sobre la vida de un agente literario en París; otro más sobre las aventuras de un agente comercial de libros (pasó cinco meses a lomos de su caballo vendiendo libros por el centro y el sur de Francia, y en Loudun tuvo que comprar una jaca pues a su caballo le abandonaron las fuerzas; todas las transacciones quedaron anotadas con detalle en sus cuentas)... Podría seguir enumerando proyectos muy prometedores, pero no pude darles cabida a todos en un libro. Había demasiado que contar. Cada vez que comenzaba un nuevo capítulo, me daba cuenta de que me sumergía tanto en los detalles que la historia se me escapaba. Tuve que parar ante la aterradora perspectiva de pasar el resto de mi vida como cronista de la Société Typographique de Neuchâtel, escribiendo libros que nadie iba a leer aunque hubiera alguien dispuesto a publicarlos.

La respuesta es el libro electrónico. No es que el libro electrónico ofrezca una solución fácil, ni quiero verter todo el contenido de mis cajas de zapatos en la Red. Mi intención es presentar todo el material recopilado en diferentes formatos. Lo más esencial irá en la capa superior y el resto, mini-monografías y una selección de los documentos más interesantes, en las capas inferiores. Los lectores de mi libro podrán decidir hasta dónde quieren llegar e incluso enlazar desde mi libro con otros títulos sobre un tema tan prolífico como es la historia de los libros. ¡Un libro electrónico sobre la historia de los libros durante la Ilustración! No puedo resistirme. Voy a dar el salto.

Cualquiera que sea el resultado de mi historia, espero que les sea de utilidad a todos aquellos que se encuentran en situaciones

similares. Sé que no hay dos situaciones que sean exactamente iguales. Pocos historiadores han tenido la oportunidad de trabajar durante décadas en archivos vírgenes. Pero todo el que haya hecho un doctorado sabe lo difícil que es dar un formato legible a un material intratable. Tengo el convencimiento de que Internet va a transformar el mundo del conocimiento. La transformación ya ha comenzado. Creo que es nuestra obligación tomar las riendas de este proceso para conservar los elevados estándares del pasado y desarrollar otros nuevos para el futuro. ¿Y qué mejor que empezar por los estudiantes que están trabajando ahora en sus tesis? Tras haber pasado su infancia con los ordenadores, sabrán a dónde van cuando den el salto al ciberespacio. Yo sigo en la orilla, y para mantenerme a flote me aferro a mis cajas de zapatos y al resto de mi bagaje intelectual, que incluye algunos libros muy antiguos, entre ellos las *Confesiones* y *La ciudad de Dios* de San Agustín.

PARTE II.

EL PRESENTE

5. EL LIBRO ELECTRÓNICO Y EL LIBRO TRADICIONAL

Cuando este ensayo apareció por primera vez en la *New York Review of Books* el 18 de marzo de 1999, contenía un informe detallado sobre el historial del incremento de los precios de las revistas académicas, así como sobre los efectos desastrosos que han tenido unos precios excesivos para las bibliotecas, las editoriales universitarias e incluso para la carrera de los jóvenes universitarios. Dichas condiciones aún se dan. De hecho, son peores que nunca, pero en este artículo he querido limitar el debate sobre este asunto, dado que se vuelve a tratar en algunos de los ensayos siguientes y quiero evitar repetirme.

El futuro, tal como lo predijo Marshall McLuhan, no se ha hecho realidad. Internet sí es una realidad, como lo es la inmersión global en televisión, y por supuesto también que los medios y los mensajes que lanzan estén por todas partes. Pero la era de la electrónica no ha provocado la extinción de la palabra impresa, tal como McLuhan profetizó en 1962. Su visión de un nuevo universo mental sostenido por una tecnología «post-impresión» parece ahora superada. Si durante décadas del siglo XX la visión de Luhan alimentó la imaginación, hoy ya no sirve como referencia del milenio en que estamos entrando. La «galaxia Gutenberg» aún existe y «el hombre tipográfico» aún esta intentando comprender su papel en ella.

Consideremos lo que es un libro. Un libro tiene un poder de permanencia extraordinario. Desde la invención del códice, en

torno al comienzo de la era cristiana, el libro ha demostrado ser un instrumento maravilloso: es fantástico para guardar información, cómodo de hojear, confortable para acurrucarse junto a él, se almacena muy bien y es increíblemente resistente. No necesita ser actualizado ni bajado de la Red, no hay que arrancarlo ni inicializarlo, no hay que enchufarlo a ningún circuito o sacarlo de páginas web. Su diseño es un placer para la vista. Su formato consigue que sea agradable tenerlo en las manos. Además, gracias a su fácil manejo, durante miles de años fue la herramienta básica del aprendizaje, aún en los tiempos en los que para leer un libro era necesario desenrollarlo (cuando era un manuscrito o rollo de pergamino en lugar de un códice compuesto por hojas encuadernadas) y mucho antes de que Alejandro el Grande fundara la Biblioteca de Alejandría en el año 332 a.C.

¿Entonces, por qué seguimos escuchando profecías que predicen la muerte del libro? No porque McLuhan tuviera razón, sino porque la tipografía móvil no ha sido capaz de evolucionar lo suficientemente rápido para adaptarse a una realidad cambiante. La mayor parte de los libros electrónicos descargan textos de librerías *on-line*, los almacenan, y después los proyectan sobre una pantalla, página por página. JSTOR, un proyecto desarrollado por la fundación Andrew W. Mellon, ha puesto a disposición una vasta colección de revistas académicas *on-line* para que las adquieran las bibliotecas que no pueden pagar los originales. La Biblioteca Pública de Nueva York facilita tanta información electrónica a lectores repartidos por todo el mundo, que ya en 1999, según datos de la propia biblioteca, registraba cada mes en su sistema informatizado diez millones de consultas electrónicas frente a los 50.000 libros consultados en la sala de lectura sita en la calle 42. Según parece, todo se está digitalizando y cada digitalización conecta mediante un hipervínculo con todas las demás. Si el futuro nos traerá una prensa sin noticias, revistas sin páginas y bibliotecas sin paredes, ¿qué será del libro tradicional? ¿Será barrido por la edición electrónica?

Llevamos escuchando esta profecía insistentemente desde que se diseñó el primer libro electrónico en 1945, un aparato ruidoso y monstruoso llamado Memex. Tantas veces se ha proclamado la

muerte del libro convencional, que muchos de nosotros ya no nos tomamos en serio la amenaza de que algún día las estanterías quedarán vacías. Ahora que tienen ordenadores, los estadounidenses producen y consumen más papel impreso que nunca. Incluso el presidente de Microsoft, Bill Gates, confesó en un discurso reciente que para una lectura extensa prefiere el papel impreso a la pantalla del ordenador:

> «Leer en una pantalla sigue siendo muy inferior a leer en papel. Incluso yo que poseo estas pantallas caras y que presumo de ser un pionero de este estilo «web» de vida, imprimo todo lo que excede de cuatro o cinco páginas y me gusta llevarlo conmigo y escribir anotaciones. La tecnología está aún muy lejos de poder ofrecer esa facilidad de manejo».

Gates afirma que la tecnología deberá mejorar «muy radicalmente» antes de que «todas las cosas con las que actualmente trabajamos sobre papel pasen a formato digital». En pocas palabras, el antiguo códice, impreso sobre hojas de papel dobladas y conjuntadas, no está a punto de desaparecer en el ciberespacio.

¿Entonces, por qué esa fascinación persistente por la edición electrónica? Parece que ha pasado por tres etapas: una fase inicial de entusiasmo utópico, un periodo de desencanto y una nueva tendencia al pragmatismo. Al principio pensamos que podíamos crear un espacio electrónico, meterlo todo dentro de él y dejar que los lectores crearan su propio orden. Después aprendimos que nadie estaría dispuesto a leer un libro en una pantalla de ordenador ni a batirse con montañas de papeles sacados por la impresora. Ahora nos enfrentamos a la posibilidad de complementar el libro convencional con publicaciones electrónicas específicamente diseñadas para determinados fines y determinados públicos.

El mejor argumento a favor de los libros electrónicos lo constituyen las publicaciones académicas, no en todos los campos, pero sí en muchos ámbitos de las humanidades y de las ciencias sociales, donde la edición de las monografías convencionales se ha vuel-

to prohibitivamente cara. Es de hecho tan difícil, que está provocando la transformación de todo el entorno en que tiene lugar el aprendizaje. Las dificultades actuales son el resultado de tres problemas que han convergido hasta convertir las monografías en una especie que parece estar en vías de extinción.

Los editores comerciales han subido los precios de las revistas –en especial de las revistas de ciencias naturales– de tal forma, que han causado estragos en los presupuestos de las bibliotecas. Para poder mantener su oferta de publicaciones periódicas, las bibliotecas han recortado drásticamente las adquisiciones de monografías. Confrontados con la disminución de los pedidos por parte de las bibliotecas, los editores universitarios por su parte prácticamente han interrumpido las publicaciones sobre aquellos ámbitos temáticos que son menos rentables. Los investigadores afectados no disponen ya de vías apropiadas para dar salida a sus estudios. La crisis tiene su origen en el *modus operandi* del mercado, no en el valor de dichos estudios, y tiene mayor incidencia sobre aquellos que más necesitan superarla: la siguiente generación de licenciados cuyas carreras profesionales dependen de su capacidad de comenzar a publicar.

Si observamos más de cerca los diferentes aspectos de esta crisis, veremos que comenzó en la década de 1970, cuando los precios de las revistas comenzaron su espiral al alza. Ahora los precios están fuera de control. En 2007, el coste de suscripción de muchas revistas científicas superó los 20.000 dólares anuales. *Nuclear Physics A&B*, por ejemplo, cuesta 21.003 dólares, y el gasto de las bibliotecas en publicaciones periódicas había ascendido en un 320% a lo largo de las últimas dos décadas. El prestigio de publicar en las revistas más caras es tan importante para progresar en la carrera profesional, especialmente en las ciencias puras, que para las bibliotecas universitarias es imposible convencer al cuerpo docente de aceptar la cancelación de suscripciones. Esto obliga a las bibliotecas universitarias a aguantar la presión presupuestaria sacrificando las monografías en favor de las revistas. Hasta hace poco, la adquisición de monografías suponía al menos la mitad del presupuesto dedicado a las adquisiciones. Ahora es frecuente que no supere el 25%.

La segunda vertiente de la crisis amenaza la vida académica en un punto especialmente vulnerable: los presupuestos de las editoriales universitarias. Según una regla empírica manejada por los editores en la década de 1970, una editorial universitaria podía prever vender a las bibliotecas universitarias unas 800 copias de una monografía. Hoy en día, esa cifra está más cerca de los 300 ejemplares, lo que es insuficiente para cubrir los costes. Los editores ya no pueden estar seguros de vender libros que hace veinte años los gestores de las bibliotecas hubieran considerado imprescindibles. Del volumen I de *Los papeles de Benjamin Franklin*, publicados en 1959, se vendieron 8.047 copias. Del volumen III, publicado en 1997, sólo 753 copias. A menudo, las editoriales universitarias han respondido a la reducción de la demanda académica publicando menos libros sobre temas académicos. En su lugar, se han centrado en libros sobre temas concretos más populares, como las aves, la cocina, los deportes u otros libros de tirada media, es decir, aquellos títulos cuya publicación apenas es rentable y que los editores comerciales estaban descuidando para especular con libros de gran impacto: libros sobre cómo hacer deporte, sobre cómo triunfar, y *best-sellers* potenciales de autores famosos. Se puede objetar que aún se publican demasiadas monografías, más y más con cada vez menos contenidos. Los críticos a veces acusan a los catedráticos de escribir para ellos mismos en lugar de tratar sobre temas que interesen al público en general. Desde luego, la tendencia a las monografías puede ser enfermiza. Parece que aniquila disciplinas académicas actuando a modo de la crítica literaria, que por querer estar siempre a la última utilizó jergas misteriosas que terminaron por alienar a los lectores habituales. Pero la mayor parte de los académicos ha resistido a las variantes más malignas de esta enfermedad, si bien algunos tipos de academicismo, aunque importantes, son inevitablemente de difícil acceso y comprensión. La pregunta sigue siendo ésta: ¿puede el autor de una monografía que merezca la pena –que sea atractiva aunque no trate un tema de moda, es decir, que se asemeje al tipo de libro que tanta aceptación tuvo hace veinte años– albergar esperanzas de encontrar a alguien dispuesto a publicarla?

Si se pregunta a catedráticos y editores, la respuesta será seguramente descorazonadora. Muchos podrán contar historias de excelentes monografías que nunca fueron publicadas. Mi propia historia de miedo se refiere a una obra estupenda sobre la Revolución Francesa que ganó tres premios importantes y vendió 183 ejemplares encuadernados en tela y 549 en rústica. Hay por supuesto algunos temas, como la Guerra Civil americana, que siguen funcionando bien. No hay ningún ámbito de estudio que deba descartarse, aunque las editoriales hayan abandonado bastantes, y en muchas disciplinas sólo la idea de abordar un asunto poco corriente resulte problemático. El terreno académico sigue siendo demasiado complejo como para ser dividido nítidamente en sectores, pero analizado en su globalidad y como un solo mercado, parece estar en declive. Desaparezcan o no editoriales enteras, hay una conclusión muy clara: las monografías están en peligro de extinción.

Las amenazas traspasan límites para llegar hasta una tercera zona problemática: las carreras profesionales de los jóvenes académicos. Todo profesor adjunto conoce el imperativo categórico de publicar o perecer, que se traduce en algo más inmediato: es imposible ganarse la vida sin publicar monografías. Para un doctor recién titulado obtener un trabajo es algo ya de por sí difícil, pero cuando lo ha encontrado se enfrenta a una serie de dificultades aún mayores: el traslado a un nuevo domicilio, diseñar los cursos por primera vez, encontrar pareja o fundar una familia y, por encima de todo, publicar un libro. Supongamos que, contra viento y marea, un(a) profesor(a) adjunto(a) logre transformar una tesis doctoral en una monografía de primera categoría al cabo de tres o cuatro años; ¿será capaz de publicarla? Probablemente no.

Si entramos en la oficina de una editorial universitaria, veremos pilas y pilas de tesis doctorales. El editor le explicará con resignación que la editorial sólo puede permitirse publicar dos o tres al año, y añadirá entre sucesivos suspiros que la editorial sufre bajo la presión de los *tenure committees*, los comités universitarios encargados de la selección de los nuevos profesores titulares. Dichos comités presionan para que los libros se editen cuanto antes junto a los comentarios y las reseñas aportadas por los lectores.

Las editoriales se resisten a implicarse en este proceso de selección por razones que pueden estar justificadas, pero que a menudo son equivocadas. Esto es porque prestan más atención a sus limitaciones presupuestarias que a la línea que delimita sus responsabilidades profesionales. Nos guste o no, las editoriales actúan como un embudo en el proceso de promoción profesional. No consiguen publicar la mayor parte de los textos que reciben, por lo que con frecuencia impiden que los autores de estos textos logren avanzar hasta la siguiente etapa en sus carreras profesionales. Así, en lugar de promocionarse, muchos de ellos pasarán a formar parte de la población flotante de profesores adjuntos y se verán obligados a aceptar trabajos inapropiados donde quiera que los encuentren, trabajos escasamente remunerados, dotados de prestaciones complementarias insuficientes y carentes de reconocimiento profesional alguno. Podríamos estar creando el equivalente intelectual de los *okies* y los *arkies* de los años del *dust-bowl**, es decir, trabajadores académicos que emigran provistos de sus ordenadores portátiles y cuyo lugar de trabajo es el asiento posterior de su coche.

Si tenemos en cuenta cómo se entrelazan y solapan estos problemas, ¿podría la edición electrónica ofrecer una solución? La primera fase del encaprichamiento con los libros electrónicos, el periodo de entusiasmo utópico, debe servir de aviso respecto a expectativas poco realistas. Los utópicos tienen una fe ciega en la efectividad de esa mano invisible del mercado que los economistas tanto aprecian. Dejad que los emprendedores se batan en el mercado, dicen, y los buenos buscadores eliminarán los mensajes electrónicos inapropiados e inútiles.

---

* *Okie*: habitante de Oklahoma. *Arkie*: habitante de Arkansas. Granjeros empobrecidos de estos dos estados que, tras la gran depresión de los años 1930-1940, emigraron al oeste o suroeste de los Estados Unidos en busca de trabajo. En añadidura a la crisis económica, y debido a una gran sequía, entre 1933 y 1939 se produjeron tormentas de arena en las grandes praderas del centro de los Estados Unidos, fenómeno conocido como el *dust-bowl*. Este desastre ecológico no hizo más que intensificar los efectos de la gran depresión. (N. del T.)

Este argumento puede ser válido en el caso de algunos bienes de consumo, quizá incluso para el consumo de libros no especializados, en vista del éxito que han obtenido empresas como Amazon.com. Pero para los que están comprometidos con el mundo académico, esta forma de argumentar huele a *micawberismo** porque es como decir «no hagas nada y algo ocurrirá». Pero, de hecho, el ciberespacio ha de ser regulado como la economía. Los académicos deberían fijar estándares. Deberían encargarse de llevar a cabo un control de calidad en el mundo académico y podrían hacerlo atacando la crisis desde dos ángulos: el momento en el que los debutantes convierten sus tesis doctorales en libros, y el momento en que los veteranos experimentan con nuevos tipos de investigaciones y trabajos académicos.

Ciertamente podemos descargar un número ilimitado de tesis doctorales en la Red. Hay varios programas que prestan este servicio, que sirve a un fin muy loable: poner la investigación a disposición de los lectores. Pero, por regla general, este tipo de publicaciones ofrecen sólo información, no son trabajos académicos plenamente desarrollados, al menos no suele ser así en el caso de los trabajos en el ámbito de las humanidades y de las ciencias sociales. Cualquiera que haya leído tesis doctorales sin pulir sabe lo que quiero decir: las tesis no son libros. Entre ambos hay una enorme diferencia. Para convertir una tesis en un libro es necesario reestructurarla, recortarla o ampliarla aquí y allá, adaptarla a las necesidades del gran público y reescribirla desde el principio hasta el final, preferiblemente bajo la supervisión de un editor experimentado.

Los editores se refieren a esta revisión como el «valor añadido», pero en realidad durante este proceso sólo se añade una parte del valor total que tiene el libro. La revisión por parte de compañeros, el diseño de las páginas, la composición, impresión, el marketing y la publicidad –existe toda una gama de trabajos especializados que son imprescindibles para transformar una tesis en una monografía–. En lugar de simplificar este proceso, la edición elec-

* Wilkins Micawber era un personaje de la novela *David Copperfield*, de Dickens, que mostraba un optimismo desmesurado. (N. del T.)

trónica lo complicará aún más, si bien el resultado final podría suponer un incremento importante del valor añadido. Una tesis doctoral electrónica podría contener un número ilimitado de anexos y bases de datos. Podría ofrecer vínculos a otras publicaciones, lo que permitiría a los lectores encontrar nuevos caminos para analizar material antiguo. Además, una vez resueltos los problemas técnicos, las tesis electrónicas podrían producirse y distribuirse con un coste muy bajo, lo que redundaría en unos menores costes de producción para el editor y en una ocupación mucho menor de espacio en las estanterías de las bibliotecas.

Naturalmente que los problemas que se plantean son enormes. Los costes iniciales son altos y los precios no bajarán, al menos hasta que determinadas editoriales puedan ofrecer colecciones completas de monografías en soporte electrónico y las bibliotecas puedan adquirirlas en cantidades significativas y ponerlas a disposición de los lectores mediante licencias de acceso. Los lectores descargarían las monografías, buscarían en los textos lo que quisieran estudiar o analizar, imprimirían las correspondientes secciones, las encuadernarían con dispositivos anexos a las impresoras y se las llevarían a casa para leerlas en un formato en papel hecho a medida. La tecnología para llevar a cabo todas estas funciones ya existe. De hecho, ya es posible producir electrónicamente una versión impresa de un libro por menos de 50 dólares. Sin embargo, para poder publicar monografías de alta calidad, una editorial universitaria necesitará combinar todos los componentes de su propio sistema de producción y distribución de alto rendimiento.

En historia, una disciplina especialmente afectada por la crisis que atraviesan las ediciones académicas, los libros electrónicos deberían resultar especialmente interesantes. Cualquier historiador que haya pasado por largos periodos de investigación conoce la frustración que le produce su incapacidad de comunicar el contenido de unos archivos insondables y de un tiempo pasado que es inconmensurable. Si mi lector pudiera ver el interior de este archivo, se dice uno a sí mismo, si pudiera leer todas las cartas que hay aquí adentro y no sólo las líneas de esta única carta que estoy citando... Si yo fuera capaz de reflejar en mi texto mi línea de argumen-

tación, tal como la fui construyendo, avanzando de archivo en archivo cuando me tomé la libertad de alejarme un poco de mi propósito principal. Si tan sólo pudiera mostrar cómo se entrelazan los temas al margen de mi narrativa y cómo se extienden mucho más allá de las fronteras de mi libro. No es que los libros debieran estar exentos del imperativo de ceñirse en la narración a lo más esencial. Pero en lugar de zanjar una disquisición mediante un argumento concluyente, podrían mostrar nuevas formas de dar sentido a una evidencia, nuevas posibilidades de captar la esencia que contiene una historia, y transmitir una toma de conciencia más amplia de la complejidad que implica la interpretación del pasado.

No estoy abogando por una mera acumulación de datos, ni defendiendo los *links* a bancos de datos. Los llamados hipervínculos pueden ser simplemente una versión elaborada de las notas al pie de página. En lugar de inflar el libro, creo que es posible estructurarlo en capas organizadas de forma piramidal. La capa superior podría ofrecer una versión concisa del tema tratado, versión que quizá podría ofrecerse también en papel. La siguiente capa podría contener versiones más extensas de diversos aspectos del tema, estructuradas no de manera secuencial como en una narrativa, sino más bien en unidades independientes que alimentasen la capa superior. La tercera capa podría estar compuesta de diferentes tipos de documentación, cada uno de ellos ilustrado por un ensayo interpretativo. Una cuarta capa podría ser de carácter teórico o historiográfico, y contener extractos de textos académicos anteriores y disquisiciones sobre éstos. La quinta capa sería de carácter pedagógico y estaría compuesta por sugerencias sobre posibles debates a mantener en las clases, una especie de plan de estudios y propuestas de cursos concretos a impartir. Finalmente, la sexta capa contendría comentarios y cartas de lectores, así como documentación sobre los intercambios mantenidos entre el autor y el editor, lo que conformaría un conjunto de comentarios que iría creciendo según el libro fuera abriéndose camino entre diferentes colectivos de lectores.

Este nuevo tipo de libro tendría como consecuencia la creación de un nuevo tipo de lectura. Algunos lectores se darían por

satisfechos con una lectura rápida de la narrativa superior. Otros querrían leer el libro verticalmente, profundizando más y más en determinados temas a través de la lectura de los ensayos y la documentación de soporte. Otros, finalmente, navegarían en direcciones no esperadas, buscando conexiones que se ajustaran a sus intereses específicos o recolocando el material de acuerdo a sus preferencias personales. Los textos apropiados a cada caso podrían ser impresos y encuadernados según las especificaciones del lector. La pantalla del ordenador se usaría para seleccionar y buscar, mientras que una lectura concentrada y extendida tendría lugar mediante el códice convencional.

Lejos de ser algo utópico, las monografías electrónicas servirían para satisfacer las necesidades de la comunidad académica en relación a aquellas cuestiones en las que sus problemas convergen. Ofrecerían una herramienta para desbrozar problemas y para abrir un nuevo espacio para la ampliación del conocimiento. El mundo del aprendizaje y el conocimiento está cambiando tan rápido que nadie puede predecir cómo será dentro de diez años. Pero yo opino que seguirá estando dentro de la galaxia de Gutenberg –si bien la galaxia se habrá expandido gracias a una nueva fuente de energía, el libro electrónico, que actuará como suplemento, que no como sustituto, de la gran máquina que Gutenberg inventó.

6. «GUTENBERG-E»

Hacia 1997 habían convergido tantos problemas en el mundo del libro, que por fin parecía posible un cambio fundamental. Yo tenía la esperanza de poder hacer algo al respecto, al menos en cierta medida, porque confiaba en involucrar a la Asociación Americana de Historia (American Historical Association, AHA) en un proyecto para promocionar un nuevo tipo de monografía: tesis doctorales adaptadas para ser publicadas *on-line* como libros electrónicos. Cuando fui elegido para presidir la AHA en 1999, dediqué la mayor parte de los años anteriores, 1997 y 1998, a planificar el proyecto, que vino a denominarse *Gutenberg-e*.

En primer lugar, preparé un esquema preliminar que esperaba me ayudase a encontrar financiación. Su propósito fundamental, como lo imaginé originalmente y aún ahora, en retrospectiva, lo entiendo, era desarrollar y probar un modelo para publicar libros académicos en Internet. Tenía también otros dos objetivos más: revitalizar las monografías en aquellos campos de la Historia en que su publicación había dejado de ser rentable y ayudar a los jóvenes académicos a comenzar sus carreras a pesar de las dificultades para publicar de forma convencional.

Ahora que ya he estudiado docenas de cuentas de resultados, comprendo que mi forma de ver la rentabilidad de las publicaciones era, cuando menos, ingenua. Primero pensé que los libros electrónicos podrían ponerse a disposición *on-line* de forma gratuita,

como publicaciones de libre accesibilidad financiadas por fundaciones o universidades, que correrían con los gastos hasta que se viera si el experimento tenía éxito o no. Cuando en febrero de 1998 tanteé a la Fundación Andrew W. Mellon respecto a esta posibilidad, recibí una respuesta alentadora seguida de una pregunta desconcertante: ¿cuál era mi plan de negocio? En mi vida había oído hablar de un plan de negocio. Era cierto que había adquirido algunos conocimientos sobre la economía de la edición cuando trabajé para el consejo editorial de Princeton University Press entre 1977 y 1981. Pero no veía mi propia ignorancia. Como aficionado, pensaba que los libros electrónicos brindaban una oportunidad de ahorrar costes, si bien no en cuanto a la preparación de la edición, donde el saber hacer seguiría siendo crucial, pero sí en cuanto al papel, a la impresión y a la encuadernación, así como el almacenado, el transporte, la manipulación a nivel minorista y la exposición en librerías.

Mas aún, me parecía probable que los libros electrónicos generaran una demanda, especialmente por parte de las bibliotecas, ya que abrían la posibilidad de dar a conocer las investigaciones en un formato nuevo. Gracias a la digitalización, los autores podrían ofrecer en sus libros una cantidad ilimitada de documentos, ilustraciones, grabaciones de audio y video, así como vínculos con otras publicaciones, todo ello accesible en combinaciones que superarían con mucho las posibilidades del libro impreso. La profesión de historiador tenía fama, como era de esperar, por su conservadurismo en materia académica. Si encontrásemos la forma de seleccionar las mejores tesis y de convertirlas en publicaciones modélicas, su mera calidad podría convencer a los escépticos. El éxito de los libros electrónicos de Historia establecería el baremo para todo tipo de publicaciones académicas *on-line* y, al romper las barreras que frenaban la publicación impresa, despejaría el camino a los que estuvieran en los comienzos de sus carreras académicas.

La dificultad de publicar sobre temas como la América Latina colonial o la Europa de comienzos de la Era Moderna, hizo que la amenaza de «publicar o perecer» pendiera sobre las jóvenes generaciones de académicos. Sin duda se enfrentaban a dificultades demo-

gráficas, económicas y otras muchas más en su lucha por obtener una plaza fija. Pero era cuando un doctor recién titulado necesitaba convertir su tesis en un libro, que convergían los mayores problemas. Si centrásemos nuestros esfuerzos en esa encrucijada crítica, quizá pudiéramos desarrollar una nueva manera de difundir el conocimiento, justificar la publicación de libros electrónicos académicos y promover las carreras académicas, todo a un tiempo.

Desarrollé estos argumentos en el primer esquema del proyecto, que transmití a la Fundación Mellon a principios de 1998. Entonces, como ahora, los responsables de Mellon estaban deseosos de apoyar experimentos que prometían mejorar las condiciones básicas en el mundo académico. Había entablado buenas relaciones con ellos durante un experimento anterior llamado «Seminario Este-Oeste de estudios sobre el siglo XVIII», que reunió a jóvenes académicos de ambos lados del telón de acero durante una semana de intensos debates por encima de las diferencias académicas o políticas. Gracias a la financiación de la Fundación Mellon, dirigí ese proyecto durante siete años y posiblemente me granjeó simpatías para el nuevo proyecto del libro electrónico. En cualquier caso y por cualquiera que fuese la causa, la gente de la Fundación Mellon respondió favorablemente a mi solicitud de apoyo y se me concedió una beca preliminar para cubrir el coste de la formación de un comité de expertos que investigara los diferentes aspectos del plan e hiciera recomendaciones para la solicitud de beca definitiva.

Compuesto en su mayor parte por editores experimentados y bibliotecarios, el comité sacó a la luz la falta de experiencia que se escondía tras mis ideas cuando se reunió el 10 de octubre de 1998. El director de la Penn State Press, Sanford Thatcher, advirtió que era imposible determinar los campos concretos en los que la monografía se pudiera considerar claramente «en vías de extinción». De hecho, un miembro del comité afirmó: «Me resulta muy difícil determinar qué campos están en peligro, cuando parece estarlo todo el proyecto». Colin Day, director de la editorial de la Universidad de Michigan, insistió en que la preparación de una publicación electrónica conllevaría más gastos, no menos, debido a la complejidad

técnica y a los imperativos del diseño: ¿cómo llegarían los editores e ingenieros a construir una obra que tuviera «el aspecto y el tacto» necesarios para que una forma de comunicación novedosa pudiera tener éxito? Y Ann Okerson, bibliotecaria interina de la Universidad de Yale, expuso la incompatibilidad potencial de los tres objetivos que yo había perfilado. ¿Era realmente posible matar tres pájaros de un tiro?, preguntó. No obstante, el comité apoyó la idea general de desarrollar un modelo de monografía electrónica con el objeto de allanar el camino para la edición académica, en un futuro que, en eso coincidíamos todos, sería digital. Presenté una propuesta más modesta a finales de octubre y la Fundación Mellon concedió una generosa beca a la AHA para crear una serie de libros electrónicos de Historia denominados *Gutenberg-e*.

De 2000 a 2006, la AHA organizó un concurso anual de tesis de historia, seleccionadas por un jurado compuesto por historiadores distinguidos. La idea del proyecto, tal y como exponía la propuesta original (la propuesta final utilizaba un lenguaje mas formal), era «apoyar la publicación electrónica agasajando a los ganadores con tantos honores, que los tribunales que decidían sobre la titularidad y las administraciones universitarias se asombrarían y tomarían buena nota. Si tenía éxito, el ejemplo podría propagarse y ayudar a cambiar las reglas del juego en la vida académica. También podría promover una nueva forma de comunicación académica en un momento en que editores y bibliotecarios estaban desconcertados sobre cómo dar los primeros pasos en el difícil y peligroso campo de la edición electrónica». Los ganadores, normalmente seis al año, recibían premios de 20.000 dólares cada uno, que se suponía debían gastar en más investigación y en cubrir todos aquellos gastos que fueran necesarios para convertir sus tesis en libros electrónicos.

Necesitaban ayuda, por supuesto. Como editores, escogimos la editorial que nos pareció más idónea, la editorial de la Universidad de Columbia, pues ya estaba comprometida con las publicaciones electrónicas gracias al éxito de CIAO (Columbia International Affaires Online), su archivo de artículos y documentos de trabajo sobre relaciones internacionales accesible *on-line* por suscripción. Mientras la AHA organizaba los concursos, Kate Wittenberg diri-

gía la publicación de *Gutenberg-e* desde Columbia. Organizó seminarios bianuales, financiados por otra beca de la Fundación Mellon, en los que los nuevos ganadores debatían sus proyectos en grupo y luego tenían la oportunidad de hablar en privado con los editores, ingenieros informáticos, diseñadores y otros profesionales del libro. Los ganadores de años anteriores asistían a estos seminarios como también lo hacían directores de otras editoriales. Así, la experiencia obtenida en Columbia empezó a difundirse a través de la industria de la edición y del mundo universitario.

Sin embargo, antes de que estos seminarios pudieran dar resultados nos topamos con dificultades inesperadas. Había un número sorprendentemente bajo de participantes, a pesar del esfuerzo publicitario realizado y de la cobertura por la prensa durante los primeros años del concurso. Nos enteramos de que los directores de las tesis desanimaban a sus doctorandos a presentarse al concurso porque temían que una publicación *on-line* no fuera reconocida como libro, lo que les perjudicaría en sus opciones laborales. Un rígido concepto sobre lo que representa el libro impidió también que las primeras monografías del *Gutenberg-e* fueran ampliamente reseñadas. El director de la *American Historical Review*, Michael Grossberg, ayudó a superar este obstáculo desarrollando un protocolo para reseñar libros electrónicos; además, la editorial de la Universidad de Columbia envió ejemplares impresos de los textos electrónicos a aquellos críticos a los que no les gustaba trabajar sobre pantallas de ordenador. Para aumentar el número de participantes, abrimos el concurso a más materias y, al final, renunciamos definitivamente a nuestro intento de revivir las monografías en campos que supuestamente se encontraban en peligro de extinción.

Gracias a estos esfuerzos y a una intensa publicidad por parte de la AHA, tanto en su boletín *Perspectives* como en las ceremonias anuales de entrega de premios, el número de participantes fue aumentando durante los últimos años del proyecto. Pero entonces tuvimos que enfrentarnos a otro problema: aunque las tesis premiadas eran soberbias y los ganadores eran los mayores talentos de su generación, pocos conseguían terminar sus libros electrónicos dentro del plazo. A diferencia de una tesis, escribir un libro llevaba

más tiempo de lo que habían imaginado, y preparar un libro electrónico era doblemente difícil. Se toparon con problemas de derechos de autor, así como de adquisición de material ilustrativo. Muchos de ellos fundaron una familia, encontraron un empleo nuevo y se pasaban las noches preparando clases o alimentando a sus bebés. ¿Cómo podían encontrar el tiempo o la energía para componer un nuevo y ambicioso tipo de libro?

Como consecuencia de estas dificultades, la línea de producción de la Columbia se atascó y el retraso en las entregas perjudicó las ventas, que generalmente se llevaban a cabo mediante licencias de acceso a la página web adquiridas por las bibliotecas. La suscripción anual para acceder a todos los libros como paquete digital era 195 dólares. El libro electrónico costaba 49,50 dólares la unidad. Cuando el programa finalizó en enero de 2005, según los cálculos de Kate Wittenberg se habían vendido suficientes suscripciones institucionales como para cubrir costes. Pero en ese momento la Columbia, como muchas editoriales universitarias, estaba sufriendo una fuerte presión económica. Decidió que no podían financiar ni una versión reducida del programa una vez suspendida la financiación de la Fundación Mellon en 2005. La AHA estaba dispuesta a continuar administrando el concurso, pero los premios tendrían que ser honoríficos. Finalmente, la Columbia puso las 35 obras a disposición en una plataforma de libre accesibilidad. Al mismo tiempo los libros fueron absorbidos por un programa paralelo desarrollado por el American Council of Learned Societies (Asociación Americana de Sociedades Eruditas), el *Humanities E-Book* («El libro electrónico de las Humanidades»), donde actualmente están a disposición por suscripción y donde serán conservados indefinidamente.

¿Se puede considerar que el proyecto *Gutenberg-e* fue un éxito? Creo que es justo decir que los libros, individualmente, eran de la más alta calidad y representaban el trabajo académico más innovador de los doctorandos que comenzaron su carrera profesional en la primera década del siglo XXI. Algunos, como por ejemplo *The Door of the Seas and Key to the Universe: Indian Politics and the Imperial Rivalry in the Darien, 1640-1750* («La puerta de los océanos y llave

del universo: política india y rivalidad imperial en el Darién, 1640-1750»), de Ignacio Gallup-Diaz, no difieren mucho en su «aspecto y tacto» de las monografías impresas, porque están diseñados para ser leídos linealmente, página a página y capítulo a capítulo. Otros, como por ejemplo *Binding Memories: Women as Makers and Tellers of History in Magude, Mozambique* («Memorias que atan: mujeres como creadoras y narradoras de la historia en Magude, Mozambique»), de Heidi Gengenbach, utilizan audio, vídeo, imágenes y textos con hipervínculos, de forma que se invita al lector a navegar en muchas direcciones siguiendo las funciones de búsqueda y los vínculos. Vistos en su conjunto, los libros electrónicos exploraron una amplia gama de posibilidades creadas por la tecnología digital.

En general, las reseñas fueron positivas, aunque no entusiastas. Ningún crítico puso en tela de juicio la excelencia de los estudios en sí y ninguno escatimó alabanzas al libro individual. Pero a los ojos de Patrick Manning, catedrático en la Northeastern University, que publicó la crítica más exhaustiva, la serie en su conjunto resultaba decepcionante: «Los libros del *Gutenberg-e* hacen sólidas aportaciones en sus respectivos campos, pero ahora mismo no parecen algo rompedor, ni individualmente ni como conjunto»[6], concluyó. Sanford Thatcher, que había seguido el proyecto con cierto distanciamiento crítico desde su inicio, escribió una evaluación algo más positiva cuando concluyó: «Aún nos falta mucho hasta encontrar una solución viable para una transición de las monografías impresas a un entorno electrónico... Pero el proyecto *Gutenberg-e*... por muchos años seguirá siendo fuente de inspiración y de experiencia, y a largo plazo indudablemente se demostrará que invertir en él mereció la pena»[7].

---

[6] Patrick Manning, «Gutenberg-e: Electronic Entry to the Historical Professoriate» («El Gutenberg electrónico: el acceso electrónico para el profesorado de historia»), *American Historical Review*, 109 (diciembre de 2004), 1506.

[7] Sanford G. Thatcher, «From the University Press. A Post Mortem for Gutenberg-e: Or, Why Ross Atkinson's Dream Is Still a Dream» («Desde la editorial universitaria. Un análisis post-mortem del Gutenberg electrónico o por qué el sueño de Ross Atkinson aún es un sueño»), en *Against the Grain* (diciembre de 2008-enero de 2009), 72.

En un futuro no muy lejano debería ser posible alcanzar un consenso sobre el valor del *Gutenberg-e*, porque difícilmente la experimentación en la edición electrónica se puede comparar con fenómenos acaecidos durante la historia del mundo que desafían las interpretaciones concluyentes, como aquella famosa (y probablemente apócrifa) respuesta de Mao Tse-Tung a la pregunta sobre la importancia de la Revolución Francesa: «Es demasiado pronto para saberlo». ¿Se topó el *Gutenberg-e* con dificultades porque su diseño era defectuoso, o porque iba por delante de su tiempo? Yo prefiero la segunda respuesta, aunque, por supuesto, no soy imparcial. Creo que el *Gutenberg-e* funcionó como experimento y que hoy podría ser un negocio viable. Una creciente población de «nativos digitales» ya encuentra natural utilizar una máquina para leer. A muchos de sus mayores ya no les resulta extraño moverse por un texto a golpe de ratón y profundizar en un tema utilizando hipervínculos en lugar de pasar páginas en orden consecutivo. A pesar de que el códice impreso sigue dominando el mercado, ya no tiene autoridad como el único formato posible para un libro. La experimentación con todo tipo de formas digitales e híbridas continúa. Entretanto, si hubiera alguna lección que aprender del *Gutenberg-e*, habría que tener en cuenta las pruebas documentales. Por eso creo que vale la pena publicar los siguientes dos documentos que ilustran el consenso existente en aquel momento –en cuanto a las ambiciones iniciales del *Gutenberg-e* y su uso académico– y cinco años más tarde.

1. 1997: PROYECTO PARA SOLICITAR UNA BECA

La American Historical Association solicita apoyo para un programa de tres años de duración para la promoción de monografías electrónicas de alta calidad. El programa prevé la celebración de un concurso nacional anual dotado con seis premios para las mejores tesis en aquellos campos en que la monografía parezca estar en peligro de desaparecer, es decir, los campos o disciplinas subordinadas en los que las editoriales universitarias sean reacias a publicar. Uno de los premios quedará reservado a la mejor tesis o manuscrito edita-

do por primera vez como libro por un historiador independiente, es decir, alguien cuyo trabajo de investigación –a diferencia del de los profesores titulares de una plaza– no esté apoyado por una institución. Este premio consistirá en una beca de 20.000 dólares a utilizar para el perfeccionamiento del libro y su publicación, que llevará a cabo una editorial universitaria, así como su difusión a través de la Red. Al libro se accederá primordialmente mediante licencias adquiridas por bibliotecas, aunque también se podrá acceder previo pago desde terminales individuales.

Objeto. El programa no pretende recompensar la excelencia en el trabajo académico con un premio prestigioso más, sino más bien apoyarse en este prestigio –la más brillante condecoración otorgada por un tribunal, con el pleno apoyo de la AHA– para sentar las bases de la edición electrónica de calidad. También esperamos fomentar el trabajo académico en aquellas áreas en que las editoriales universitarias tienen problemas para cubrir sus costes, y ayudar a los académicos más jóvenes –que lo tienen difícil– a comenzar a publicar. Dando su apoyo a la edición electrónica, la AHA podría vencer la resistencia de las comisiones de selección y otros que se niegan a reconocer las publicaciones electrónicas como libros. Además, sacando el máximo provecho a este nuevo medio, la AHA podría contribuir a crear una nueva concepción del propio libro como vehículo para el conocimiento.

Diseño. La AHA publicaría la convocatoria del concurso en su página web, en sus propias publicaciones, fundamentalmente en su boletín mensual *Perspectives*, así como en otras revistas como *Chronicle of Higher Education*. Utilizando su lista de distribución, que la vincula con casi todas las facultades de Historia del país, invitaría a los jefes de los departamentos con programa de doctorado a nominar una o dos tesis defendidas en los últimos tres años. Igualmente invitaría a presentarse a historiadores independientes o estatales, trabajando con organizaciones como el National Council on Public History, la National Coalition of Independent Scholars o la National Adjunct Faculty Guild.

El concurso se restringirá cada año a aquellas áreas de estudios académicos de Historia en que haya sido difícil publicar monografías. Esas áreas serán: en 1999, América Latina colonial, África y sur de Asia; en 2000, Europa antes de 1800; en 2001, Historia diplomática y militar, fundamentalmente fuera de los EE.UU.

Un tribunal de tres historiadores evaluará las candidaturas. Si lo considera necesario, el tribunal enviará algunos de los textos para que sean analizados por especialistas, que podrán escoger de entre los que figuren en la base de datos de críticos de la *American Historical Review*. No obstante, los miembros del tribunal llegarán a sus propias conclusiones y las explicarán en la mención de los premios, que, a efectos del editor de las tesis ganadoras, cumplirán el papel de informes de lectura. El tribunal emitirá un listado con la preselección de los ganadores, de forma que si el autor situado en el primer lugar de la lista rechaza el premio, es decir, si prefiere publicar de forma convencional, el premio irá al segundo autor seleccionado y así sucesivamente. Los autores se comprometerán a editar su obra electrónicamente mediante un contrato firmado con una editorial universitaria, que la AHA elegirá en su calidad de editora de toda la serie, si bien el contrato podría prever también la publicación en un futuro en formato de códice. Un número limitado de ejemplares se imprimirán y encuadernarán como ejemplares de cortesía para facilitar su revisión. Durante el proceso de selección, el criterio predominante será el de la excelencia de la obra. Los informes del tribunal serán la garantía de que los libros premiados han satisfecho los más altos estándares de una valoración profesional.

La AHA agasajará a los ganadores con una gran ceremonia durante su reunión anual y publicitará su obra extensamente en sus publicaciones. Recibirán una beca de 20.000 dólares, entendiéndose que dedicarán este dinero a preparar lo mejor posible el libro electrónico. También podría servirles para financiarse un semestre de libre disposición, con el fin de realizar investigaciones adicionales. Pero se esperará de ellos que se centren en la adaptación del texto al formato electrónico con la ayuda del personal especializado de la editorial universitaria.

Para transformar las tesis «en bruto» y los borradores «finales» en libros, querríamos aprovechar al máximo lo que las editoriales universitarias denominan «valor añadido», es decir, su trabajo editorial, la lectura de los borradores, el diseño y los conocimientos informáticos. Desde el punto de vista de una editorial, esta experiencia también puede ser provechosa, ya que podría abrir el camino al desarrollo o la mejora de un programa de ediciones electrónicas. De hecho, esperamos que los beneficios se extiendan a través de la industria editorial y también del mundo académico. Con objeto de maximizar los beneficios, nos han desaconsejado distribuir las monografías entre diversas editoriales o crear un consorcio de editoriales. Por tanto, proponemos confiar el programa a una sola editorial universitaria que realmente se comprometa con él. Recibirá una subvención que podrá gastar en la manera que estime apropiada, por ejemplo, contratando y formando al personal. Nuestra preferencia sería un acuerdo de tres años para garantizar una continuidad y poder recopilar una colección especial: la colección de monografías premiadas por la AHA y publicadas con el sello de la editorial universitaria correspondiente. La editorial gestionará el marketing y las ventas, y será también responsable de la terminación y entrega de los libros, si bien esta función técnica podría ser delegada en el Research Library Group (RLG).

Ya sean llevadas a cabo por la editorial universitaria o por el RLG, los cometidos a realizar incluirán lo siguiente:

Directrices para los autores: desarrollo de un libro de estilo para guiar a los autores y editores en cuanto la creación de un estándar para las notas explicativas en los textos asociada a una definición del tipo de documento (DTD).

Diseño del espacio electrónico: un mecanismo de almacenamiento, búsqueda y recuperación del documento que permita su vinculación con otros documentos y con bases de datos. Los lectores tienen que poder navegar por el documento y los usuarios de Internet deben poder consultar una sinopsis, un índice y quizás algún capítulo a modo de ejemplo.

Distribución y ventas: se espera de la editorial universitaria, como responsable de la publicación, venda a un precio fijo el lote de los seis libros premiados a las bibliotecas de investigación, dejando que las librerías organicen la impresión para sus lectores. El RLG actuará como intermediario, encargándose del control del acceso, estableciendo las tarifas y gestionando las licencias. Pero quizá la propia editorial prefiera desempeñar estas funciones, así como diseñar un sistema de pago por sesión de lectura. Es necesario mantener flexible esta parte del programa. La tecnología está cambiando rápidamente, y experiencias recientes con innovaciones como el *DocuTech* indican que los problemas de impresión y encuadernación podrán resolverse en un futuro próximo.

Catalogación: El RLG velará por que las monografías sean correctamente catalogadas y la información en catálogo sea difundida a través de servicios bibliográficos como RLIN (Research Library Information Network), del que RLG es gestor y a su vez propietario.

Archivo: El RLG hará copias de seguridad de sus ficheros *on-line* y almacenará las copias *off-line* en un lugar seguro y remoto. Esta función es especialmente importante, ya que las bibliotecas aún no han desarrollado una forma segura de salvaguardar los textos electrónicos.

La editorial universitaria deberá poder decidir libremente si delega o no estas funciones en el RLG. En todo caso, quien quede a cargo de su desarrollo deberá aportar su experiencia contrastable en el desarrollo y la financiación de una infraestructura de este tipo.

Otras consideraciones. Las monografías electrónicas premiadas deberán constituir un proyecto piloto que permita obtener información sobre la viabilidad de la edición electrónica en todas las ciencias sociales y las humanidades. Como tal, el proyecto debería ser coordinado con el programa de más amplio espectro que actualmente desarrolla el American Council of Learned Societies (ACLS) y podría ampliarse o extenderse en diferentes direcciones. Por ejem-

plo, la AHA y la ACLS podrían contratar a historiadores eminentes para publicar monografías electrónicas a la vez que los libros premiados. Si algunos como Bernard Bailyn o Natalie Davis aceptaran hacerlo, contribuirían de manera fundamental a lograr la justificación de lo que constituye el núcleo central de esta propuesta. El incentivo no sería el dinero, sino la oportunidad de ayudar a crear un nuevo tipo de libro con múltiples vínculos documentales y posibilidades de búsqueda.

También sería posible relacionar los libros premiados con otras publicaciones de la AHA, poniendo el conjunto a disposición de las bibliotecas como un paquete único unido por vínculos electrónicos. Estas publicaciones podrían incluir: un nuevo directorio de miembros adscritos que incluya 15.000 historiadores y que estuviera cuidadosamente indexado para contener toda la investigación actual; la guía *AHA Guide to Historical Literature* que publica actualmente Oxford University Press; la serie de folletos de la AHA que publica en formato individual la propia AHA o en formato de libro la Temple University Press; la revista *Perspectives*; nuevas ediciones de artículos de la *American Historical Review* (o nuevas ediciones acompañadas de ensayos específicos en una «AHA Review of Books»); y quizás libros del fondo editorial o descatalogados. Todos estos proyectos conllevarían por supuesto complejas negociaciones con los titulares de los derechos de autor, pero serían mutuamente beneficiosas, pues, desde el punto de vista económico, la importancia del conjunto sería mayor y económicamente viable que la suma de las partes.

Mencionamos estas posibilidades no como partes integrantes del presente programa, sino como elementos potenciales que se podrían añadir a él en el futuro o incorporar a otros programas de la ACLS u otras agencias como la Association of Research Libraries (Asociación de Bibliotecas de Investigación) o la National Science Foundation (Fundación Nacional de las Ciencias), que también están intentando promover las publicaciones electrónicas (actualmente se están desarrollando dos programas llamados *Building Blocks* y *Historical Studies Distribution Network*). En la fase actual de desarrollo del programa de premios de la AHA, al parecer es pre-

ferible mantener las monografías en un formato relativamente sencillo. El tribunal se concentrará en seleccionar los estudios académicos de mayor calidad y animará a los autores a que transformen sus tesis en libros electrónicos de una manera directa, es decir, sin vínculos sofisticados a otros documentos o bases de datos y demás «maravillas informáticas», como se dice en la jerga de los iniciados en estas lides.

Plazos. El pasado enero, el Consejo de la AHA aprobó una presentación preliminar del programa que había sido aprobada ya por las diferentes divisiones y comités de la AHA. El presidente de la AHA, Joseph Miller, nombró entonces un comité de diez miembros que actuaría bajo la dirección de Robert Darnton, presidente electo, para estudiar todos los aspectos del programa y elaborar una propuesta final. El comité, formado por representantes de editoriales universitarias, bibliotecas, el RLG e investigadores académicos, sostuvo largos debates por correo electrónico así como por teléfono. Cinco de sus miembros escribieron artículos posicionándose con respecto a las cuestiones más difíciles. Dichos artículos generaron aún más debates, pero también fueron la base para la agenda de una reunión que se celebró en Washington el 10 de octubre. A pesar del desacuerdo en algunas cuestiones menores, la reunión produjo un claro consenso en cuanto al formato general del programa. La actual propuesta expresa ese consenso, si bien modificado con una ronda final de debates sostenidos entre seis editores: Sanford Thatcher, de la Penn State Press; Colin Day, de la University of Michigan Press; Kate Wittenberg, de la Columbia University Press; John Ackerman, de la Cornell University Press; Lynne Withey, de la University of California Press; y Edward Barry, de la Oxford University Press.

Si se logra obtener financiación, este programa se someterá a la aprobación del Consejo de la AHA el próximo mes de enero. Dado que el Consejo ha sido informado a lo largo de cada etapa del proceso, parece poco probable que el programa se encuentre con una seria oposición. Por ello, el concurso podría ser anunciado a principios de 1999 y los premios serían otorgados a los gana-

dores durante la reunión de la AHA en Chicago en enero del 2000. Los primeros libros se publicarían un año después.

Con toda seguridad, estos plazos no dejarán mucho tiempo para una evaluación o incluso desarrollo del programa. No obstante, parece aconsejable algún tipo de evaluación, quizás un informe de un comité independiente o de la Association of American University Presses (AAUP). Aún así, pueden pasar años hasta que se pueda juzgar si el programa de premios proveerá un modelo que merezca ser imitado por otras disciplinas y otros editores. Podemos conseguir grandes cosas en estos tres años, pero es probable que solicitemos una renovación de la beca en 2001.

Otros temas y problemas. Los múltiples objetivos del programa, como promover las publicaciones electrónicas, rescatar las monografías en peligro de desaparición y aliviar los problemas de los jóvenes académicos, se corresponden con una serie de dificultades que se entrelazan en el núcleo de la vida académica. Afectan a los presupuestos de las bibliotecas, a las editoriales universitarias y al proceso de obtención de titularidad de una plaza, pero no se pueden desbloquear con un único mecanismo. Si nuestra propuesta disminuye la presión en un área, puede que además facilite las cosas en otra, pero también puede implicar el riesgo de intentar hacer demasiadas cosas a la vez o de seguir propósitos contrapuestos. Varios miembros de la comisión han advertido sobre la necesidad de definir prioridades, y el comité en su conjunto cree que el desarrollo de monografías electrónicas de primera calidad debería ser la prioridad principal.

Cuando el comité comenzó su tarea, pensamos que podríamos identificar fácilmente aquellas áreas en las que las monografías tendían a desaparecer. Sanford Thatcher, de la Penn State Press, hizo un sondeo informal entre catorce directores de editoriales universitarias. Confirmó que las editoriales eran reticentes a publicar algunos temas, como la historia de África o la América Latina colonial. Pero también vio tantas excepciones a esta regla que concluyó que ningún campo se podía tachar de área catastrófica. Un director editorial manifestó que «más de la mitad de lo que merece la

pena hacer, parece estar en vías de extinción». Pero ni él ni ningún otro editor pudieron medir el grado de peligro con cierta precisión, ni asignar un grado de peligro a un campo determinado. De hecho, la propia noción de campos de conocimiento fijos o estables parece ahora dudosa. Un libro sobre la religión popular en el Perú del siglo XVII, que en apariencia pertenecería a un campo extraordinariamente amenazado por la extinción como es la América Latina colonial, se podría vender bien entre los estudiantes de religión, cultura popular y antropología. Peter Givler, presidente de la AAUP, confirmó esta visión de las dificultades que se planteaban y advirtió que la AAUP no completaría en el futuro próximo su registro de las áreas de estudio en vías de extinción. Si la AAUP confeccionara un mapa claro de estas áreas, donde estuvieran marcadas con señales que advirtieran del peligro en que se encuentran, podríamos responder modificando nuestro programa. No obstante, de momento creemos que es mejor concentrarnos en aquellas áreas en las que las dificultades parecen mayores y prescindir de los temas que gozan de buena salud en el mercado, como la América moderna, la Guerra Civil y los estudios de género.

El comité también debatió sobre lo que llamaba «el problema de la masa crítica», en referencia a la dificultad de comercializar los libros. Los editores y bibliotecarios advirtieron que media docena de libros sobre temas variopintos del mundo historiográfico podrían no resultar atractivos para las bibliotecas en su papel de potenciales compradores, sobre todo si el precio del lote era alto. Una serie limitada a un único tema –por ejemplo, estudios sobre el Renacimiento–, probablemente le parecería más interesante al responsable de adquisiciones pero, por otra parte, nuestra intención era abrir el abanico de temas lo suficiente como para atraer a una clientela amplia dentro del colectivo de los historiadores. Restringiendo el concurso a dos campos y cambiándolos cada año, esperamos satisfacer los criterios tanto de concreción como de diversidad. No nos hacemos ilusiones en cuanto a nuestra capacidad de ofrecer un lote de textos con suficientes afinidades en cuanto a su contenido como para crear hipervínculos dentro del grupo de los trabajos premiados. (Como regla general, hace

falta que haya 500 libros en una base de datos para que los lectores puedan sacar beneficio de una búsqueda *on-line*.) Pero si este programa funcionara como proyecto piloto, podría abrir el camino a otros proyectos de mayor envergadura, como el programa que va a desarrollar el American Council of Learned Societies (ACLS). A largo plazo deberíamos ser capaces de construir unos vínculos significativos entre ambos.

En este momento, sin embargo, nos encontramos en la línea de salida del corto plazo y encontraremos dificultades. De hecho, ya las hemos encontrado. Tres de ellas eran recurrentes en nuestras conversaciones con los editores: 1. A pesar de algunas experiencias útiles, este tipo de proyecto no se ha probado adecuadamente y trabajamos en gran parte sobre conjeturas. 2. Las conjeturas más sólidas discrepan entre sí, al menos en algunos detalles de cierta importancia. 3. A pesar de estas discrepancias, todas las estimaciones indican que las monografías electrónicas podrían ser costosas de producir, sobre todo si van cargadas de «beneficios añadidos».

Pero la Columbia University Press, que tiene una experiencia considerable en la edición electrónica, nos asegura que es capaz de diseñar un programa sencillo y viable. Sus estimaciones son la base del presupuesto que sigue a continuación.

¿Qué concluimos entonces? No nos atrevemos a hacer promesas. Pero podemos construir un programa viable que sirva de punto de partida para la resolución de una serie de problemas que están en el corazón mismo de la vida académica en este país. Como mínimo, este programa generará el conocimiento necesario para comprender mejor dichos problemas. Pero esperamos conseguir más. Abriría el camino hacia un nuevo tipo de comunicación académica: la monografía electrónica de calidad. Con toda seguridad, en un futuro proliferará algún tipo de libro electrónico, pero sólo estará bien hecho si una organización como la AHA lidera su desarrollo, fija los estándares y justifica el proyecto en su conjunto ante los ojos de unos profesionales más bien escépticos.

Robert Darnton
Presidente electo de la American Historical Association

2. EL INFORME PARCIAL DE 2002

Ahora que el programa *Gutenberg-e* ha alcanzado el ecuador de su duración prevista, seis años, puedo ofrecer algunas reflexiones sobre su progreso. Lanzamos los primeros libros electrónicos en el marco de la reunión de la AHA el mes pasado en San Francisco. Fue un momento de satisfacción. Las magníficas presentaciones de dos de los ganadores de la primera convocatoria, Ignacio Gallup-Diaz y Michael Katten, junto con el anuncio de los ganadores de la tercera convocatoria, crearon un ambiente triunfalista. Esto, por supuesto, es peligroso. Creo que dentro de un modesto límite tenemos derecho a felicitarnos, pero hemos topado con diversos problemas. Me gustaría comentarlos y también nuestras propuestas para solucionarlos; para un relato detallado de las actividades, remito a los informes del personal de la AHA que seguirán a estos comentarios.

Desde un principio, en 1998, nuestra intención fue avanzar deprisa y fijar objetivos ambiciosos. Ahora pienso que quizá fuimos demasiado rápido. La primera convocatoria del concurso tuvo lugar en 1999; los primeros ganadores se anunciaron en enero de 2000; los primeros talleres tuvieron lugar durante 2000 y 2001; y los primeros libros electrónicos fueron publicados en enero de 2002. Pero sólo eran dos. Es cierto que un tercer libro se entregó en enero y un cuarto deberá estar terminado en marzo. Además, aquellos que no cumplieron el plazo tenían buenas excusas para ello (en un caso, un hijo que enfermó de cáncer; en otro, un embarazo y el nacimiento de un hijo). Pero creo que el plazo fijado por la Columbia University Press, originalmente un año, después prorrogado a dos, no era realista. Los ganadores se enfrentan a las dificultades que entraña la publicación de su primer libro a la vez que tienen que ocuparse de otras muchas cosas, como encontrar un trabajo, mudarse de casa, preparar sus primeras clases y hasta fundar una familia. Por ello decidimos fijar un plazo de dos años y ser además flexibles. No habrá un «lanzamiento» anual de seis libros electrónicos, si bien Columbia los pondrá *on-line* cuando estén disponibles. Algunos, de hecho, se terminarán antes de que cumpla el plazo. Greg Brown, de la tercera convocatoria, está a sólo unas semanas de presentar su

texto final, que será publicado antes que algunos de los libros electrónicos de la primera convocatoria. Ahora que los primeros libros han sido publicados, Columbia sacará una serie continua de productos. Esto creará algunos problemas a su departamento de marketing, que había planeado vender un paquete anual de seis libros (el precio actual es de 195 dólares para los seis, un buen precio, creo). Pero hay formas de evitar ese obstáculo. En lo que a mí concierne, creo que cometí el error de apostar demasiado fuerte. Durante los primeros años hice hincapié en el potencial innovador de los libros electrónicos como nueva forma de comunicación académica, y los primeros ganadores probablemente se sintieran obligados a ofrecer algo demasiado elaborado como para que su conclusión fuera viable en un corto espacio de tiempo. En las subsiguientes charlas con los ganadores, para infundirles ánimo hice hincapié en la importancia de la calidad *per se* y en la necesidad de evitar la tentación de los «beneficios adicionales» (si se me permite usar esa metáfora tan manida).

El segundo problema se refiere a nuestras metas. Quisimos hacer demasiadas cosas a la vez: ayudar a resolver el problema de las monografías en peligro de desaparición; crear un nuevo tipo de libro; justificarlo ante los ojos del gremio de historiadores; ayudar a los jóvenes historiadores a superar los primeros obstáculos en sus carreras; y dar preferencia a los que son independientes porque no disfrutan de una posición docente en la educación superior. En lugar de un diluvio de candidaturas, como yo había esperado, en los tres primeros años recibimos sólo unas pocas tesis. Cuando se iba acercando el límite del plazo de presentación para el concurso del año pasado, habíamos recibido sólo cuatro candidaturas. Pusimos nuevos plazos, abrimos el ámbito del concurso y pronto nos encontramos con 40 candidaturas. Al final estábamos satisfechos con el resultado, pero habíamos sufrido una reprimenda. Ahora creo que es mejor centrarse en producir excelentes *e-books*, que puedan servir como modelo a seguir y que justifiquen el novedoso formato en que son producidos. Por ello estamos planificando ampliar el ámbito de los próximos concursos, en lugar de restringirlo a los campos en los que es más difícil publicar.

Un tercer problema se refiere a la administración del programa. El año pasado, el Consejo de la AHA votó retirar la supervisión diaria del *Gutenberg-e* de mis competencias y asignó este cometido a la División de Investigación bajo la dirección de un vicepresidente de la AHA. No creo que nadie estuviera descontento bajo mi mando, pero había un sentimiento general de que en lugar de ser el proyecto favorito de Darnton, el *Gutenberg-e* debía ser englobado en las operaciones normales de la Asociación. A mí esa decisión me pareció acertada, ya que durante los cuatro últimos años había dedicado al *Gutenberg-e* una gran parte de mi tiempo y de mi energía. Me retiré a un segundo plano como miembro de un comité supervisor cuya principal función era seleccionar los temas y los miembros del tribunal para el concurso anual. Pero a pesar del excelente trabajo del personal de la AHA, nadie coordinaba todos los aspectos del programa. Son muchos y las complicaciones menores son siempre las que consumen más tiempo. Por ello, en la reunión de San Francisco decidimos retirar la dirección del programa de la División de Investigación y asignarla a la directora ejecutiva de la AHA, Arnita Jones. Ella aprecia lo importante que es el *Gutenberg-e* para la AHA y se ha comprometido a dedicar una gran parte de su considerable energía a hacer que funcione. También ha contratado a un doctor en Historia como asistente a tiempo parcial para que ayude con las tareas diarias. Creo que esta solución es perfecta y por mi parte continuaré participando activamente en el programa como miembro del comité supervisor.

Los detalles de las actividades anuales se pueden ver en los informes y las cuentas que siguen a continuación. Sólo quisiera mencionar un último aspecto: ¿qué será de esta iniciativa cuando el programa llegue a su fin en enero de 2005? (aunque, por supuesto, dada la extensión de los plazos, los últimos libros serán publicados en enero de 2007). Les aseguro que no voy a solicitar la renovación del proyecto. Pero creo que la AHA debería sacar provecho del éxito –y sin duda ya puede considerarse un éxito– y afianzar la edición electrónica como una legítima forma de transmisión del conocimiento. Aunque mi idea es aún algo vaga, creo que la AHA podría utilizar su nueva página web «History Cooperation Web Site»

(Página web de cooperación en Historia) para crear una serie denominada «The History Cooperative Monographs» (monografías cooperativas de Historia). En ella deberían publicarse tesis de primerísima calidad sin restricciones de ámbito temático o en cuanto a su número, pero su calidad debería estar avalada por un tribunal de jueces altamente cualificados. Podría haber varios tribunales, uno para cada campo de estudio, o quizá el consejo editorial de la *American Historical Review* podría supervisar las evaluaciones, extendiendo su función de salvaguarda de la calidad con el poder de vetar textos. Las tesis podrían ser publicadas en su formato inicial o podrían ser adaptadas al formato de *e-book*. Pero no requerirían la elaborada transformación editorial y electrónica que caracterizó los libros del *Gutenberg-e*. Debería concederse a la Columbia University Press la oportunidad de publicar la serie, si quisiera continuar la iniciativa del *Gutenberg-e* de otra manera que exigiera menos trabajo de edición e incluyera más tesis doctorales. O quizá quiera editarlos la University of Illinois Press, que es socia de la History Cooperative. Hay muchas posibilidades por explorar y numerosos problemas, incluidos los financieros, por resolver. Pase lo que pase, haríamos bien en hacer algún tipo de seguimiento del *Gutenberg-e*, y deberíamos estar pensando ya en un futuro del que sólo nos separan cuatro años.

Robert Darnton
Antiguo presidente de la American Historical Association

7. ACCESO LIBRE

El breve ensayo que sigue tiene por objeto exponer los argumentos en favor de la libre accesibilidad, antes de que en la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Harvard se votara una propuesta sobre este asunto. Se publicó en el *Harvard Crimson* el 12 de febrero de 2008, el mismo día que la resolución fue aprobada por unanimidad. Desde entonces se han adoptado resoluciones similares en otras facultades de Harvard, así como en otras universidades.

La propuesta presentada ante la Facultad de Artes y Ciencias (FAS) en favor del libre acceso a los artículos académicos, se refiere a la accesibilidad en general. Su objetivo es promover la libre transmisión del conocimiento. El derecho de dar la máxima difusión a los trabajos de los docentes haría que los trabajos académicos fueran libremente accesibles a los miembros de la FAS en cualquier parte del mundo, y apoyaría el objetivo de Harvard de compartir su riqueza intelectual.

La biblioteca universitaria ha asumido el liderazgo en esta empresa. Lejos de reservar sus recursos para unos pocos privilegiados, está digitalizando sus colecciones especiales y haciéndolas accesibles a todo el mundo *on-line*, cooperando con Google en su intento por poner los libros de dominio público realmente a disposición del público, de un público mundial que está dondequiera que haya Internet. Si la FAS vota a favor de la propuesta el 12 de febrero, Harvard hará accesibles los trabajos más recientes de sus

académicos, al igual que está haciendo accesible el cúmulo de saber que lleva recopilando en sus bibliotecas desde 1638.

La propuesta también representa una oportunidad para reformar el mundo académico. El cambio en el sistema de transmisión del conocimiento ha causado una contradicción en el corazón mismo de la vida universitaria. Somos los académicos quienes aportamos los contenidos a las revistas académicas. Actuamos como críticos evaluando artículos, participamos en consejos editoriales, trabajamos como editores, y aun así las revistas nos obligan a recomprar nuestro propio trabajo una vez publicado, y a precios desorbitados. La suscripción anual de muchas revistas cuesta ahora más de 20.000 dólares.

La espiral al alza del coste de las revistas ha infligido serios daños a las bibliotecas, causando un efecto multiplicador: para poder comprar las revistas, las bibliotecas han tenido que reducir la adquisición de monografías; la disminución de la demanda de monografías ha forzado a las editoriales universitarias a reducir su publicación; y la imposibilidad de publicar sus tesis ha puesto en peligro las carreras profesionales de una generación entera de académicos de muchos campos. Sería ingenuo pensar que el voto positivo de la FAS el 12 de febrero fuera a obligar a los editores a rebajar sus precios, pero aprobando la propuesta podemos comenzar a combatir las tendencias que tanto daño han hecho.

Naturalmente, no somos los profesores quienes pagamos el elevado precio de las revistas. Esperamos que lo hagan las propias bibliotecas –con todas las consecuencias negativas que he mencionado–. La propuesta presentada ante la FAS allana el camino para reorganizar las formas de comunicación, para que favorezcan la transmisión de conocimientos. Será un primer paso para liberar el trabajo académico del yugo de los editores comerciales, poniéndolo a libre disposición en nuestra propia universidad. En lugar de ser víctimas pasivas del sistema, podemos tomar la iniciativa y ponernos al frente de él.

Aunque esta iniciativa se ha presentado ante la Facultad de Artes y Ciencias, concierne a todas las facultades de la Universidad. Todas ellas se enfrentan a los mismos problemas. La Escuela de

Medicina de Harvard, por ejemplo, está trabajando para ayudar a su cuerpo docente a cumplir con la nueva ley del Congreso que obliga a que todos los artículos que resulten de investigaciones financiadas por los Institutos Nacionales de Salud sean totalmente accesibles a través de PubMed Central, la base de datos mantenida por la Biblioteca Nacional de Medicina.

La Biblioteca Universitaria de Harvard va a abrir una Oficina de Comunicación Académica con objeto de convertir el archivo de libre accesibilidad en un instrumento que permita acceder a la investigación a todas las disciplinas, inspirada por el mismo afán de crear un «entorno universitario único» que refleje el catálogo electrónico HOLLIS, que permita acceder a los fondos de más de noventa bibliotecas de la Universidad. La Oficina de Comunicación Académica también promoverá la máxima colaboración con el cuerpo docente. Ya existen muchos repositorios en otras universidades, pero no han conseguido convencer a la mayoría de los miembros del cuerpo docente de que les faciliten sus artículos. En la Universidad de California, la proporción de artículos depositados es del 14% y en otras universidades es incluso mucho menor. Al tener como mandato la retención de los derechos de autor y quedar éstos en manos de la institución que gestiona el repositorio, la moción creará condiciones favorables para que se entregue una gran cantidad de artículos.

Otro aspecto que diferencia la apuesta de Harvard de las demás es que ofrece la opción de no participar. Mientras que otros repositorios dependen de que el cuerpo docente opte por participar y ceda voluntariamente ejemplares digitalizados de su trabajo, el sistema de Harvard supondría que todos los miembros del cuerpo docente otorgarían permiso no exclusivo al presidente y los consejeros de Harvard para poner sus artículos *on-line* de forma gratuita a través del repositorio de libre accesibilidad. El sistema sería colectivo, pero no coercitivo. Quien lo necesite, podrá cumplir con el requisito de exclusividad de derechos sobre un artículo planteado por una revista: obtendría una dispensa, que sería concedida automáticamente. Aquellos que cooperaran con el sistema, por supuesto conservarían el pleno derecho a publicar su obra. Com-

partiendo esos derechos con Harvard, no sacrificarían nada, y sin embargo tendrían el respaldo colectivo de la Universidad si se resistieran a ceder los derechos en exclusiva a una revista. Hemos creado un documento sobre asuntos legales llamado Anexo del Autor para ayudarles en sus negociaciones con los editores comerciales.

La implementación de la propuesta requeriría un esfuerzo para elevar el nivel de concienciación, pero eso también es una buena causa, ya que pocos miembros del cuerpo docente se dan cuenta de la medida en que las actuales condiciones impiden la transmisión de conocimientos. La propuesta ofrece a Harvard la posibilidad de dar un ejemplo que podría hacer escuela. En lugar de un sistema cerrado, privilegiado y costoso, significaría ayudar a abrir el mundo del conocimiento a todos los que quieran aprender, pero también a los que quieran hacer su propia aportación, pues la Oficina de Comunicación Académica podría mostrar el camino hacia una mancomunidad digital en que las ideas fluyesen libremente en todas direcciones. La propuesta de Harvard representa sólo un paso hacia esa meta. Pero muestra cómo las nuevas tecnologías pueden convertir en realidad un viejo ideal: una República de las Letras que extienda su ciudadanía a todo el mundo.

PARTE III.

EL PASADO

8. UN HIMNO AL PAPEL

Este ensayo, publicado en 2001, describe un mundo que ya no existe, un mundo en el que las noticias estaban ligadas al papel y los periódicos proveían a los ciudadanos de su dieta básica de información. Ahora los periódicos están desapareciendo. Como se financian mediante la publicidad y ésta ha emigrado a Internet, muchos periódicos no consiguen cubrir costes. Hoy en día las noticias se publican *on-line*, con frecuencia en forma de mensajes breves que se intercambian aficionados que hacen de periodistas. Antes las noticias se escribían para los lectores, hoy son los lectores los que escriben las noticias.

Aún así, el himno al papel que entona Nicholson Baker en *Double Fold* (Doble plegado), la obra que dio pie a este ensayo, mantiene su vigencia en la era de Internet. Baker critica que los periódicos y los libros hayan sido reemplazados por microfilms. Hoy lo confiamos todo a la digitalización, a pesar de que las copias digitalizadas son aún más proclives al deterioro y al envejecimiento que los microfilms. Las bibliotecas adquieren cada vez más material «nacido digital» o en formato digital, a pesar de que no disponen de un método que garantice su conservación. El papel continúa siendo el soporte más duradero y las bibliotecas siguen necesitando llenar sus anaqueles con palabras impresas. Es más, la digitalización, tal como está llevándola a cabo Google Book Search, puede ser tan deficiente como hace cuatro décadas la grabación en microfilms. Por eso *Double Fold* es una llamada de atención que merece ser tenida en cuenta, pues plantea problemas que se resisten a desaparecer.

Cuando los periodistas hablan de su oficio, recurren a tópicos contradictorios: «El periódico de hoy es el primer borrador de la historia» y «Nada hay más muerto que el periódico de ayer». Ambas afirmaciones tienen algo de cierto: las noticias aportan hechos a la historia, pero la mayor parte de ellos caen en el olvido. Supongamos que los periódicos desaparecieran de las bibliotecas, ¿desaparecería también la historia de la memoria colectiva? Este es el desastre que Nicholson Baker denuncia en *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper* (Doble plegado: Bibliotecas y abuso de papel), un «yo acuso» dirigido contra los bibliotecarios profesionales.

Baker argumenta que los bibliotecarios han vaciado los anaqueles de periódicos por culpa de una obsesión por ahorrar espacio mal enfocada. Según él, los bibliotecarios se engañan a sí mismos diciéndose que nada se ha perdido, ya que han reemplazado el papel por microfilms. Sin embargo, un microfilm es un soporte incómodo, incompleto, deficiente y con frecuencia ilegible. Lo peor es que nunca fue realmente necesario porque, en contra de otro autoengaño muy extendido, los papeles almacenados en los anaqueles nunca estuvieron a punto de desintegrarse. A pesar de su composición química –ácidos que actúan sobre pulpa de madera, en el caso del papel fabricado con posterioridad a 1870– se han conservado estupendamente. Ahora la masacre llevada a cabo con los periódicos se ha extendido a los libros. También éstos están siendo vendidos, desechados y dañados horriblemente a consecuencia de un alocado experimento que pretende salvarlos. Los custodios de nuestra cultura la están destruyendo.

Como ejemplo de jeremiada, resulta un tanto insólita. Desde los tiempos de los puritanos, en América la maldad ha sido fuente de lamentaciones. Pero en lugar de despotricar contra la prostituta de Babilonia, Baker dirige su indignación contra «Mariana la bibliotecaria»*: pero no contra los modestos bibliotecarios de las pequeñas bibliotecas de provincias, sino contra sus altivos y pretenciosos superiores, como por ejemplo Patricia Battin, anti-

* Véase capítulo 1, p. 22. (N. del T.)

gua bibliotecaria de la Universidad de Columbia que lideró el «ataque a los libros» desde la Comisión para la Conservación y el Acceso (CPA)*, y fue condecorada por el presidente Clinton en 1999 por «salvar la historia». Baker la acusa de destruir la historia y la convierte en una de las villanas de su libro. Los demás culpables pertenecen a fundaciones (Ford, Mellon), bibliotecas (Yale, Chicago), la Fundación Nacional para las Humanidades (NEH)** y, sobre todo, la Biblioteca del Congreso.

Juntos forman un curioso elenco de personajes, carniceros de libros pertenecientes al inverosímil mundo de las bibliotecas. Baker los describe como educados, cultos y, en general, amables –el tipo de persona modesta que uno espera encontrar sentado tras una vieja mesa de roble en un despacho repleto de libros–. Aprovechando sus dotes de novelista, Baker presenta a sus personajes a través de detalles reveladores. Llevan al cuello «discretos pañuelos de seda», pajarita y trajes nada llamativos. Enmarcan su mirada «cejas de sabio», frentes «calvas y joviales» o «grandes gafas rectilíneas al estilo de las que solía llevar Joyce Carol Oates en las fotos». Nos resulta impensable que estas almas cándidas sean en realidad unos vándalos. Y con esta reacción ya nos hemos rendido a la retórica de Baker, cuyo objetivo es demostrar que no es que los bárbaros estén a las puertas, sino que han penetrado ya en el templo y están destruyendo sus tesoros, y que lo hacen con gran eficiencia, pues van con paso suave, buen calzado y trajes de *tweed*.

La retórica aporta combustible a la argumentación, pero ¿en qué consiste ésta una vez reducida a sus puntos esenciales? Los argumentos son los siguientes:

1. El papel se conserva bien, incluso el papel más barato de pulpa de madera utilizado para las novelas baratas (pulp fiction) *y fabricado*

---

* La U.S. Commission on Preservation and Access (Comisión para la Conservación y el Acceso) fue creada en 1986 con el fin de promover acciones encaminadas a salvar, mediante microfilmación, los libros considerados en riesgo de sufrir daños irreversibles. (N. del T.)

** Véase nota de p. 32. (N. del T.)

según los procesos utilizados a partir de 1850. Baker describe el proceso químico de acidificación, haciendo algunas concesiones: el papel con un pH bajo tiende a ser menos duradero que el papel menos ácido, y los periódicos, de papel aprestado con alumbre-colofonía, se vuelven amarillentos si quedan expuestos a la luz durante mucho tiempo. Pero el argumento principal de Baker resulta convincente: desmintiendo las profecías catastrofistas, el papel fabricado en el siglo XIX no se ha desintegrado. Es posible leerlo hoy sin miedo a que se dañe y no hay razón para pensar que no durará otros cien años más.

2. *El microfilm no es un sustituto adecuado del papel.* Su composición química es aún menos idónea. Películas que supuestamente durarían para siempre, presentan manchas y burbujas. Están tan desvaídas que resultan ilegibles. Se han rasgado, han encogido, criado hongos, hieden a podrido o se han derretido formando sobre los carretes una masa de sólidos terrones de celulosa. Con frecuencia, las colecciones microfilmadas de periódicos presentan lagunas, páginas que los técnicos se han saltado o que enfocaron mal. La filmación se ha realizado de forma tan chapucera que los bibliotecarios consideran que una serie está «completa» si no falta más de un 6% de los ejemplares. Las colecciones de microfilmes, por cierto, son tremendamente caras. Durante la primera oleada de «conservación» mediante microfilmes, dos bibliotecas –la State Library of Pennsylvania y la Free Library of Philadelphia– eliminaron de sus anaqueles colecciones completas del *Philadelphia Inquirer.* Ahora, en microfilm, una colección cuesta 621.515 dólares.

Leer microfilmes es una tortura. Significa estar horas sentado bajo una luz que da calor, pasando imágenes borrosas, con los ojos fijos en la pantalla; es como para acabar harto de investigar, y quizá hasta con el estómago revuelto. Baker cuenta que en el Archivo de Ontario había un aparato de lectura de microfilmes que tenía una de esas bolsas para utilizar en caso de mareo, como las de los aviones. Tanto si sentimos náuseas como si no, las copias microfilmadas de periódicos son muchas veces las úni-

cas que nos quedan, y con frecuencia están incompletas. Hay periódicos importantes de los que faltan años enteros y ya no existen colecciones completas de los originales, dado que los bibliotecarios se deshicieron de ellas. Baker describe la situación en tono polémico: «Hubo un tiempo en que un millón de personas leía el diario *New York World* de Joseph Pulitzer. Ahora una colección original es bastante más difícil de encontrar que la primera edición de Shakespeare o la biblia de Gutenberg». Baker polemiza, pero tiene razón.

3. Los bibliotecarios tienen un deseo obsesivo de espacio. Para ellos el espacio, al igual que el tiempo, es dinero, y el dinero escasea porque sus presupuestos están siempre amenazados. Pero los periódicos y los libros siguen llegando y, año tras año, su número va creciendo inexorablemente. Mariana se siente como el aprendiz de brujo. ¿Cómo detener este torrente? ¿Cómo encontrar sitio en los anaqueles? ¿Cómo financiar las ampliaciones y los anexos? La respuesta obvia es: mediante la miniaturización. Sustituyendo los tomos por microtextos y desechando los originales se incrementa el fondo de la biblioteca sin necesidad de aumentar el espacio en anaquel. Baker describe cómo esta idea enraizó en las mentes de los bibliotecarios más importantes del país y tuvo como consecuencia el vaciado de los anaqueles –la «supresión de accesibilidad», en el argot eufemístico de la biblioteconomía–. Baker cimienta su argumentación aportando citas de discursos, informes y publicaciones especializadas. Pero después va aún más lejos.

4. La obsesión por el espacio degeneró hasta convertirse en «ideología». Dominados por el «temor a ese diablo llamado crecimiento», los bibliotecarios llegaron a «demonizar el papel tradicional». Lo odian y quieren deshacerse de él a cualquier precio –a unos precios tan altos que podrían provocar una revuelta de los contribuyentes, por no mencionar a los amantes de los libros–. Con el fin de prevenir una reacción de este tipo, los principales bibliotecarios del país sembraron el pánico advirtiendo del proceso de autodestrucción que sufría el papel y a continuación promocionaron las técnicas apro-

piadas para destruirlo en nombre de su conservación. Creo que en este punto Baker fuerza su argumentación hasta más allá de lo verosímil. En lugar de aportar una explicación creíble de las razones que llevaron a los bibliotecarios a vaciar los anaqueles de sus bibliotecas, Baker los convierte en villanos y los demoniza a su vez, aunque lo disimule aludiendo a detalles como los discretos pañuelos al cuello y las pajaritas. No obstante, Baker tiene razón en un aspecto fundamental.

5. *La conservación significó la destrucción.* Por supuesto, no siempre. Hubo bibliotecas, como la Biblioteca Pública de Boston, que nunca tocaron sus colecciones. Otras, como la Biblioteca Pública de Nueva York, conservaron algunas colecciones de periódicos tras microfilmarlas. Pero la Biblioteca del Congreso se puso a la vanguardia de una masacre de periódicos y libros de proporciones increíbles. Con el fin de microfilmar los títulos posteriores a 1870, esta biblioteca instauró una política de «des-encuadernación», es decir, separó las páginas de los lomos para facilitar su fotografiado. Aunque teóricamente es posible conservarlo, lo más probable es que un volumen no encuadernado termine desechado, sobre todo si se trata de un periódico. Las bibliotecas tiran estos volúmenes directamente a la basura o bien los venden a unos precios irrisorios. Encuentran compradores, pero éstos, por norma general, no son lectores que quieran salvar la obra, sino hombres de negocios con la intención de destruirlos más. Baker consiguió colarse en el almacén de la empresa Historic Newspaper Archives, Inc., una nave de unos 8.000 metros cuadrados de superficie repleta de periódicos de los que se extraen recortes para enviarlos a clientes que desean tener un recuerdo del día de su cumpleaños o de algún otro acontecimiento. Baker encontró allí una colección del *New York Herald Tribune* en un estado impecable que, según la hipótesis de Baker, fue entregada por la propietaria del *Tribune*, la señora Ogden Reid, a la Biblioteca Pública de Nueva York para su custodia y que ahora estaba siendo destripada y convertida en *souvenirs*. Baker consiguió adquirir dos semanas de 1934 por 300 dólares.

6. La destrucción no era necesaria. Desde 1957, el Consejo de Recursos Bibliotecarios* fundado por Verner Clapp, el segundo de a bordo de la Biblioteca del Congreso, financió unos experimentos para determinar la longevidad del papel fabricado de pulpa de madera. Los experimentos consistieron en extraer páginas de libros impresos entre 1900 y 1952 para intentar envejecerlas artificialmente doblando y desdoblándolas en una máquina diseñada para este fin. Diez años después, y tras haber destrozado 500 libros, se concluyó que la mayor parte del papel impreso durante la primera mitad del siglo XX no llegaría al año 2000. Esta previsión afectaba a más de 1.750 millones de páginas, lo que fue más que suficiente para sembrar el pánico entre los gestores de las bibliotecas de todo el país.

Para poder estimar el índice de mortalidad de sus propias colecciones, los bibliotecarios recurrieron a una versión simplificada del experimento anteriormente descrito: doblaban la esquina de una hoja en un ángulo de 180 grados, primero hacia delante y luego hacia atrás. Si el papel se rompía tras realizar esta operación dos o tres veces –a veces se completaba el proceso con unos tironcitos– se consideraba que la página estaba condenada, y quedaba vista para ser reemplazada por un microfilm antes de que se desintegrase en el anaquel. En Yale, bibliotecarios y estudiantes se dedicaron a doblar las páginas de 36.500 volúmenes. Llegaron a la conclusión de que 1.300.000 libros se autodestruirían antes del siglo XXI. Yale aplicó una política de microfilmación de «tala y quema» que supuso la eliminación de la mitad de su mag-

---

* Council on Library Resources (Consejo de Recursos Bibliotecarios). Creado en 1956 para coordinar la actividad de las bibliotecas y ayudar a la conservación y el desarrollo de sus fondos. Cooperó también en la reconstrucción de los fondos de las bibliotecas europeas dañadas por la Segunda Guerra Mundial. En 1997 se fusionó con la Commission on Preservation and Access (Comisión de Conservación y Acceso) creándose el Council on Library and Information Resources, Consejo de Bibliotecas y Recursos de Información (CLIR, en sus siglas en inglés), organización independiente, sin ánimo de lucro, con sede en Washington, que colabora con otras instituciones y organismos para mantener y mejorar el acceso a la información. (N. del. T.)

nífica colección de historia americana. Estos libros seguirían existiendo si los bibliotecarios no hubieran sucumbido a la moda de la prueba del doble plegado, ya que provoca pliegues que después se rompen, mientras que la lectura de un libro sólo conlleva pasar las páginas. Páginas que no superarían esta prueba pueden ser leídas cientos de veces sin sufrir daño alguno. Libros que según la más avanzada biblioteconomía debían haberse desintegrado hace mucho tiempo, siguen en perfecto estado –salvo aquellos que los bibliotecarios destruyeron con el fin de conservarlos.

7. La destrucción fue brutal. La microfilmación puede llevarse a cabo sin provocar daños si se coloca el material en un soporte y se enfoca la cámara desde el ángulo adecuado. Este procedimiento, sin embargo, requiere tiempo. Pero como los conservacionistas tenían tanta prisa por salvar los libros y periódicos de su muerte erróneamente anunciada, los mataron «guillotinándolos», es decir, cortando el lomo para así poder fotografiar rápidamente las páginas sueltas. Una vez desencuadernados, la mayoría de ellos terminaron convertidos en pasta de papel.

Los expertos de la Biblioteca del Congreso y del Consejo de Recursos Bibliotecarios también guillotinaron libros con el fin de experimentar con diferentes técnicas para reducir la acidez del papel. Los experimentos más espectaculares fueron aquellos en que se trabajó con una sustancia denominada DEZ (dietilo de cinc). En potencia, DEZ era capaz de eliminar la acidez mediante la creación de un «colchón alcalino» en las fibras del papel, pero demostró tener un efecto secundario perverso: se inflama al contacto con el aire y explota al contacto con el agua. Aunque el uso de DEZ era más apropiado para bombas y misiles que para libros, los experimentadores de la biblioteca lo utilizaron como elemento principal de un dispositivo pensado para eliminar la acidez de un millón de libros por año. De hecho, como destaca Baker, diseñaron una «gran bomba de gasolina y aire que resultaba que contenía libros». Desde luego, explotaba en las pruebas que llevó a cabo la NASA en el Goddard Space Flight Center en 1985 y 1986. Experimentos posteriores produjeron sucesivos desastres hasta que,

miles de libros y millones de dólares después, el programa fue abandonado definitivamente.

Mientras tanto, los conservacionistas inventaron otros experimentos, entre ellos un proyecto de un millón de dólares en el que se obligaba a las ratas a inhalar polvo de óxido de cinc para demostrar que los libros desacidificados podían leerse sin riesgo para la salud. Junto con los promotores de la microfilmación, la supresión de accesibilidad y los equipos de demolición, rajaron, guillotinaron, serraron, encurtieron, gasearon, hornearon, quemaron y disolvieron ingentes cantidades de papel impreso. Puede que Baker exagere la utilización de verbos antropomorfos y sesgue la descripción de los procesos técnicos de modo que los bibliotecarios parezcan científicos dementes, pero aporta suficientes pruebas como para que a cualquier amante de los libros se le pongan los pelos de punta.

8. La destrucción resultó cara. Baker cita numerosos ejemplos de libros y periódicos que fueron desechados, o vendidos a precios ridículos por los bibliotecarios y que, más tarde, comerciantes avispados revendieron por sumas sustanciosas. También refiere casos en los que comprar la versión microfilmada salía más caro que comprar el libro original. Tras citar uno por uno los casos en que se aplicaron soluciones onerosas a problemas mal planteados, propone su propia solución, relativamente barata y sencilla: almacenar los originales en almacenes climatizados, donde se conservarían por tiempo indefinido. Si esto no fuera factible, mejor no hacer nada: «Dejen los libros en paz, insisto, idéjenlos en paz!». Pero los bibliotecarios prefirieron gastar ingentes sumas de dinero con tal de cumplir con los preceptos fijados por la ortodoxia de su profesión: microfilmar y desechar. ¿Y cuál fue el coste? Baker calcula que las bibliotecas estadounidenses se deshicieron de 975.000 libros con un valor total de 39 millones de dólares. El enfoque económico de todo este negocio parece tan disparatado como el científico.

Resulta imposible evaluar las pérdidas en su aspecto cultural. En general, las bibliotecas eliminaron de sus anaqueles los periódicos publicados a partir del año 1870, fecha en que comenzó la publicación de diarios a gran escala. A finales de ese siglo, gracias al papel

barato, la linotipia y los métodos de impresión de alto rendimiento, los periódicos de Pulitzer, Hearst y otros magnates de la prensa se habían convertido en un factor influyente en el estilo de vida americano. No sólo nos acercaron la guerra entre España y los Estados Unidos. Los diarios ayudaron a traernos la cultura de masas, el consumismo, el deporte profesional y una parte importante de la literatura norteamericana, producida por los numerosos periodistas que simultáneamente ejercieron de escritores. ¿Cómo puede un historiador estudiar estos temas sin leer los diarios de esos años, y cómo va a poder leerlos si ya no existen? Los microfilmes no le van a servir. No sólo porque están plagados de deficiencias y lagunas, sino también porque son incapaces de transmitir la textura de las páginas impresas: la forma en que los titulares, la configuración, la coloración y las cualidades táctiles de las páginas orientan al lector, guiando su mirada a través de manchas de texto impreso de distintos significados. Según un anuncio publicitario de University Microfilms, la eliminación de los periódicos de las bibliotecas fue «nuestro propio programa de demolición de barrios pobres». Baker se acerca más a la verdad: «Este país ha destruido ciento veinte años de su historia».

9. Quizá las intenciones de los bibliotecarios fueran buenas, pero actuaron de mala fe. Una vez que los bibliotecarios se hubieron autoconvencido de que se estaban quedando sin espacio y que microfilmar era la solución, inventaron una falsa crisis con el fin de vaciar sus anaqueles. Afirmaron que los libros se estaban consumiendo. Usaron otras expresiones, como disolviendo, pudriendo o descomponiendo. Una de sus metáforas preferidas era decir «convertirse en polvo», a lo que añadían el adverbio «literalmente» para hacer ver que algún tipo de combustión química estaba consumiendo los libros en sus anaqueles. ¿De qué tipo de combustión se trataba? Nadie supo dar un análisis serio. No se encontró un solo ejemplar que estuviese ardiendo lentamente, ni tampoco cenizas o alguna otra prueba. No importó: *Fuegos lentos*, un documental que más bien parecía una película de terror, realizado por encargo del Consejo de Recursos Bibliotecarios, di-

fundió la falsa idea de que el peligro de combustión amenazaba los libros. Le siguió una falsa toma de conciencia en el gremio de los bibliotecarios, exacerbada por las declaraciones de sus líderes, como por ejemplo Patricia Battin, según la cual «el 80% del material almacenado en nuestras bibliotecas está hecho de papel ácido, por lo que inevitablemente se descompondrá. Según informa la Biblioteca del Congreso, al menos 77.000 de sus volúmenes pasan cada año de la categoría 'amenazados' a la de 'frágiles', para acabar hechos migas de papel». Esta cifra, la de 77.000 volúmenes (70.000 según otras fuentes) en proceso de descomposición, fue dicha tantas veces que finalmente se convirtió en un hecho real que se citaba junto a otras afirmaciones seudocientíficas: las colecciones de las bibliotecas se duplican cada 16 años; 3,3 millones de títulos se desintegrarán en los próximos veinte años y su rescate mediante microfilmación costará 358 millones de dólares, si bien este gasto será en realidad un ahorro, porque permitirá ganar nuevo espacio al eliminar 16,5 millones de copias que existen repartidas, sin ningún sentido, por todo el país.

Estas nueve aseveraciones lanzan todas ellas una grave acusación contra una profesión muy respetable. ¿No existen argumentos en su defensa? En lugar de analizar estos argumentos con imparcialidad, Baker da rienda suelta a lo que él denomina la necesidad de «instar a la fiscalía». Hace una presentación interesada de los hechos, pero no tergiversándolos sino utilizando recursos retóricos, como sacar citas de su contexto o intercalar comentarios en ellas. Por ejemplo, en su relato de una entrevista con Patricia Battin, Baker mezcla sus respuestas con las de otras personas, que parecen refutar lo dicho por Battin, y con refutaciones de su propia cosecha. En un momento de la entrevista, le hace decir: «No creo que ganar espacio fuera el motivo principal». A continuación, Baker cita el artículo de un compañero bibliotecario de Battin en la Universidad de Columbia: «Piensa en el coste que tiene el espacio...». Combina esta cita con un comentario incendiario sobre la descomposición de los libros que aparece en otro párrafo del mismo artículo: «Los fondos principales de todas las grandes bibliotecas pronto

serán considerados basura insalubre, los vertederos intelectuales del mundo». Entonces Baker vuelve a Battin: «Y a mí me había dicho con un tono de voz de lo más sincero: "No creo que sean los bibliotecarios que usted cita quienes han intentado miniaturizar para ahorrar espacio"». Sacar las cosas de contexto de esta manera, convierte a Baker en culpable por asociación.

Demostrar que existen indicios de culpabilidad es el objetivo del que quiere promover una causa, pero en su afán por condenar a algunos de los más importantes bibliotecarios del país, Baker en ocasiones lía las cosas. Para los bibliotecarios, la limitación de espacio disponible supone un problema serio y no se puede solucionar como por ensalmo, «demonizando» el papel sin más o dando rienda suelta a algún tipo de aversión psicológica hacia el mismo. El papel puede ser frágil. Es frecuente que los libros sufran daños. Los microfilmes consiguen conservar al menos parcialmente los datos históricos, a pesar de sus carencias como sustitutos de las obras originales. Las bibliotecas ya no guillotinan libros para microfilmarlos y ya no desechan los originales. La mayor parte de los cuentos de miedo de Baker pertenecen a una época pasada que dejó, no hay duda, una huella de destrucción, pero que también provocó una reacción contra una política equivocada. Tras varios escándalos por la pérdida de libros de gran valor, la Biblioteca Pública de Nueva York se comprometió a luchar contra la supresión de accesibilidad, y otras bibliotecas han seguido sus pasos. No obstante, el peligro no ha desaparecido del todo. Baker tiene razón cuando advierte que el entusiasmo actual por digitalizar puede producir otra purga del papel impreso, pero expresa con demasiada vehemencia su indignación frente a prácticas que ya han sido abandonadas.

El género «yo acuso» no es el más apropiado cuando se trata de hechos pasados. Es más propio del periodista que del historiador. La versión original del polémico texto de Baker se publicó en *The New Yorker*. Tuvo un gran éxito, porque relacionaba las malas prácticas de las bibliotecas con un escándalo entonces de gran actualidad. La Biblioteca Británica se había dedicado a eliminar de los anaqueles su magnífica colección de periódicos americanos de los siglos XIX y XX, y los especuladores los estaban adquirien-

do a precios muy bajos con el fin de desmembrarlos y venderlos como *souvenirs*. Cuando Baker tuvo noticia de esta labor de destrucción, intentó desesperadamente ponerle fin, pero la biblioteca no le hizo caso, y ni siquiera dio a Baker o a otros bibliófilos tiempo para organizar una operación de rescate. Al final se perdió un tesoro de valor incalculable, la confianza de muchos ciudadanos fue defraudada, y se llegó a salvar una pequeña parte de la colección gracias a que el propio Baker la adquirió, sacrificando sus ahorros y creando, con la ayuda de algunas fundaciones, una sociedad sin ánimo de lucro. Actualmente, varias colecciones completas y bien conservadas de *The New York World*, *The Herald Tribune* y otros grandes periódicos se encuentran a salvo en un almacén que Baker hizo construir cerca de su casa en Maine. Concluía: «A veces yo mismo me sorprendo cuando pienso que me he convertido, más o menos, en un archivero de periódicos, y que es mi tarea custodiar este majestuoso y ancestral cúmulo de pulpa de madera». Es una gran historia, que sabe contar con entusiasmo y humor: Don Quijote arremete contra la Biblioteca Británica y al menos gana un asalto. Pero no basta para hacer historia.

Cuando Baker quiso ampliar el artículo publicado en *The New Yorker* para convertirlo en un libro, se enfrentó al problema de cómo insertar su relato en la historia de la gestión de las bibliotecas en los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial. Dividió el texto original en dos partes, que utilizó, sin apenas modificar, como capítulos inicial y final de su libro. Entremedias, insertó un resumen histórico nada convencional. El relato no sigue un orden cronológico ni se distingue con claridad patrón alguno en su estructura. En su lugar encontramos, a modo de viñetas, una serie de ensayos breves y brillantes enlazados con la intención de dejar estupefacto al lector y avivar su indignación a medida que se suceden los rocambolescos episodios.

No obstante, en todos ellos hay implícita una polémica sobre un cambio institucional cuyo resumen podría ser el siguiente: en 1944, el poderoso bibliotecario Fremont Rider definió una «ley natural» del crecimiento de las bibliotecas. Utilizando complejas fórmulas matemáticas parecía demostrar que las bibliotecas estadouni-

denses estaban abocadas a sufrir una espectacular crisis de espacio. Según Rider, la única solución consistía en aplicar la tecnología desarrollada durante la Segunda Guerra Mundial por la Oficina de Servicios Estratégicos*: los libros podían ser reemplazados por microfichas o algún otro dispositivo de miniaturización. Verner Clapp, el número dos de la Biblioteca del Congreso, hizo suya la propuesta y desde el Consejo de Recursos Bibliotecarios (CLR), del que fue nombrado director en 1956, realizó un profuso proselitismo de esta iniciativa. Durante los más de treinta años que Clapp estuvo en la cumbre del mundo de las bibliotecas, promovió numerosos experimentos de «conservación» que desembocaron en la microfilmación masiva y en la pérdida de millones de periódicos y de libros. Entre 1968 y 1984 la Oficina para la Conservación y el Microfilmado (Preservation and Microfilming Office) de la Biblioteca del Congreso filmó noventa y tres millones de páginas y «tiró a la basura bienes públicos por valor de más de diez millones de dólares».

Aun así, costó bastante esfuerzo convencer a los directores de las grandes bibliotecas de que conservar los libros no era igual a tenerlos guardados en ellas. Así que el sucesor de Clapp en la presidencia del CLR puso en marcha una campaña de relaciones públicas para la que reclutó a Patricia Battin, la influyente bibliotecaria jefe de la Universidad de Columbia, encomendándole que difundiera propaganda desde la Comisión para la Conservación y el Acceso. A través de artículos en periódicos, conferencias, coloquios, presentaciones en el Congreso, *Fuegos lentos* y rumores, propagaron la idea de que las bibliotecas del país pronto se convertirían en polvo a menos que en sus anaqueles el papel fuera reemplazado por microfilmes. Realizaron la prueba del doble plegado, un experimento ideal si lo que se pretendía era encontrar una justificación para el afán de los bibliotecarios por ahorrar espacio mediante la eliminación de los libros impresos. El frenesí de la microfilmación y la supresión de accesibilidad

* Office for Strategic Services (OSS), servicio de inteligencia de los EE.UU. durante la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.)

alcanzó su punto álgido en los años 1980. La tendencia se invirtió cuando en 1994 Patricia Battin abandonó la Comisión para la Conservación y el Acceso. Nació entonces un movimiento de reacción liderado por G. Thomas Tanselle y otros bibliógrafos sensatos y, finalmente, el escándalo causado por la destrucción de periódicos de la Biblioteca Británica puso colofón a este episodio en el año 1999.

Como tantas veces ocurre, la historia es sencilla. Unos fanáticos equivocados hacen un diagnóstico equivocado, y mediante la difusión de información errónea provocan una catástrofe nacional. La desproporción entre la causa y el efecto exige a gritos una explicación. ¿Cuál fue el motor de todo este proceso? ¿La estupidez? ¿Fallos en las instituciones? ¿La influencia de una o dos personas poderosas y el poder de seducción de unas cuantas ideas impactantes? Plantear cuestiones como éstas marca la diferencia entre un periodista y un historiador. Baker no lo hace, se limita a señalar con el dedo a los culpables. Y en su acusación hay implícita una interpretación.

Resulta que un número sorprendentemente alto de los villanos de esta trama tienen alguna conexión con la CIA, Investigación de Operaciones, la defensa antimisiles, el Pentágono o la industria militar. Baker destaca que la obsesión por microfilmar surgió, como la CIA, a partir de la Oficina de Servicios Estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial. Verner Clapp, que en secreto era «un informante de la CIA», difundió la idea desde la Biblioteca del Congreso, y la cadena de asesores se remonta hasta James Billington, el director actual de la biblioteca, cuya conexión con la CIA se señala en una larga pero más bien irrelevante nota al final del libro. Los «científicos de la guerra y los asesores de la CIA» tenían una importante presencia en el CLR, tan importante que el resumen de sus currículos, que Baker da con cara de póquer, casi nos sugiere que detrás de cada dispensador de agua acechaba un Dr. Strangelove.

Los disparatados experimentos descritos por Baker, como el horneado o aquellos realizados con DEZ, apuntan a algo mucho peor: la aniquilación sistemática, o lo que él denomina «destruir para conservar». Una cita extraída del diario *Washington Post* evoca

la misma asociación: «¿Debe la Biblioteca del Congreso destruir sus libros para poder conservarlos?». El lector no puede sino recordar aquel macabro comentario de la guerra de Vietnam: «Fue necesario destruir la aldea para salvarla». La cadena de asociaciones deviene aún más siniestra cuando Baker habla de «meter los libros en cámaras de gas». En este punto las insinuaciones ya superan todos los límites. Los bibliotecarios no han destruido libros con la misma intención que los nazis aniquilaban personas

¿Debemos por tanto, como pide Baker, condenar a los bibliotecarios también por destruir la historia? Quizá, si los periódicos realmente son el borrador de la historia. Baker parece compartir esta opinión y recurre profusamente a metáforas, como, por ejemplo, cuando describe el transporte de 4.600 volúmenes del *Chicago Tribune* diciendo: «dieciséis palés, diez toneladas de historia metropolitana con mayúsculas». Pero igual que un microfilme no es lo mismo que un documento original, no debemos confundir la historia con sus fuentes. La historia es un relato construido a partir de hechos, y no el hecho en sí.

Si Baker hubiera argumentado en esta línea, su alegato habría ganado en solidez. Porque el análisis de los periódicos entendidos como fuentes nos ofrece una gran oportunidad de profundizar en el conocimiento del pasado. Pero no son ventanas abiertas hacia un mundo que hemos perdido, como Baker parece pensar. Los periódicos son compilaciones de historias escritas por profesionales conforme a las convenciones de su oficio. Si las tomamos como lo que son, historias novedosas narradas con un estilo propio, nos enseñarán la manera en que las personas interpretaron los hechos y encontraron sentido al trepidante y confuso mundo contemporáneo.

Hoy en día, la portada del *New York Times* es para muchas personas un mapa de lo ocurrido el día anterior. Leen el periódico como leerían un mapa, para orientarse, y en general de derecha a izquierda, o empezando por la noticia principal hasta llegar a las noticias menos importantes, guiándose por los titulares, deteniéndose en las imágenes, leyendo lo que pone en el faldón inferior o recorriendo las páginas interiores, conforme van res-

pondiendo a las propuestas del diseño y la tipografía. Los editores de *The Times* tienen muy en cuenta estos patrones de respuesta cuando se reúnen, todos los días, a las 5 de la mañana para diseñar la portada. Entre los diseñadores de este mapa cognitivo y los consumidores que lo utilizan se establece un diálogo implícito. El estilo de redacción y el diseño de un diario cambian con el tiempo, reflejando modificaciones sutiles en la forma de entender el mundo. No es algo que se pueda concretar con precisión, pero da un armazón a las experiencias vividas y que los historiadores tratan de comprender. Nunca lo conseguirán si tienen que trabajar a partir de microfilmes.

Es verdad que para escribir una historia de las distintas visiones del mundo hace falta algo más que leer con atención los ejemplares originales de los periódicos. Burckhardt y Huizinga mostraron el camino con su análisis de todo tipo de cosas, desde los modales hasta los ritos funerarios, pasando por las maneras de hablar y de vestir. Los antropólogos han demostrado que es posible utilizar este tipo de información para dar una visión sistemática de una cultura. Pero cuanto más se retrocede en el tiempo, más escaso es el material que se le ofrece al historiador con enfoque antropológico. En la Europa de principios de la Era Moderna, las ediciones populares de libritos de poemas y tratados religiosos y los carteles eran los formatos de papel impreso más populares; tanto, que las bibliotecas no se dignaban a incluirlos en sus fondos. Historiadores como Robert Mandrou han rebuscado entre sus restos en un intento de reconstruir *mentalités collectives*, pero el resultado es decepcionante. ¿Cómo conseguirán los historiadores componer una imagen de la mentalidad de los norteamericanos en la época dorada que siguió a la Guerra Civil, si no disponen de periódicos –de los ejemplares reales, con su tamaño y color originales– que puedan consultar?

Resumiendo: Baker tiene razón cuando condena la supresión del acceso a los periódicos porque significa la pérdida del legado histórico, aunque él mismo tenga una noción equivocada de lo que es la Historia y como historiador fracase. Como obra literaria, sin embargo, su libro es espectacular. Como ya he dicho, pertenece a un peculiar género literario, la jeremiada americana. Esto plan-

tea algunos problemas porque a los estadounidenses les han contado que el cielo se desploma, el nivel de los océanos sube, la tierra tiembla, la economía está en recesión, la presidencia se degrada, la familia está desapareciendo y el cosmos tiene una vida limitada. ¿Cómo van a poner el grito en el cielo por unos periódicos viejos? Las vacas se están volviendo locas, las ballenas quedan varadas en las playas, los glaciares se derriten, los bosques se queman, las especies desaparecen, los pulmones del planeta están colapsados, la capa de ozono está a punto de desaparecer y el bienestar social que conocimos ya no existe. ¿Por qué tenemos que dirigir nuestra ira precisamente contra los bibliotecarios?

Para avivar el sentimiento de indignación, Baker despliega una formidable artillería de recursos retóricos. Su voz narrativa está perfectamente afinada. Es, en esencia, la del «inocente en el extranjero». «¿Qué he hecho yo para merecer esto?», pregunta Baker al lector con fingida inocencia. «En 1993 decidí escribir unos ensayos sobre temas triviales, como los proyectores de cine, los cortaúñas, la puntuación y la historia de la palabra *lumber*[*]». Y antes de que podamos preguntarnos por qué Baker querría escribir sobre los cortaúñas, ya nos arrastra a una alocada historia sobre bibliotecarios que destruyen libros.

Baker nos convierte en sus compañeros de viaje a través del extraño mundo de los bibliotecarios, y busca nuestra complicidad insertando, en medio de una entrevista, observaciones y comentarios entre paréntesis. Así, por ejemplo, tras mostrarnos un precioso tomo desechado del *Chicago Tribune* que lleva el sello de la Universidad de Harvard y un *ex libris* que dice que fue adquirido del legado de Ichabod Tucker, quien se graduó en 1791, llama por teléfono a un bibliotecario de Harvard para averiguar si fue vendido por tratarse de una copia. «Nosotros nunca conservaríamos ejemplares físicos tan antiguos, no se conservan bien», responde la bibliotecaria. La respuesta de Baker se dirige a los lectores y no a la bibliotecaria: «No se conservan, guapa, porque no los conserváis».

---

[*] *Lumber*: «madera, trasto viejo, cachivache». Nicholson Baker ha publicado un exhaustivo estudio sobre la historia de esta palabra en la literatura. (N. del T.)

El lenguaje coloquial y las citas al estilo «te pillé» nos convierten en cómplices del autor y nos hacen más llevadero abrirnos camino a través de los detalles esotéricos sobre fórmulas químicas y microfotografía. Después de explicarnos cómo los científicos inventaron experimentos y dibujaron gráficos para describir un fenómeno inexistente –la degradación del papel– con precisión matemática, Baker pierde la compostura: «Todo esto no son más que tonterías y locuras». Y deseamos decirle: «Tienes razón, sigue así».

No obstante, la referencia a los detalles esotéricos es importante, porque Baker necesita probar su confianza en la buena fe de los laboratorios y dar al lector la sensación de que realmente está allí. En el caso de los experimentos llevados a cabo por la Biblioteca del Congreso, «estar allí» significa estar en un manicomio:

> «El dietilo de cinc (o DEZ, según su elegante acrónimo) era el ingrediente activo de un proceso técnico patentado que la Biblioteca del Congreso había desarrollado a principios de los años setenta. Se colocan los libros amenazados por el ácido en cajas para botellas de leche con el lomo hacia abajo, hasta cinco mil a la vez. Las cajas se introducen en una cámara de simulación espacial de diez pies de altura especialmente acondicionada, de aspecto parecido al de un vagón cisterna. Se cierra la puerta redonda situada en un extremo, se extrae el aire y se deja que entre el milagroso vapor de DEZ».

Esta descripción contiene datos científicos suficientes como para hacerla creíble y comentarios suficientes como para convertirla en absurda.

Baker utiliza la misma técnica en sus novelas: nos ofrece todo detallado al máximo y sin adornos, pero lo complementa con un lenguaje desconcertante que basta para que el resultado cause hilaridad o estupor.

Double Fold, sin embargo, pretende ser un reportaje. Describe personas reales dándoles el mismo tratamiento hiperrealista que a los experimentos en los laboratorios: de ahí la detallada descripción

de su vestimenta. Chandru Shahani, científico jefe en la Biblioteca del Congreso, es «un hombre amable vestido con un traje gris». Verner Clapp es «un erudito polifacético con pajarita»; Daniel Boorstin, «un usuario crónico de pajaritas». (Baker parece tener obsesión con las pajaritas.) Baker otorga un rasgo distintivo a cada personaje conforme los va presentando, rasgos que con frecuencia son positivos: «sonriente, modesto», «educado, de voz suave», «con un áspero encanto». A la vez que disfruta de un falso sentimiento de familiaridad con los personajes que aparecen en el libro, el lector va confiando en la objetividad de Baker.

Estos detalles otorgan verosimilitud a las acusaciones, ya que Baker no atribuye motivos perversos a los villanos de la trama. Simplemente describe los desastres ocasionados por las medidas equivocadas que toman. Como «inocente en el extranjero», Baker parece dar cuenta del panorama con incuestionable neutralidad. El «yo» del narrador es una cámara. Lo ve todo y desvela la podredumbre del sistema. El hiperrealismo como cuento moralizante: un *tour de force* y a la vez un libro tremendamente entretenido. Pero, ¿cuenta la verdad? Creo que sí, aunque sea menos inocente de lo que aparenta. Hay que leerlo como si fuera una jeremiada periodística más que como una descripción ecuánime de la historia de las bibliotecas durante los últimos cincuenta años. Y merece ser leído también por las pautas de actuación que recomienda. Baker propone cuatro. Todas son dignas de apoyo:

1. Las bibliotecas que reciben dinero público deberían tener, como condición para la asignación de fondos, la obligación de publicar mensualmente en sus páginas una lista del material descartado. De esta manera los ciudadanos dispondrían de algunos datos para juzgar cuáles de ellas gestionan sus fondos de manera responsable.

2. La Biblioteca del Congreso debería arrendar o comprar cerca de Washington un edificio con espacio suficiente para almacenar en él –por orden de entrada– todo el material que recibe de los editores y que no puede o no quiere almacenar en la biblioteca.

3. Ciertas bibliotecas repartidas por el territorio nacional deberían empezar a guardar, encuadernados, los periódicos que actualmente se publican.

4. La Fundación Nacional para las Humanidades debería abolir totalmente el Programa de Prensa de EE.UU.* y el Programa de Libros Frágiles**, o condicionar la asignación de fondos a que ningún proceso de microfilmación o digitalización conlleve la destrucción de los originales, y que éstos sean conservados en su totalidad tras la finalización del proceso.

¿Qué ha sido de las magníficas colecciones de periódicos eliminadas de los anaqueles de las bibliotecas? Algunas han sobrevivido, pero la mayoría se han perdido para siempre. Al contrario que los búfalos y los bosques, no pueden ser recuperados. La moraleja de esta historia corrige el popular dicho de los periodistas: no hay nada más muerto que el periódico de ayer –salvo el periódico de ayer destruido.

---

* El *U.S. Newspaper Program (USNP)*, Programa de Prensa de EE.UU., fue creado en 1982 con el fin de preservar y facilitar el acceso a la prensa de los EE.UU. El programa persigue la localización, catalogación y conservación en microfilmes de los periódicos publicados en los EE.UU. desde el siglo XVIII hasta hoy. En el programa colaboran el gobierno federal y los estados; la financiación proviene de la NEH (National Endowment for the Humanities) y la asistencia técnica corre a cargo de la Biblioteca del Congreso. (N. del T.)

** Brittle Books Program es una iniciativa de la NEH por encargo del Congreso de los EE.UU. El programa comenzó en 1988 y persigue la microfilmación de más de tres millones de títulos a un ritmo estimado de 50.000 por año. (N. del T.)

9. LA IMPORTANCIA DE LA BIBLIOGRAFÍA

¿Por qué es importante el análisis bibliográfico? Si quiere ser algo más que un mero listado de títulos, ¿para qué puede servir? Ahora que, gracias a Internet, los textos son a la vez más accesibles y menos fiables, esta cuestión ha adquirido una nueva relevancia. Por norma general, los estudiantes descargan textos de Internet sin preguntarse sobre su procedencia y, con frecuencia, lo que obtienen no es más que basura. Sin embargo, este problema no es nuevo.

He aquí un pasaje de la primera versión impresa de *King Lear* (la edición en cuartilla de 1608, III. iv. 118): «swithald footed thrice the old a nellthu night more and her nine fold bid her, O light and her troth plight and arint thee, with arint thee»[8]. Es basura del sigo XVII y probablemente fuera casi tan incomprensible para los lectores de entonces como para nosotros ahora. Para entenderlo,

[8] F. P. Wilson, *Shakespeare and the new Bibliography*, Helen Gardner, ed. (Oxford, 1970), p. 121. En la Primera Edición en Folio dice: «Swithold footed thrice the wold, / He met the nightmare and her ninefold;/ Bid her alight/ And her troth plight,/ And aroint thee, witch, aroint thee!». Para los comentarios sobre este pasaje en el que Edgar canta a un demonio femenino, véase Stephen Orgel and A. R. Braunmuller, eds. *The Complete Pelican Shakespeare* (Penguin, Londres y Nueva York, 2002), p. 1.533.

los editores han recurrido al folclore, la filología, la paleografía, la historia de la religión y a su propia intuición. Concluyeron que Shakespeare quería evocar la figura de San Vital expulsando a un demonio femenino y a su progenie en una noche de tormenta. Esta forma de interpretar un texto, acompañándolo de comentarios y de variantes recogidas en notas al pie y apéndices, le resulta familiar a cualquier lector de Shakespeare. ¿Qué más puede aportar la bibliografía analítica?

Veamos otro ejemplo de basura en una obra de Shakespeare, la edición en cuartilla de *El mercader de Venecia*, publicada en 1619. En I. iii 65-6, Antonio pregunta a Bassanio si Shylock conoce la cantidad que Antonio quiere pedir prestada: «are you resolu'd, How much he would haue?». En la versión original de *El mercader de Venecia*, una edición en cuartilla del año 1600, decía: «is hee yet possest How much ye would?». ¿Con cuál quedarse? No conocemos la versión original de Shakespeare porque ninguno de los manuscritos originales de sus obras de teatro ha sobrevivido hasta nuestros días, excepto tres páginas escritas de su puño y letra de la tragedia –nunca estrenada– *Sir Thomas More*. Pero podemos diferenciar las versiones más corruptas de las primeras versiones impresas.

Analizando las copias físicas, los analistas bibliográficos han podido averiguar que la impresión de la cuartilla de 1619 la realizó el mismo cajista, un trabajador especialmente descuidado al que denominan Cajista B, que ese mismo año compuso otras nueve ediciones en cuartilla de obras de teatro shakesperianas o pseudo-shakesperianas utilizando como modelo ediciones anteriores. Si topaba con una frase que consideraba deficiente, sencillamente la «mejoraba». De manera que la versión de 1619 de las líneas citadas es una obra genuina del Cajista B y el texto de la obra completa (que de media tiene un error importante cada 23 líneas) es un Shakespeare muy poco genuino. Es más, B también compuso aproximadamente la mitad del texto de la Primera Edición en Folio, nuestra principal fuente para la reconstrucción de la obra de Shakespeare. Para entender a Shakespeare, por tanto, no basta con ser un crítico de la literatura. También hay que ser analista bibliográfico, o al menos tener los conocimientos sufi-

cientes para conocer la génesis de un libro a finales del siglo XVI y principios del XVII[9].

Este tipo de análisis bibliográfico, habitualmente denominado bibliografía «descriptiva» o «analítica» para distinguirlo del listado de libros o «bibliografía enumerativa», adquirió en la primera mitad del siglo XX gran relevancia en el campo de las humanidades. ¿Pero qué era exactamente y qué repercusiones tuvo más allá de la edición de textos? Sir Walter Greg, la máxima autoridad en esta materia, definió la bibliografía como «la ciencia de la transmisión física de documentos literarios»[10]. Esta definición fue criticada por los que consideraban que el término «ciencia» resultaba demasiado positivista y el término «literario» demasiado limitativo, dado que el análisis bibliográfico podía aplicarse en principio a cualquier tipo de texto y a cualquier forma de comunicación. Sin embargo, el énfasis sobre el carácter físico del libro tuvo gran aceptación entre los bibliógrafos, pues estudian los libros en cuanto objeto físico. Tenía la esperanza de que averiguar cómo un texto quedaba plasmado sobre papel en forma de signos tipográficos y era transmitido a los lectores en forma de páginas encuadernadas en un libro, les permitiría comprender un aspecto fundamental de la propia literatura.

Greg y R. B. McKerrow comenzaron a elaborar las técnicas y los conceptos básicos de esta «nueva bibliografía», como se la denominó, cuando eran estudiantes en el Trinity College de Cambridge, en 1890. Con la publicación en 1928 de *Introduction to Bibliography for Literary Students* (Introducción a la Bibliografía para estudiantes de Literatura) de McKerrow, y de *Principles of Bibliographical Description* (Principios de la Descripción Bibliográfica) de Fredson Bowers en 1949, la bibliografía surgió como una disciplina articu-

---

[9] Un análisis de este problema, y de la bibliografía en general, se encuentra en Philip Gaskell, *A New Introduction to Bibliography* (Clarendon Press, Oxford, 1972), pp. 336-360.

[10] La definición de Greg, que probablemente no pretendía ser un pronunciamiento ex cátedra sobre la ciencia, apareció en un artículo suyo, de 1912, titulado «What Is Bibliography?». Para una discusión sobre ello, véase G. Thomas Tanselle, «Bibliography and Science» en *Studies in Bibliography*, vol. 27 (1974), p. 62.

lada, dotada de estándares que se habían consolidado y convertido en ortodoxia. En 1950, el análisis bibliográfico se convirtió en asignatura obligatoria en los cursos de doctorado de muchas facultades de filología inglesa. Además de filología y otros conocimientos, los estudiantes de postgrado aprendieron a identificar formatos, cotejar rúbricas, detectar una supresión de texto, distinguir tipografías, localizar marcas de agua, analizar material gráfico y distinguir encuadernaciones.

En este ambiente proliferaron sobre todo los estudios de la obra de Shakespeare, ya que las ediciones tempranas de sus obras de teatro fueron publicadas en horas bajas de la historia de la impresión, plagadas de errores que no pueden corregirse cotejándolos con los manuscritos originales. Hasta donde sabemos, Shakespeare no intervino en la publicación de estas obras. Parece que para él lo fundamental era su representación, y probablemente modificaba los manuscritos en función de cómo se desarrollara la acción sobre el escenario. Podemos imaginarnos sus «papeles en sucio» (los primeros borradores) y sus notas para el apuntador, pero para llegar hasta los textos hemos de investigar las deficientes ediciones pergeñadas en las imprentas de aquellos días. *Hamlet* se publicó por primera vez como una sencilla cuartilla en el año 1603, después en una cuartilla de 1604-1605, el doble de largo, y más tarde, en la Edición en Folio de 1623, que contiene 85 líneas nuevas y que difiere sustancialmente de las dos ediciones anteriores. *El rey Lear* plantea tantas interrogantes que los últimos editores de esta obra imprimieron dos versiones diferentes. Ambas difieren radicalmente pero se ajustan a los estándares bibliográficos más rigurosos y cada una de ellas podría ser una versión que Shakespeare, en algún momento, considerase la definitiva. Así que tenemos dos versiones del *Rey Lear* y otras más antiguas, combinadas, lo cual desde luego es enriquecedor, y todo gracias al análisis bibliográfico[11].

---

[11] Stanley Wells y Gary Taylor, *The Complete Oxford Shakespeare* (Oxford University Press, Oxford, 1987), y Stephen Orgel y A. R. Braunmuller, eds., *The Complete Pelican Shakespeare* (Penguin, Londres y Nueva York, 2002).

Enigmas textuales de este tipo inspiraron a generaciones de estudiosos a realizar proezas de enorme virtuosismo. A través del estudio pormenorizado de primeras ediciones dieron con todo tipo de pistas tipográficas: una ortografía inconsistente, irregularidades en el espaciado, caracteres mellados y cualquier cosa que pudiera ayudarles a reconstruir el proceso de producción en las imprentas de la época isabelina y acercarse así al manuscrito perdido de Shakespeare. Muchos aprendieron a componer textos con tipos de imprenta, convirtiéndose en impresores aficionados. En su imaginación, los doctores se convertían así en compañeros de los primeros trabajadores que transformaron las palabras de Shakespeare en libros. Fue una idea embriagadora, y no podía durar.

El análisis bibliográfico no ha desaparecido, pero ha sido marginado e ignorado por las nuevas tendencias de la investigación de la literatura. Desde la «nueva crítica» de los años 1940 al «deconstructivismo» de los 1960 y el «nuevo historicismo» de los 1980, el estudio de los textos se ha ido alejando paulatinamente de su soporte, el libro. El análisis bibliográfico empezó a considerarse una disciplina arcana que quizá fuera útil para editar a Shakespeare, pero que no servía de mucho para comprender la literatura moderna. Algunas obras modernas, desde *Pamela* a *Ulises*, plantearon importantes problemas bibliográficos, pero la mayoría podían editarse con apenas un mínimo de notas sobre las variantes textuales. En 1968, Edmund Wilson causó un gran revuelo al denunciar que ediciones financiadas por la Modern Language Association* realizaban un trabajo bibliográfico totalmente desmesurado. Como ejemplo, Wilson citó un proyecto en el que, para preparar una edición de *Tom Sawyer*, dieciocho trabajadores de la editorial se dedicaban a leer el texto al revés. Cuando la polémica se calmó, el análisis bibliográfico había perdido gran parte de su poder de seducción. Desapareció de los cursos de doctorado e incluso de las escuelas

* Fundada en 1883 en la Universidad John Hopkins para el estudio y debate en torno a la literatura y las lenguas modernas (en oposición a las clásicas, el latín y el griego). Es un referente internacional en cuanto a las normas de publicación para textos académicos. (N. del T.)

de bibliotecarios. Para una generación que había asistido al colapso del canon y a la emergencia de Internet, el análisis detallado de libros antiguos ya no le resultaba atractivo.

En medio de este proceso de auto-cuestionamiento surgió lo inevitable: una herejía. Todas las ortodoxias generan herejías, pero el Martín Lutero del análisis bibliográfico, Donald F. McKenzie, supuso una amenaza especialmente grave para la vieja guardia porque era capaz de batir a sus mejores miembros en su propio terreno. Tras haber asimilado los principios de Bower y convertido ya en un experto impresor, McKenzie abandonó su Nueva Zelanda natal por Cambridge, Inglaterra, donde escribió su tesis doctoral dirigida por Philip Gaskell, un maestro bibliógrafo. El libro que resultó de este trabajo, *The Cambridge University Press, 1696-1712*, publicado en 1966, fue aclamado como uno de los trabajos más rigurosos jamás escritos siguiendo la escuela de Greg y McKerrow. No obstante, contenía un aspecto inquietante: McKenzie no sólo ofrecía un análisis bibliográfico de cada libro producido por la Oxford University Press durante esos 16 años, sino que también ponía en relación los ejemplares físicos de los libros con los manuscritos guardados en los archivos de la imprenta. Y los manuscritos revelaron que las cosas no se habían hecho como se suponía.

Los cajistas no suministraban a los impresores los moldes (páginas con los tipos colocados y fijados en un marco de hierro, listas para imprimir) conforme a un patrón establecido de antemano. Al contrario, los cajistas pasaban los moldes a cualquier prensa que estuviera libre, de manera que, en algún momento, todos los impresores estaban imprimiendo ejemplares de un libro en concreto. Además, los cajistas cambiaban frecuentemente de tarea. Podían estar colocando los tipos para un molde de un tratado como los *Principia* de Newton, publicado por la Cambridge University Press (CUP) en 1713, después componer la factura de un envío o un recibo, y a continuación dedicarse a un libro de sermones. Algunos trabajos llevaban más tiempo que otros o eran más urgentes, así que el encargado los distribuía de la manera más eficiente y siempre había varios libros en proceso de producción simultáneamen-

te, cada uno siguiendo su propio y errático ritmo. La regularidad en la producción a nivel de la imprenta compensaba el trabajo irregular de cada empleado, un método de producción que McKenzie denominó «producción simultánea». Parecía un concepto inocuo, pero cuando explicó todas sus consecuencias, McKenzie parecía estar socavando los fundamentos del análisis bibliográfico ortodoxo.

Previamente, los bibliógrafos habían supuesto que cada libro recorrería las diferentes fases del proceso de producción siguiendo un patrón lineal y constante: un cajista determinado suministraría moldes a los tipógrafos de una prensa en concreto y éstos sacarían una edición, muchas veces dejando su marca en las características de los titulares de una página, las indicaciones sobre entradas y salidas a escena (generalmente al pie de una página) o un número (añadido habitualmente al pie de una página para identificar el trabajo de cada impresor). Por tanto, debía ser posible construir una serie de inferencias, retrocediendo en el proceso de producción desde el ejemplar físico del libro a la prensa, al cajista y finalmente, al menos en cierta medida, hasta el manuscrito original, aunque este no existiera, como en el caso de Shakespeare. Siempre Shakespeare. La búsqueda de textos fidedignos de sus obras de teatro era el motor de toda esta disciplina.

Los más importantes bibliógrafos de la obra de Shakespeare, sobre todo Greg y Charlton Hinman, admitían la existencia de irregularidades. El mejor estudio sobre un libro de la época de Shakespeare, el de Hinman, *The Printing and Proof-Reading of the First Folio of Shakespeare* (La impresión y la corrección de pruebas de imprenta del Primer Folio de Shakespeare), del año 1963, describe la génesis de la Primera Edición en Folio, molde a molde, a la vez que en la misma imprenta se imprimían otros libros. Hay un momento en que Hinman incluso utiliza el término «producción simultánea». Pero la mayoría de los bibliógrafos centraban su análisis en la producción total de la imprenta y no en la de un libro concreto. Este razonamiento, válido dentro de ciertos límites, les llevó a concatenar hipótesis dudosas sobre los hombres que imprimieron los primeros ejemplares de las obras de Shakespeare. Sustituyeron a los trabajadores de carne y hueso –artesanos preindustria-

les que trabajaban de manera inconstante y se largaban de juerga con tipos de la misma calaña que Falstaff y la Sra. Quickly– por personajes abstractos como el Tipógrafo B rodeado por A, C, y otros que supuestamente producían cuartillas y folios a un ritmo regular y conforme a los principios de la ciencia bibliográfica.

No es que estas figuras imaginarias trabajaran como robots. Al contrario, parecía factible demostrar que un hombre destacaba por su ortografía inusualmente errática, que otro solía confundir términos homónimos, que un tercero utilizaba una fuente de tipos inadecuada, y que todos ellos dejaban sus marcas personales repartidas por las páginas revelando que allí había metido mano alguien que no era Shakespeare. Identificando las modificaciones introducidas por estos hombres en los textos –en el caso de *El mercader de Venecia* del Tipógrafo B, hay 40 palabras o expresiones suyas que reemplazan a las de Shakespeare–, los bibliógrafos esperaban separar los elementos extraños de las obras más importantes en lengua inglesa. Fue un proceso de eliminación, de resultados esencialmente negativos, pero acercó al lector contemporáneo a lo que Shakespeare realmente había escrito.

Sin embargo, si la imprenta hubiera trabajado según el procedimiento de la producción simultánea, resultaría difícil identificar con precisión las pautas del proceso de producción. Sería imposible asignar con total seguridad pasajes específicos a tipógrafos concretos y la cadena de inferencias podría romperse en algún eslabón crucial. A, B y C podrían no ser más que quimeras, productos de la imaginación calenturienta de los bibliógrafos, meros «impresores mentales». Este fue el título que McKenzie eligió para su ensayo de 1969 y que sacudió el mundillo de los salones de libros raros como un terremoto. Durante las siguientes décadas los expertos debatieron sobre los principios de la bibliografía con toda la pasión que fueron capaces de volcar en un debate de esta índole. El resto del mundo, que en aquellos años tenía la mente ocupada en otras cuestiones, les prestó escasa atención. Pero para los bibliógrafos había muchísimo en juego. Parecía que McKenzie había puesto al descubierto una enorme falla sísmica que atravesaba toda la disciplina.

Los bibliógrafos ortodoxos defendían su posición esgrimiendo dos argumentos: en primer lugar, que la Cambridge University Press, un negocio pequeño y especializado de principios del siglo XVIII, sito en una ciudad de provincias, no era un referente válido para tipificar el proceso de producción en las grandes imprentas de Londres casi cien años antes; segundo, que las pruebas encontradas en un archivo no invalidaban el principio fundamental de utilizar el análisis de los libros como objetos físicos para sacar conclusiones sobre su proceso de impresión: sobre todo en el caso de las primeras ediciones de Shakespeare, pues esto era lo que dio pie a las discusiones más acaloradas del debate. Si el análisis bibliográfico no era capaz de ofrecer un método viable para analizar la edición de la obra de Shakespeare, entonces, ¿para qué servía?

McKenzie respondió al primer argumento aduciendo como prueba los documentos de William Bowyer, un importante editor londinense, descubiertos en 1963. Éstos confirmaban el principio de producción simultánea y sacaron a la luz pautas aún más complejas e irregulares del proceso de producción de una obra, proceso que con frecuencia compartían varias imprentas y también varios trabajadores. Unos años después, Jacques Rychner demostró que el análisis de McKenzie también valía para la producción de libros en la imprenta de la Société Typographique de Neuchâtel, en Suiza. Es verdad que los archivos de Cambridge, Londres y Neuchâtel pertenecían todos al siglo XVIII. Pero entre el año 1500 (o incluso en los tiempos de Gutenberg) y el 1800, la tecnología de impresión no experimentó cambios significativos. Los manuscritos de estas tres fuentes –así como documentación perteneciente a otros dos editores londinenses del siglo XVIII, William Strahan y Charles Ackers– demostraban que McKenzie estaba en lo cierto: la producción en las imprentas de principios de la Era Moderna no seguía aquel patrón regular que le habían atribuido los analistas bibliográficos ortodoxos.

Pero, ¿podían unos documentos manuscritos del siglo XVIII invalidar las conclusiones basadas en el análisis de los ejemplares físicos de las cuartillas y Folios de Shakespeare? McKenzie

nunca lo pretendió. De hecho, hizo la reconstrucción más exhaustiva de todas de cómo el tipógrafo B arruinó *El mercader de Venecia*. En principio no había nada malo en atribuir pasajes concretos a tipógrafos que podían llamarse A, B o como fuera. Incluso sabemos algo sobre los hombres que trabajaron en la imprenta de William Jaggard, donde se imprimió la Primera Edición en Folio entre 1622 y 1623, por ejemplo, que John Shakespeare, que no parece haber sido un familiar de William, trabajó para Jaggard como aprendiz de 1610 a 1617. Mediante un minucioso análisis, hoja por hoja, de la edición en Folio, Hinman concluyó que había encontrado la forma de identificar a los tipógrafos responsables del texto y conseguido acercarse «un poco más a lo que Shakespeare realmente escribió»[12].

Cuarenta años después de que publicara *The Printing and Proof-Reading of the First Folio of Shakespeare*, parece que también Hinman estaba en lo cierto. El análisis más reciente de la Primera Edición en Folio, llevado a cabo por Peter Blayney, partidario de McKenzie, ha confirmado prácticamente todas las conclusiones a las que Hinmam llegó. Blayney ha identificado algunos tipógrafos más y ha modificado las conclusiones de Hinmam sobre la corrección de pruebas. Parece ser que los actores del elenco de Shakespeare habían corregido las pruebas antes de que los tipógrafos añadieran las suyas, hechas a última hora durante la impresión. La primera edición constaba de tres versiones claramente distintas: una con 35 obras de teatro, otra con 36 –que incluía *Troilo y Crésida*, pero sin el prólogo–, y otra también con 36 que incluía *Troilo* con el prólogo. Los impresores dejaban pistas sobre estas irregularidades en forma de marcas en el texto. En algunos casos tacharon una página duplicada de *Romeo y Julieta*. En otros, dejaron las correcciones escritas a mano durante la última corrección de pruebas. El texto cambiaba continuamente, se deslizaba de un estado morfológico a otro.

---

[12] Charlton Hinman, *The Printing and Proof-Reading of the First Folio of Shakespeare* (Oxford and the Charendon Press. Oxford, 1963), I, p. vii.

Esta lección «del libro más importante de la literatura inglesa», como lo calificó Helen Gardner[13], afectaba también a una cuestión de mayor calado suscitada por McKenzie en su aparente herejía: la bibliografía puede ayudar a resolver algunas dificultades específicas de la edición de las obras de Shakespeare, pero, ¿cuál es su contribución a la comprensión general de la literatura? El mismo McKenzie abordó esta interrogante en un ensayo de 1977, «Typography and Meaning: The Case of William Congreve» (La tipografía y el significado: el caso de William Congreve), que tuvo una repercusión casi tan importante como la había tenido «Printers of the Mind» (Los impresores mentales).

Estudiar a Congreve reviste un interés especial porque abarca dos épocas de la tipografía. Las primeras ediciones de sus obras de teatro, impresas con escasa diligencia en cuartillas en los años 1690, resultaron casi tan toscas como las cuartillas de Shakespeare, mientras que los tres volúmenes de sus obras de la edición en octavo de 1710 destilan la majestuosidad de un clásico. ¿Preferimos al Congreve del siglo XVII o al del siglo XVIII? McKenzie se vio ante esta elección al abordar la edición crítica de ambos textos. Comenzó rechazando la famosa diferenciación que hacía Greg entre «lo principal», el texto básico de una obra de teatro, y lo «accidental», los ingredientes tipográficos como los ornamentos o los espacios adicionales incorporados por el impresor para separar las diferentes escenas de una obra. Para Greg, lo accidental incidía meramente sobre la presentación del texto pero no sobre su significado. Para McKenzie, era crucial para mediar entre dos experiencias diferentes: ver una representación sobre un escenario o leer un texto impreso. Cualquiera que fuese el efecto deseado por el dramaturgo cuando escribió el guión, su obra adquiría un significado distinto al convertirse en libro, porque en este caso la acción del drama sólo podía ser imaginada por los lectores basándose en los signos tipográficos.

Congreve participó conscientemente en este desplazamiento de un medio a otro, pues en 1710 dejó de escribir para los escena-

[13] *Shakespeare and the New Bibliography*, p. x.

rios y se centró en la publicación de sus obras de teatro. La edición en octavo de sus obras estableció los estándares del nuevo tipo de libro que predominaría en el siglo XVIII. A diferencia de los incómodos folios y las chapuceras cuartillas de épocas anteriores, el nuevo libro era lo suficientemente pequeño como para sostenerlo cómodamente en las manos y lo bastante elegante como para satisfacer los gustos de la nueva sociedad de consumo. Congreve eliminó algunos de los pasajes más groseros, pero mantuvo la mayor parte del texto original. Fue el diseño del libro lo que dio un nuevo significado a la obra, un proyecto que Congreve llevó a cabo con su íntimo amigo, el editor Jacob Tonson, y con John Watts, el excelente impresor que trabajaba para él.

Utilizando pliegos más grandes (pero páginas más pequeñas, porque en el octavo el pliego se doblaba tres veces, y en la cuartilla, dos) y un espaciado más equilibrado, dieron al libro una refinada simetría. En lugar de las escuetas acotaciones escénicas de las antiguas cuartillas –generalmente sólo «entrada» o «salida» para indicar una nueva escena–, diferenciaron las escenas numerándolas y añadiendo ornamentos tipográficos y listas de personajes. Así el lector podía imaginar qué personaje se encontraba sobre el escenario en cada momento y sabía cómo encajaban las diferentes partes en el conjunto de la obra. Las escenas, las obras de teatro, la obra en su conjunto, quedaban nítidamente estructuradas a modo de un edificio de arquitectura neoclásica. Congreve ocupó su lugar junto a Shakespeare –que un año antes había aparecido en un «traje» tipográfico similar– en el incipiente canon de clásicos.

En este punto, las conclusiones de McKenzie convergían con otros aspectos que se habían estudiado desde una especialidad académica contigua: la historia de los libros. A diferencia de los analistas bibliográficos, los historiadores especializados en libros estudiaban todos los aspectos de la producción y difusión de la palabra impresa, incluidas sus relaciones con los cambios políticos y sociales. Para ellos, 1710 destacaba por haber marcado un punto de inflexión en la historia de los derechos de autor. Fue el año en que el Parlamento inglés aprobó la primera ley sobre los derechos de autor

denominada «A Bill for the Encouragement of Learning by Vesting the Copies of Printed books in the Authors, or Purchasers, of such Copies, during the Times therein Mentioned»*. Como se desprende de su título, la ley reforzó la posición de los autores. Aunque el texto no los mencionaba de forma explícita, reconocía su derecho a la propiedad sobre el producto de su imaginación. Alexander Pope demostró que los autores podían vivir de la venta de estos derechos. A mediados de siglo, Samuel Johnson se había convertido en el epítome de escritor profesional que vivía de su pluma y no del mecenazgo, y se enorgullecía de su papel de proveedor que satisfacía la demanda del mercado literario. La literatura comenzó a tomar forma como un sistema semi-autónomo que se organizaba alrededor de los libros impresos, en contraste con lo que había sido el mundo de las letras en los siglos XVI y XVII. En época de los Tudor y los Estuardo, la comunicación pública tenía lugar sobre todo mediante representaciones, desde escenarios, púlpitos, tribunales y en las calles. En la Inglaterra georgiana predominó la palabra impresa, aunque continuaron floreciendo los libros manuscritos (si el número de copias no superaba las cien, era más económico producir un libro recurriendo a los escribas que a los impresores) y las noticias continuaban difundiéndose oralmente.

Por tanto, la publicación de Congreve formaba parte de un proceso más amplio: la transformación de las letras en literatura. McKenzie proclamó que este proceso debía ser entendido desde una perspectiva amplia que denominó «sociología del texto». Pasar de la ciencia a la sociología –nada podía ser más ajeno a la disciplina de Greg y McKerrow. Pero el nuevo enfoque permitió al análisis bibliográfico anglo-americano conectar con la «histoire du livre» francesa, una variante de amplio espectro de la historia de los libros que habían desarrollado Lucien Febvre y Henri-Jean Martin. En *L'Apparition du libre*, de 1958, describieron el impacto de la invención de Gutenberg sobre fenómenos sociales y económicos de largo reco-

* «Proyecto de ley para la promoción del aprendizaje mediante la asignación de derechos sobre las copias de libros impresos a los autores, o compradores de estas copias, durante el periodo de tiempo fijado al respecto.» (N. del T.)

rrido, como las escuelas monásticas de escritura, el precio de los trapos y pergaminos, y el desarrollo de rutas comerciales. Subrayaron la necesidad de disponer de datos cuantitativos para poder contrastar continuidad y cambio. Como partidarios de la escuela de investigación historiográfica de *Annales*, detectaron patrones de estabilidad estructural muy duraderos, lo que les llevó a cuestionar conceptos de aceptación general, incluida la idea de que Gutenberg había provocado una revolución inminente en la industria editorial.

McKenzie intentó algo parecido pasando del análisis detallado de libros concretos al estudio del comercio de libros en Londres, que analizó haciendo un barrido por el material documental existente de los años 1644, 1668 y 1689. Investigar a esa escala requería invertir una ingente cantidad de trabajo. McKenzie combinó el análisis cuantitativo basado en su fuente principal, el catálogo abreviado de libros impresos entre 1641 y 1700 de D. G. Wing, con el análisis de todos los ejemplares que consiguió encontrar en las principales bibliotecas. Contando los pliegos de cada ejemplar, McKenzie consiguió hacer una estimación más acertada de la producción total que contabilizando únicamente los títulos impresos, y además obtuvo una visión del panorama literario desde la perspectiva de la economía y de la productividad.

Wing y otras fuentes cifraban en 491 los títulos impresos en el año 1668; McKenzie examinó 458 de ellos. No pudo hacer una descripción analítica de cada uno, pero su ojo experto detectó todo tipo de tendencias y peculiaridades. El nombre del impresor no aparecía más que en la mitad de las portadas. Las reimpresiones suponían casi un tercio de la producción total, y sólo en 52 libros constaba alguna forma de licencia o permiso oficial de publicación, a pesar de lo estipulado en el *Licensing Act* («Ley de licencias») de 1662. El objetivo principal de los libreros era proteger sus derechos de autor y para ello formaban «alianzas» informales entre ellos como, por ejemplo, acuerdos para la comercialización y la venta. Parecía que los impresores y los libreros gestionaban sus negocios sin prestar demasiada atención a la política y sin grandes deseos de innovar.

Incluso en los tiempos de revolución primaron los intereses comerciales de corte conservador. McKenzie analizó casi todo lo

publicado en 1644, cuando la Guerra Civil inglesa se encontraba en su apogeo, y descubrió una sorprendente continuidad en la producción total. Rechazó la tesis de Christopher Hill y Keith Thomas según la cual a comienzos de la década de 1640 había tenido lugar una explosión de literatura política como consecuencia de la libertad de prensa. McKenzie sostuvo que ni el final del control estatal en 1641, ni su restauración en 1643 tuvieron un impacto relevante sobre el comercio de libros, ya que los comerciantes de libros continuaron persiguiendo la obtención de beneficios como siempre lo habían hecho, y sin preocuparse de los cambios en las leyes. Incluso la *Areopagitica* de Milton, que habitualmente se ensalza como manifiesto por la prensa libre, no fue una protesta contra la Ley de licencias de 1643, sino más bien una respuesta al acoso que Milton sufría a raíz de sus tratados sobre el divorcio.

Cuando la revolución de 1688 cambió las reglas del juego y en 1695 cesó la censura previa a la publicación, McKenzie interpretó que una vez más la continuidad y los intereses económicos prevalecían sobre el triunfo de la libertad. La Stationers Company perdió el monopolio sobre el comercio de libros, pero sus miembros siguieron dominando este negocio mediante alianzas denominadas «congrios»*. También los autores se mantuvieron al margen de los cambios del clima político a la hora de presentarse abiertamente ante el público dejando que sus nombres figuraran en las portadas. En 1644, sólo el 40% de los libros tenía en su portada el nombre del autor, y en 1668, el 43%. Tanto en Inglaterra como en Francia, los estudios cuantitativos produjeron resultados inesperados: las tendencias económicas de largo plazo parecían pesar bastante más que los cambios políticos coyunturales.

McKenzie era el único bibliógrafo capaz de desafiar las opiniones establecidas porque trabajaba en dos registros, la bibliografía enu-

* En referencia al congrio, una especie de anguila grande que se come a los peces más pequeños. Véase: «Ballad Creation and Circulation: Congers and Mongers», de Kris McAbee and Jessica C. Murphy, en http://ebba.english.ucsb.edu/page/ballad-creation-circulation. (N. del T.)

merativa y el análisis bibliográfico. Pero no fue suya la última palabra. Tampoco lo hubiera querido. Dos libros publicados después del fallecimiento de McKenzie, en marzo de 1999, nos dan la medida de sus méritos y de cómo su trabajo abrió un camino que otros pudieron continuar. El primero, titulado *Making Meaning. «Printers of the Mind» and Other Essays* (Fabricando sentido. «Los impresores mentales» y otros ensayos), editado por dos antiguos alumnos suyos, Peter D. McDonald y Michael F. Suarez, S. J., reúne los mejores ensayos de McKenzie en un solo volumen ingeniosamente estructurado por temas y con una introducción que realza la originalidad de los textos. Estos ensayos muestran cómo trabajaba la mente de McKenzie: desmontando *idées fixes* y extrayendo nuevas ideas del material más intratable. También plantean la cuestión de la importancia de la bibliografía más allá de la crítica textual, donde tiene su origen.

El segundo libro, *Books & Bibliography: Essays in Commemoration of Don McKenzie* (Los libros y el análisis bibliográfico. Ensayos en memoria de Don McKenzie), muestra cómo aborda la cuestión la última generación de bibliógrafos e investigadores de la historia de los libros. En él, los autores persiguen las liebres que McKenzie había estado levantando durante los últimos treinta años. Indagan a fondo las imprentas del siglo XIX, analizan la interacción entre los medios de comunicación orales e impresos, y estudian la transmisión de «textos» en su sentido más amplio, incluida la música, la fotografía y la arquitectura. McKenzie nos enseñó que la bibliografía puede ir más allá de los libros. Siguiendo su estela, sus sucesores nos han demostrado que abre una vía para comprender la reproducción de todo tipo de formas culturales, siempre que permitan una descripción rigurosa.

Mientras, los historiadores de los libros han seguido penetrando en misterios que se remontan a Gutenberg. En el año 2000, cuando se conmemoró el sexto centenario de su nacimiento –esto es, su nacimiento putativo en 1400, porque sabemos aún menos de Gutenberg que lo poco que sabemos de Shakespeare–, una avalancha de publicaciones atestiguó la vitalidad de los estudios bibliográficos. Utilizando nuevas técnicas de análisis del papel, la tinta y

los tipos, expertos como Paul Needham, Richard Schwab y Blaise Agüera y Arcas han transformado nuestros conocimientos sobre cómo fueron producidos los primeros libros impresos. En 1991, la Biblioteca Folger organizó una exposición de sus tesoros acompañada de la publicación de un breve volumen, *The First Folio of Shakespeare*, de Peter Blayney. En él explicaba la exposición y sintetizaba el estado actual de los conocimientos sobre Shakespeare en un lenguaje perfectamente comprensible para un lego en la materia. Blayney demostró que la bibliografía seguía muy viva y que era capaz de comunicar con el público.

En retrospectiva, parece claro que las disputas sobre los límites del análisis bibliográfico de la década de 1970 no causaron daño a esta disciplina académica, y que los bibliógrafos tienen mucho que ganar si se asocian con los historiadores en un esfuerzo común por superar los límites de sus respectivas disciplinas. Los problemas que es hoy necesario resolver van mucho más allá de Shakespeare. Aparecen en todo tipo de sistemas de comunicación, incluido Internet, donde los textos digitalizados son separados de su anclaje en los libros impresos, y las huellas de los mensajes de correo electrónico se evaporan con facilidad. Estos son los problemas que fascinaban a McKenzie cuando falleció, demasiado joven, en 1999. McKenzie no socavó la bibliografía, todo lo contrario. Sus herejías le insuflaron nueva vida.

10. LOS MISTERIOS DE LA LECTURA

Hubo un tiempo en que los lectores tenían cuadernos de extractos y citas. Cuando daban con un párrafo sustancioso, lo copiaban en un cuaderno bajo un epígrafe apropiado y añadían observaciones sacadas de su vida cotidiana. Erasmo les enseñaba cómo hacerlo, y si no podían acceder a su *De Copia* consultaban modelos impresos o al maestro local. En la Inglaterra de la Edad Moderna esta práctica se difundió por todas partes, entre los lectores más comunes y entre los escritores famosos, como Francis Bacon, Ben Johnson, John Milton y John Locke. Implicaba una cierta manera de entender la palabra impresa. A diferencia de los lectores modernos, que siguen el fluir de la narración desde el principio al final (a menos que sean nativos digitales y se muevan a golpe de ratón a través de los textos en máquinas), los ingleses de principios de la Edad Moderna leían a trompicones y saltando de un libro a otro. Rompían los textos en fragmentos y los recomponían, formando dibujos nuevos al pasarlos a las distintas secciones de sus cuadernos de notas. Más tarde releían lo que habían copiado y lo reordenaban, a la vez que iban añadiendo nuevos extractos. La lectura y la escritura eran, por lo tanto, actividades inseparables. Eran parte de un esfuerzo sostenido por entender las cosas, porque el mundo estaba lleno de signos: la lectura podía guiarte a través de él, y si llevabas un registro de lo que habías leído creabas tu propio libro, un libro marcado por tu personalidad.

La era del cuaderno de notas alcanzó su cenit al final del Renacimiento, aunque el hábito de copiar extractos de libros seguramente se remontase al siglo XII y siguiese estando muy difundido en la época victoriana. Desapareció mucho antes de que llegase la frase con gancho. Y sin embargo, hay lugares donde aún sobrevive. El mejor ejemplo de un cuaderno de notas del siglo XX es *Geoffrey Madan's Notebooks* (El cuaderno de notas de Geoffrey Madan), publicado por Oxford University Press en 1981. Quizá sea el último de su linaje, porque está agotado y parece que ha caído en el olvido, salvo en las salas de estar para los alumnos de los cursos superiores de algunas universidades inglesas. Pero merece ser rescatado del olvido porque es muy entretenido, sobre todo para quien esté interesado en la lectura como forma de entender el mundo.

Madan estudió en Eton y Oxford, fue herido en la Primera Guerra Mundial, sobrevivió, pero enfermó de meningitis en 1924 y pasó el resto de su vida retirado, viviendo de sus rentas privadas y observando la comedia humana desde los clubes de Londres y la mesa de profesores de los comedores de Oxford. Cuando anotaba sus observaciones seguía el principio de Erasmo, de destilar las cosas hasta llegar a su esencia y plasmarlas en cuadernos de notas, como si estuviera guardando en la bodega un vino extraordinario para degustarlo en conversaciones futuras. Tal como recomendaba Erasmo, Madan creó su propio sistema de epígrafes para clasificar su material, pero los epígrafes son los del universo de un hombre de mundo de las décadas de 1920 y 1930, más que los de un humanista cristiano del siglo XVI. «Viniana», por ejemplo, estaba dedicada al vino, una de las tres pasiones principales de Madan; las otras dos eran la plata antigua y los libros raros:

> «La reina Victoria 'refuerza' el clarete con whisky».
>
> Gladstone, carta a la Sra. Gladstone, 1864

> «Veo que ha sido educado en la mejor escuela –la escuela del oporto: y si le acepta el consejo a un anciano, bébalo siempre en copa de clarete».
>
> El Reverendo F. Bertie a Lord Emle en All Souls

«Sólo hasta la mitad, gracias». Una mujer tímida con una copa de licor de Saboya.

El gusto de Madan por las anécdotas tendía a lo incongruente, que consignaba de forma lapidaria bajo «Divertido y memorable»:

«En lugar de ser detenido, como habíamos dicho, por bajar a su esposa a patadas por la escalera y arrojarle una lámpara de queroseno encendida, el reverendo James P. Wellman murió hace cuatro años estando soltero».

De un periódico norteamericano, citado por Burne-Jones en una carta a Lady Horner

«Omlet, Omlet, dies ist dein Feyder's spooke».

Hamlet holandés

«Importante si es cierto».

Inscripción que Kinglake quería que figurase en todas las iglesias

«Académica» ofrecía una rúbrica con chistes para iniciados, ofrecidos sin adornos, con acento de Eton y Oxford:

H. M. Butler: «Cristo, en un sentido muy real, era un hombre del Trinity».

«¿Qué clase de lugar es, señor? ¿Algo al estilo de Keble?'»

El criado de Raymond Asquith de regreso a Cambridge

Hornby (director de Eton): «Preferiría que Shelley hubiera ido a Harrow».

«Belleza, ingenio y encanto» incluía las observaciones del propio Madan, junto con las de otros que sabían cómo poner el dedo en el detalle revelador o la frase impactante:

---

* Keble es un colegio de Oxford (N. del T.)

«Anotación de Gladstone (vista en el mercadillo de Roseberry) sobre el 'Nel mezzo del cammin' de Dante: 15-49 (años de edad)».

«Qué raro que llamemos al extremo de un cabo o una cadena 'el final' cuando en griego se le llama 'el principio'».

«La sonrisa de Peel: como el baño de plata en un ataúd».

O'Connell

El humor de Madan era una combinación de esnobismo y autoparodia patricia, la clase de humor que refuerza las distinciones sociales a la vez que las pone en la picota:

«Los pantalones deben temblar, pero no romper, sobre el zapato».

El sastre de Arnold Bennett

«Un caballero: superficialmente, quizás, un hombre que nunca tiene aspecto de que acaban de cortarle el pelo».

«Todo caballero deber tener tres ejemplares de un libro: uno para lucirlo (probablemente, el que tenga en su casa de campo), otro para usarlo, y un tercero para que esté a disposición de los amigos».

Richard Heber

Pero este humor tenía una cierta sorna, pues tras la carnicería que supuso la Primera Guerra Mundial, todo parecía absurdo, incluidos el patriotismo y la religión:

«Estuvimos bombardeando a los turcos desde las 9 hasta las 11, y después, como era domingo, a misa».

El comandante R. N. al Almirantazgo (1915)

«Nunca leo poesía. Podría ablandarme».

El general Hindenburg (1912)

«El Duque de Wellington desaprueba que los soldados den vivas, porque se acerca demasiado a expresar una opinión».

«La reina Victoria 'indicó abanico en alto' que cesara el sermón».

Quarterly Review, abril de 1901

Las citas y las *bon mots* fluyen sin fin y sin esfuerzo, pero en lugar de dar la impresión de ser apuntes hechos al azar, transmiten una visión ordenada del mundo, por un lado intensamente personal y, por otra, llena del sabor de la época. El libro de notas de Madan combina el preciosismo eduardiano con la lucidez de la posguerra, y lo hace sin explicar ni exponer nada, meramente yuxtaponiendo comentarios filtrados de lecturas y conversaciones.

¿Por qué detenerse en el arcano y olvidado libro? Porque muestra cómo un género arcaico puede utilizarse para imponer un orden a la experiencia en los tiempos modernos. Los libros de notas servían mucho mejor para ello hace varios siglos, cuando eran una herramienta habitual de los lectores. Al estudiarlos, los historiadores y los investigadores de la literatura han conseguido entender mejor la lectura como práctica cultural específica y como forma generalizada de dar sentido al mundo. Pero es un asunto lleno de trampas, sobre todo cuando el investigador pasa de preguntarse sobre quiénes eran los lectores y qué leían, a hacerlo sobre los problemas relacionados con la manera de entender los libros.

Thomas Jefferson es un buen ejemplo. Cuando su libro de notas se publicó por primera vez en 1928, el editor, Gilbert Chinard, proclamó que sería la clave para acceder tanto a la impenetrable personalidad de Jefferson como a su visión del mundo. Esta visión acabaría convirtiéndose en el epítome de la Ilustración americana, pero en cuanto serie de extractos de las lecturas del joven

Jefferson, ofrecía un aspecto un tanto extraño. Entre los 15 y los 30 años de edad copiaba los extractos en hojas dobladas de papel vulgar. Mediados los años treinta, seleccionó las que deseaba conservar y encargó que las encuadernaran en un volumen de 123 hojas que siguió consultando y citando toda su vida, a pesar de no añadir ni un párrafo más.

Es un libro de extractos «literario», al contrario del libro de extractos «legal» que usaba como abogado. De sus 407 entradas, 339 son citas de poesía, entre ellas 14 de Osián, el bardo pseudocelta invención de James Macpherson y considerado por Jefferson «el mayor poeta que ha existido jamás». Jefferson no tenía buena opinión de las novelas y sólo cita una, *Tristram Shandy*. Prefería la típica lectura de los clásicos, que había estudiado en el colegio con el reverendo James Maury y más tarde cuando estudiaba en la Universidad William and Mary: Homero, Eurípides, Horacio, Virgilio y Ovidio, pero no así Platón, a quien despreciaba. Su Cicerón era el sombrío moralista de las *Disputaciones Tusculanas*, más que el orador. Entre los poetas británicos incluyó a favoritos de la época, como Edward Young y James Thompson, así como a Shakespeare, Milton y Pope. Pero su selección de poesías resultó menos predecible que su selección de poetas. Por ejemplo, trató el *Hudibras*, poema falsamente heroico de Samuel Butler, como si fuera una fuente de solemnes preceptos morales, al contrario de otros virginianos, que usaban el poema para burlarse del puritanismo yanqui. De hecho, no muestra ni el más mínimo rastro de sentido del humor en todo el cuaderno. Nada más alejado del mundo de Geoffrey Madan –a pesar de que Madan estuviera más formado en los clásicos.

«El mundo perdido de Thomas Jefferson», como lo llamó Daniel Boorstin, era un lugar serio, saturado de filosofía de la Ilustración, pero en el cuaderno de notas aparecen pocos filósofos, quizá porque Jefferson lo utilizaba principalmente como registro de sus lecturas favoritas de los clásicos y la literatura. Henry Saint-John, vizconde de Bolingbroke, es la excepción, pues suyo es el 40% del material que Jefferson seleccionó para la versión final que hizo encuadernar en la década de 1780. Admiraba a Bolingbroke en cuanto atrevido comentarista de la Biblia y copiaba pasajes como el siguiente, que

citamos tal como Jefferson lo consignó: «Hay grandes defectos y falsedades palpables en casi todas las páginas de las Escrituras, y su tenor es tal, que nadie que acepte la existencia de un ser supremo perfecto puede creer que sean palabras suyas». Bolingbroke es la fuente del famoso consejo que Jefferson dio a su sobrino, Peter Carr: «Asienta la razón con firmeza, y cita ante su tribunal todo hecho, toda opinión... Lee la Biblia como si leyeras a Livio o a Tácito».

Puede que suene tranquilizador por lo familiar: de joven soltero, el Padre Fundador era un racionalista laico. ¿Pero cómo entender los pasajes de Milton seleccionados por Jefferson, como por ejemplo el lamento de Adán de *El paraíso perdido*?

> «De mi izquierdo costado separada
> Ojalá por superflua desechada
> O sabio Criador por qué llenando
> De varones espíritus el cielo
> Criar al fin te plugo sobre el suelo
> La fatal novedad de esta hermosura
> De este bello defecto de natura
> Por qué la tierra a un tiempo no poblaste
> De hombres solos o medio no encontraste
> Para que sin mujeres propagasen
> Tal desventura entonces no ocurriera
> Ni de futuros males
> La mujer fuera causa a los mortales lisonjera*».

¿Por qué seleccionaría el joven Jefferson este pasaje, uno de los más infames de la historia de la misoginia? ¿Y por qué elegiría otro igualmente condenatorio del *Samson Agonistes*?

> «Por ello la ley universal divina
> Dio al hombre despótico poder

---

* John Milton, *El paraíso perdido, poema inglés traducido al castellano por el excelentísimo señor TM Benito Ramón de Hermida y dado a luz por su hija la Marquesa de Santa Coloma*, Imprenta de Ibarra, Madrid, 1814. (N. del T.)

Sobre su hembra, sumisa,
Y de esta ley no le aparten ni una hora
Las sonrisas de ella ni sus quejas
Así atraerá menos confusión
Sobre su vida entera, sin sufrir
Usurpación femenina,
Vacilaciones ni desmayo».

Douglas Wilson, autor de la más reciente edición académica del cuaderno de notas, tiene una posible respuesta. Jefferson copió éste y otros pasajes igualmente desconcertantes –airadas descripciones de rebeliones, morbosas descripciones de la muerte– durante una época de desorden emocional. Consignó sus primeros extractos al poco de morir su padre, cuando tenía 14 años, y los siguientes de adolescente, cuando tuvo dificultades para amoldarse al gobierno de la casa ejercido por su madre. Las referencias hostiles a las mujeres coinciden con su prolongada soltería, y finalizan cuando contrae –feliz– matrimonio con Martha Wayles Skelton en 1772. Más o menos sobre aquella época, Jefferson dejó de anotar extractos. Embarcado en su carrera como abogado y político, dejó de leer poesía y cerró el libro de sus tempranas emociones, aunque siguió abriéndolo, consultándolo y citándolo en varias ocasiones durante el resto de su vida.

Esta interpretación no convence a Kenneth Lockridge. En una monografía iconoclasta y fascinante por su originalidad, publicada en 1992, trataba el cuaderno de notas de Jefferson como uno de los grandes manifiestos de la misoginia de la Virginia del siglo XVIII. El otro es el cuaderno de extractos de William Byrd III, una colección de anécdotas sobre mujeres voraces y hombres incapaces, entreverada de folclore sexual. Por ejemplo:

«Al ser Popilia interrogada por una persona muy curiosa de su mismo sexo sobre por qué las bestias nunca aceptaban a un macho a partir de que hubieran concebido por primera vez, respondió, haciendo gala de su auténtico espíritu de mujer, que era porque al ser bestias eran ignorantes».

«Las mujeres estériles por lo general son más lascivas que las fértiles debido al calor del útero, que con frecuencia es la causa de la esterilidad, al tiempo que fomenta el desenfreno».

«Para conseguir una erección es muy útil frotar el pene con aceite de lavanda: pero una bebida utilizada en Provenza llamada Sambajeu cumple este propósito mucho mejor; es una mezcla de vino, yema de huevo, azafrán, azúcar y macis; se puede hervir todo junto o beber crudo con glorioso éxito».

Byrd es un blanco fácil. Lockridge lo describe como alguien repugnante: un patriarca impotente que descargaba la ira que sentía por sus fracasos sexuales, sociales y políticos en las mujeres. ¿Pero Thomas Jefferson? Según Lockridge, llevó la «ira patriarcal» más lejos aún. Es cierto que Jefferson no acompañaba las citas de su cuaderno de notas con comentarios personales. Pero al seleccionar de entre la infinita variedad de literatura que tenía a su disposición comentarios sobre mujeres de hostilidad egregia, inyectó tanto miedo y asco a su imagen de la guerra entre los sexos que, en opinión de Lockridge, esto sería expresión de un rasgo patológico de su psique y su cultura que «ve todo en términos de género».

Para apoyar su tesis, Lockridge cita la relación supuestamente difícil de Jefferson con su madre, que se hizo cargo del patrimonio patriarcal tras la muerte de su padre. Sostiene que Jefferson escogió con Martha Wayles una compañera especialmente sumisa, y rehuyó el compromiso emocional con mujeres tras la muerte de ésta. En lugar de volver a casarse, diseñó Monticello como «el pabellón del hombre soltero», suprimiendo el espacio para la familia. Y cuando hacía sitio a la vida familiar, ésta tomaba la forma de imperativos paternos que revelaban sus angustias latentes. De ahí su admonición sobre el aseo a su hija Martha, de once años: «Algunas damas piensan que al amparo del privilegio del *dishabillé* pueden relajarse y descuidar su atuendo por las mañanas. Pero que tu vestimenta, desde que el momento en que te levantas hasta que te

acuestas, esté tan limpia y sea tan apropiada como en las comidas y a la hora del té».

Para ser una prueba, es bastante circunstancial; y además ya nos suena de la larga serie de psico-biografías que pretenden penetrar en el alma de los muertos leyendo los detalles domésticos como si fueran los posos del café. La mayoría de los investigadores seguramente prefieran hechos más contundentes, como el ADN que relaciona a Jefferson con Sally Hemings (que no aparece en la tesis de Lockridge aunque podría encajar en ella). Sin embargo, la lectura que Lockridge hace del libro de notas de Jefferson es un irresistible reto a la sabiduría convencional. Lo trata como si fuera un *test* de Rorschach, invocando a Foucault más que a Freud. Así, se supone que los recortes y fragmentos de literatura reunidos por Jefferson operan como un campo epistemológico: las relaciones y los espacios entre ellos sugieren un proceso de ordenación inconsciente. El sentimiento de horror frente a la sexualidad femenina se conjuga con el miedo a la insuficiencia masculina, la angustia producida por el patriarcado, el horror al desorden, la obsesión con la muerte.

Para hacer justicia a la argumentación, habría que leer todas las entradas del libro de notas, fijándonos en las afinidades subyacentes que dan unidad al conjunto. Lockridge descubre una pauta, aunque no pueda hacer encajar en ella las excepciones, como por ejemplo este pasaje de *Venice Preserved* de Thomas Otway:

> «¿Puede en las mujeres haber tan gloriosa fe?
> Seguro que las malvadas historias de tu sexo son falsas.
> ¡Oh mujer! ¡Mujer hermosa! La naturaleza te ha creado
> Para templar al hombre: sin vosotras éramos bestias
> Se pintan hermosos los ángeles para que se os parezcan
> En vosotras hay todo lo que imaginamos es el cielo
> Luminosidad asombrosa, pureza y verdad,
> Júbilo y amor eternos».

Tanto si aceptamos las conclusiones de Lockridge como si no, nos ha mostrado que el mundo perdido de Thomas Jefferson no era ese orden feliz y racional que imaginaran sus biógrafos anteriores. Y lo

que es aún más importante: ha demostrado que es posible estudiar los cuadernos de notas como si fueran cosmologías.

Si buscamos un estudio aún más exhaustivo y una veta más rica de extractos, podemos ir al nuevo libro de Kevin Sharpe sobre William Drake, un lector voraz que jugó un minúsculo papel en los conflictos que convulsionaron Inglaterra de 1640 a 1660. No había nada que distinguiera a Drake de otros terratenientes de su época, excepto su amor a los libros. Recibió una educación convencional en Oxford, durante un tiempo estudió Derecho en Londres, se ocupó de sus tierras en Buckinghamshire y consiguió un escaño en el Parlamento en 1640.

Como tantos otros miembros del Parlamento, Drake evitó tomar partido cuando Inglaterra iba deslizándose hacia la guerra civil. En 1641 publicó un discurso abogando tanto por la celebración de frecuentes sesiones parlamentarias, como por un poder ejecutivo fuerte. En 1642 aportó 200 libras para el mantenimiento de los caballos tanto en las fuerzas del Parlamento como de la Corona. En 1643, mientras se libraban encarnizadas batallas, se marchó al Continente y allí se quedó, salvo por alguna que otra breve visita a Inglaterra, hasta la Restauración. Volvió a ocupar su escaño en el Parlamento como partidario de Carlos II en 1660 y lo mantuvo hasta su muerte en 1669. Fue un superviviente, más que un hombre de acción, un observador que vigilaba el desarrollo político desde una segura distancia, un diputado sin cartera que se mantenía en segunda fila.

A pesar de que Drake no participara en los grandes acontecimientos de mediados de siglo, los siguió atentamente a través de la prensa, y empalmaba la información que entresacaba de panfletos y carteles con extractos de sus amplias lecturas de historia y de filosofía. Todo ello acababa en cuadernos de extractos: 15 entre 1627 y mediados de los años 1640, y 22 desde mediados de 1640 hasta finales de los años 1650. Otros 17 volúmenes contienen una miscelánea de notas y cartas. Se pueden complementar con un diario político en un solo volumen, con entradas de 1631 a 1642, y los libros de su biblioteca, que contienen extensas anotaciones. En con-

junto, estas fuentes ofrecen el más rico botín de materiales sobre un lector y sus lecturas que existe en el mundo.

Sin embargo, por desgracia, Drake rara vez comentaba acontecimientos, seguramente porque no quisiera ponerse en un compromiso. Su diario decepcionará a quien quiera seguir las reacciones a la revolución de un diputado sin cartera, y no es posible fechar con precisión las entradas de su cuaderno de extractos. No obstante, muestran cómo entendía la lectura y hacía uso de ella. He aquí unos ejemplos:

> «La carne que hemos tomado, mientras flote entera en nuestro estómago, es una carga, pero cuando deja de ser lo que era, acaba convirtiéndose en fuerza y alimento. Hagamos lo mismo cuando leamos un libro. No consintamos que las cosas que hemos recogido de varios autores permanezcan enteras, pues entonces no serán nuestras; antes bien, esforcémonos por digerirlas y mezclarlas; si no, llenarán la memoria y dejarán el entendimiento nulo y vacío».

> «Procura no estudiar demasiados libros eruditos porque distraen de los negocios, ocupan demasiada memoria y te mantienen alejado de cosas más útiles».

> «Para obtener sabiduría no hay nada más efectivo que la lectura frecuente de apotegmas, proverbios, fábulas prudentes, discursos sabios... emblemas, estratagemas, juicios y frases formuladas en distintos momentos de la historia».

Drake entendía la lectura como un proceso de digestión mediante el que extraía la esencia de los libros para hacerla suya. Le gustaban los textos del tamaño de un bocado, que podían servir para aplicarlos a la vida diaria. La lectura no debía tener como objetivo la erudición; debía ayudar a un hombre a abrirse camino en el mundo, y sus porciones más útiles venían en forma de proverbios,

fábulas, e incluso lemas escritos en los libros de emblemas. Esta forma de leer pertenece a un universo muy alejado del nuestro, aunque también nosotros podemos leer con fines utilitarios. Lo extraño de la mentalidad de Drake se ve claramente en los ejemplos de sabiduría proverbial que copió en sus cuadernos de notas:

> «Elige un caballo hecho y una mujer por hacer».
>
> «Un hombre nunca debe alabar ni su mujer, ni su vino o su caballo, pues provoca la tentación de que se los pidan prestados».
>
> «El disimulo es tan beneficioso... como los conservantes en un purgante».
>
> «Cuando un hombre hace un amigo, su provecho se acaba».

Naturalmente, los proverbios pueden interpretarse de mil maneras, y no hay una forma obvia de hacer encajar los cientos de extractos de los cuadernos de Drake dentro de una sola interpretación que los unifique. Pero puede ayudarnos un estudio sobre un material similar realizado por Lisa Jardine y Anthony Grafton. Publicaron un análisis brillante y original de las anotaciones al margen de Gabriel Harvey, abogado y secretario del Earl de Leicester en la Inglaterra isabelina. Harvey estuvo leyendo y releyendo una edición de 1555 de la *Historia de Roma* de Livio durante 22 años, dejando tras de sí un reguero de anotaciones que muchas veces es posible relacionar con acontecimientos contemporáneos. De hecho, llenó los márgenes con tantas alusiones y referencias cruzadas, que los convirtió en una especie de palimpsesto o un cuaderno de notas dentro de un libro. Muestran que Harvey nunca leyó el libro de Livio de cabo a rabo, ni en solitario. En lugar de ello, seleccionaba pasajes apropiados a las exigencias del momento y los reunía para utilizarlos, junto con extractos de otros clásicos, como munición en las batallas retóricas o como consejos para clientes potenciales. El

combate real tenía lugar por encima de su cabeza, en las misiones diplomáticas o los juegos de poder en la corte. Harvey simplemente hacía de proveedor de munición, con la esperanza de que alguno de sus clientes hiciera un pleno y le premiara con una promoción. La cultura clásica formaba parte de los avatares de la política de los Tudor y los Estuardo, y Harvey no la leía para refinar sus conocimientos sino para medrar en la vida.

Cuando Kevin Sharpe emprendió la tarea de encontrar la lógica subyacente a los cuadernos de apuntes de Drake, detectó la misma cultura política clásica que Grafton y Jardine habían descubierto entre las líneas y en los márgenes del libro de Livio de Harvey. Drake y Harvey recurrían a las mismas fuentes y les daban el mismo sesgo: hacia la acción más que hacia la contemplación; hacia la obtención de éxitos mundanos antes que de sabiduría espiritual. Este carácter traslucía en las glosas y las referencias cruzadas. Al igual que Harvey, Drake citaba a Livio constantemente. También citaba a Maquiavelo y las citas de Livio de Maquiavelo. Después reordenaba las citas, añadía a otros autores e incorporaba alusiones a la historia reciente o antigua. Del latín al italiano o al inglés, de la Roma antigua hasta la Inglaterra de los Estuardo, pasando por la Florencia del Renacimiento, todo se refractaba en todo lo demás; y sin embargo funcionaba como una visión unificada del mundo gracias a un principio que lo ordenaba: un maquiavelismo improvisado y *amateur*.

Drake cita a Maquiavelo más que a ningún otro autor, pero no respondió a los aspectos patrióticos y republicanos de sus escritos. Simplemente los peinaba en busca de adagios que pudieran serle útiles en su esfuerzo por mejorar su vida mientras a su alrededor la monarquía de los Estuardo se iba desintegrando. El rasgo más sorprendente de su selección es su carácter mundano. Mientras sus compatriotas se mataban a causa de sus disputas sobre el Libro de Oración Común, la legitimidad de los obispos y el significado de los sacramentos, Drake sólo veía luchas de poder. No da ni la más leve indicación de que sintiese simpatía por la noción convencional de que Inglaterra es y debe ser una mancomunidad cristiana. Le preocupaban los abusos de la prerrogativa real en la década de 1630 y la necesidad de reforzarla después de 1642, pero no menciona el ingre-

diente espiritual de la autoridad del rey. Incluso interpretaba la Biblia como una colección de cuentos para ponerte en guardia sobre posibles formas de fastidiar y ser fastidiado por el prójimo, y ponía en relación textos de los Evangelios con citas de Maquiavelo y Guicciardini, dos autores a cual más mundano.

Cuando Drake daba con temas como el amor o la amistad, los glosaba con espíritu igualmente cínico:

> «El amor suele enredar la vida».
>
> «Nunca te acostumbres demasiado a nadie; quizá tengas menos alegrías, pero de seguro tendrás menos penas».

Superó a Jefferson en su visión negativa de las mujeres:

> «La mujer es una criatura imperfecta... una criatura ingobernable, infiel, cambiante, cruel y esclava de mil pasiones».
>
> «Muchas veces nuestro lecho nupcial se convierte en nuestro lecho de muerte».

Con independencia de que Drake creyera realmente que Eros sería engullido por Thanatos, nunca se casó. Esperó con impaciencia la muerte de su padre, cuando heredaría las tierras de la familia, y parece que se llevaba mal con sus parientes. En la vida social se esforzó por disimular sus sentimientos y por evitar las amistades íntimas. A su alrededor veía un mundo lleno de artería y engaño, donde todos perseguían sus propios intereses, por mucho que proclamasen a voces su lealtad a una causa. La vida era una guerra de todos contra todos; la política, el imperio del más fuerte; la historia, un movimiento cíclico de salida y entrada en el caos:

> «Hay una guerra intestina secreta entre los hombres».
>
> «El fuerte impone su ley al débil».

«Todas las cosas se deshacen y vuelven a la anarquía y confusión».

Su cinismo es tan profundo que Drake parece haber amalgamado a Maquiavelo con Hobbes.

Esta es la interpretación de Kevin Sharpe. La desarrolla, inasequible al desaliento, a lo largo de cientos de páginas de citas sibilinas, a través de fuentes manuscritas muy dispersas, de historias y fábulas, de refranes y libros de emblemas, y vuelta a empezar, trazando un vertiginoso círculo hermenéutico. Es un *tour de force*, pero ¿es cierto?

Según Sharpe, «Drake es aún más maquiavélico que el viejo Nicolás», y fue un hobbesiano antes de haber leído a Hobbes. Pero esto plantea un problema, porque Drake sólo ensamblaba citas mientras que Maquiavelo y Hobbes escribieron tratados sistemáticos. Hobbes fundó su teoría política en una filosofía materialista meticulosamente construida. Y Maquiavelo no se limitaba a tratar la política como un juego de poder: en las luchas por el poder veía la actuación de principios, sobre todo la *virtù*, esto es, una virtud patriótica como el espíritu cívico que, tenía la esperanza, salvaría la república florentina.

Por contra, la colección de proverbios cínicos y aforismos seculares de Drake no parecen representar más que el desencanto por la política como lucha de poder.

Aún así, Sharpe insiste en que Drake «creó un sistema intelectual», «una teoría del todo maquiavélica» construida con sólido material hobbesiano, que atribuía a la política el papel de «nueva cultura intelectual y política». Drake forjó un nuevo sentido del yo, de hecho, una nueva visión del mundo, que transformó el paisaje mental de la Inglaterra de la primera modernidad, incluso aunque nunca hubiera expuesto ideas propias. ¿Cómo lo hizo? Leyendo. Según Sharpe, el viaje de Drake a través de los libros se puede asimilar al paso de Inglaterra por el siglo XVII.

Por muy extravagante que sea, la proposición merece ser tomada en serio. Drake leía con sentido crítico, entresacando pasajes y empalmándolos de manera que establecieran pautas que expresa-

ran una mirada al mundo intensamente personal. Leía sin tener en cuenta una autoridad superior, ni a la Iglesia ni al Estado, y así ejercitaba su propio juicio como individuo autónomo. Sus cuadernos de notas llevan el sello de ese conocimiento. En un siglo de fervor religioso y político expresaban actitudes que emergerían un siglo más tarde, en la era de la Ilustración: individualismo, escepticismo, secularismo, utilitarismo, racionalismo, así como ideas religiosas rayanas en el deísmo.

Habiéndose sumergido en las lecturas de Drake, Sharpe puede aportar pruebas de sobra para conectar esa serie de «ismos» a un modelo de cultura implícito en los libros de notas. Pero cuestiona el propio concepto de prueba. Le huele a positivismo, una forma de argumentación histórica que, afirma, ha llevado el estudio de la historia británica a un callejón sin salida.

Para cimentar esta acusación, Sharpe comienza su libro con un discurso sobre el método y una mirada de la historiografía. Repasa los grandes debates que han dividido a los historiadores de la Inglaterra del siglo XVII durante los últimos 50 años, subrayando la oposición entre la «vieja guardia» de historiadores sociales como Lawrence Stone y Christopher Hill, y los «revisionistas» como Conrad Russell y él mismo. Según él, los revisionistas han pulverizado la noción de la vieja guardia de que la guerra civil inglesa fue en realidad una revolución encendida por el conflicto social y la división ideológica. Han demostrado lo contrario: la monarquía se derrumbó como una consecuencia no intencionada de las luchas intestinas de una élite política que compartía un consenso fundamental sobre la política y la religión. Sin embargo, una vez derrotados sus mayores y ocupado el terreno central en las batallas historiográficas, los revisionistas tuvieron que enfrentarse al problema de qué hacer ahora. Un recuento infinitamente detallado de acontecimientos políticos no conduciría a ninguna parte. Pero si siguen a Sharpe, pueden encontrar el único camino que les saque del «post-revisionismo», esto es, el posmodernismo, o el gran salto a la teoría.

Cuando dice teoría, Sharpe se refiere a una amalgama de la obra de Michel Foucault, Jacques Derrida, Jacques Lacan, Ferdinand de Saussure, Mijáil Bakhtin, Pierre Bourdieu, Roland Bar-

thes, Hayden White, Clifford Geertz, Quentin Skinner, John Pocock, Hans Robert Jauss, Wolfgang Iser, Stanley Fish, Stephen Greenblatt, y los demás sospechosos habituales. Sostiene que conforman una galería de desconocidos para los historiadores de principios de la Edad Moderna temprana, algo un tanto extraño si tenemos en cuenta que los ensayos eruditos de los últimos treinta años están saturados de referencias a estos autores. Aún más extraña resulta su idea de que la «teoría» es un todo coherente, algo que pudiera utilizarse para rescatar a los historiadores varados en el positivismo:

> «Quiero proponer que los temas y las cuestiones planteadas por la teoría, así como algunos de los métodos que propugna, podrían ayudar a quienes estudian el Renacimiento y los inicios de la Edad Moderna a re-imaginar una cultura renacentista que no comparta el positivismo ni la "ideología organicista de la modernidad"...».

Parece dudoso que al invocar «las pruebas» y «los hechos» la generación anterior se haya abonado a una variante irreflexiva del positivismo. Y parece poco probable que pueda salvarse a sus sucesores de futuros naufragios mediante prolegómenos autorreflexivos sobre el método y la teoría. La versión triunfalista de Sharpe de los debates históricos y sus proclamas de originalidad, de seguro alejarán a muchos lectores. Pero esto sería una pena, porque ha examinado una enorme cantidad de material poco conocido y ha llegado a algunas conclusiones que son del todo novedosas.

Creo que tiene razón cuando trata los cuadernos de notas como yacimientos que merece la pena excavar porque ofrecen información sobre el pensamiento de las personas en una cultura basada en presunciones muy distintas de las nuestras. Al seleccionar y ordenar los fragmentos de un ilimitado fondo de literatura, los ingleses de principios de la Edad Moderna dieron rienda suelta a un proceso semiconsciente de ordenación de la experiencia. Las afinidades electivas que dan unidad a su selección a través de la formación de pautas revelan que, bajo la superficie, actúa una epistemología. La investigación convencional no detecta este tipo de fenómenos

y no pueden entenderse sin recurrir hasta cierto punto a la teoría. Seguramente sea Foucault quien ofrezca el planteamiento teórico más útil. Su «arqueología del conocimiento» propone una forma de estudiar textos como lugares que muestran señales de actividad epistemológica y tiene la ventaja de hacer justicia a la dimensión social del pensamiento.

Esta dimensión puede al menos divisarse, gracias a otros análisis de los cuadernos de notas y de las notas al margen. Sharpe las examina todas y extrae el material suficiente para poder indicar algunas similitudes subyacentes al ejercicio de la lectura de los ingleses de la primera Edad Moderna. Tenían opiniones muy variadas y leían todo tipo de libros. Pero todos leían de la misma manera: de forma segmentada, concentrándose en pequeños trocitos de texto y saltando de libro en libro, más que de forma secuenciada, como lo harían los lectores un siglo después, cuando surgió la novela y alentó el hábito de leer los libros de cabo a rabo. La lectura segmentada obligaba a los lectores a leer de forma activa, a ejercer el juicio crítico y a superponer pautas propias a su material de lectura. Éste también era adaptado para ser «leído para la acción», una modalidad apropiada para hombres como Drake, Harvey, John Dee, John Rous, Sir Robert Cotton, Edward Hyde y otros de sus contemporáneos, que consultaban los libros para encontrar apoyo en tiempos de inseguridad y no en busca del conocimiento en sí ni para entretenerse.

Al enfrentarse a tan cuantioso material y resumirlo de una manera tan adecuada, Sharpe ha hecho una contribución importante a la historia de la lectura. Pero quiere conseguir más: quiere demostrar que la historia de la lectura es la clave de la historia en general, o al menos de la del siglo XVII. Insiste en que para Drake y sus contemporáneos, el proceso de ordenación del material que recogían en sus libros de notas fue crucial para que consiguieran encontrar un camino a través de la política despiadada de las cortes del Renacimiento. El resultado fue una mentalidad maquiavélica. Esto no significa que toda la élite educada abrazase la misma filosofía, pero sí que todos tendiesen a leer el mundo con la misma actitud desengañada.

Asimismo, transformaban sus lecturas en escritura, pues consignar citas y extractos los convertía en autores. Les obligó a escribir sus propios libros, y al hacerlo agudizó aún más el sentido de sí mismos como individuos autónomos. El «yo» autor fue cobrando forma en el libro de notas del hombre corriente y no sólo en las obras de los grandes escritores. Es parte de la tendencia general que Stephen Greenblatt denomina «la automodelación renacentista».

Aunque este concepto haya sido explotado de forma exhaustiva por los estudiosos del Renacimiento, Sharpe intenta insuflarle nueva vida aplicándolo a la política. Al comenzar a «escribirse a sí mismo», argumenta, Drake «escribía el guión para la sociedad y el Estado». Todo el que hacía anotaciones al margen y compilaba citas «escribía el guión para una nueva cultura política». Llegados a ese punto del hilo argumental, Sharpe fuerza bastante sus metáforas. Sostiene que los ingleses «eran capaces de (...) constituirse a sí mismos como agentes políticos» a través de la lectura, tanto si leían sobre los asuntos del Estado como si no, pues la política era «un tipo de conciencia» y la psique «un texto político». «La propia guerra civil se convirtió en un texto impugnado.» Así que la lectura lo era todo: «Somos lo que leemos».

Puede que esto sea mejor que lo que proclamaba el viejo eslogan de los Verdes alemanes: «Somos lo que comemos» (*Man ist was man isst*) pero, de nuevo, ¿es cierto? A pesar de las montañas de cuadernos de notas y de volúmenes con anotaciones al margen, Drake no nos proporciona el material ideal para un estudio de caso. No puede aportar una lectura en profundidad de la política inglesa de 1643 a 1660 porque casi todo ese tiempo lo pasó en el extranjero. No hace mención de las batallas de la guerra civil, ni de los debates de Putney, ni de la purga del Parlamento de Pride, del juicio y la ejecución de Carlos I, de la subida al poder de Cromwell, de la Commonwealth, del Protectorado, ni de nada de importancia acaecido en aquellos portentosos años. En lugar de estudiar para pasar a la acción, huyó de ella y se encerró en su estudio. Puede que sus notas sobre la antigua Roma y la Florencia del Renacimiento sugieran cierta preocupación sobre los espectaculares acontecimientos allende el canal de la Mancha, pero ¿eran realmente suyas?

Sólo 15 de los 37 cuadernos de notas están escritos de su puño y letra. Puede que los demás se los haya dictado a su secretario, pero sobre la naturaleza de la autoría, si es que existe, no hay más que conjeturas. También hay que echarle mucha imaginación a la hora de interpretar las entradas de su propio puño y letra, porque ninguna está fechada. Al contrario de las anotaciones de Harvey, son una serie interminable de extractos que no es posible relacionar con nada de lo que estaba pasando en el mundo de la política.

En un intento por responder a esas objeciones, Sharpe aduce pruebas de una clase que al comienzo, en su discurso del método, había rechazado. Pero acaba haciendo referencia a la teoría de la literatura, como si ésta pudiera resolver el problema una vez agotado el rastro de papel de los archivos. Arenga al lector, declamando a Derrida y estigmatizando a Foucault. A los que ya llevamos algún tiempo en esto, puede sonarnos a que está blandiendo la Biblia.

De ser así, sería una pena, pues el meollo del libro es que Sharpe prueba la existencia de un estilo de lectura maquiavélico que tiñó la cultura política de la Inglaterra de principios de la Edad Moderna. No demuestra que fuera una filosofía, pero sí una manera de interpretar el mundo. Este maquiavelismo producto de la experiencia, callejero y visceral, reforzado en algunos aspectos con una *Realpolitik* hobbesiana vulgarizada, probablemente se difundiera desde las cortes de la Italia del siglo XV a las monarquías en proceso de centralización de Francia e Inglaterra durante los siglos XVI y XVII. En la época de Drake, los ingleses ya habían aprendido a sacar partido a los libros, al igual que habían aprendido a manejarse por los sistemas de poder. Sus lecturas complementaban la política, aunque ambas no fuesen la misma cosa.

Esto exige ser sopesado, pues la historia de la lectura se ha convertido en uno de los campos de investigación más vitales dentro de las humanidades, y, sin embargo, en su mayor parte se compone de historias de casos que no encajan en una pauta general. En lugar de compartir una visión común de las tendencias a largo plazo, los historiadores de la lectura tienden a ver su tema como una diana móvil, impulsada por el juego de opuestos binarios: la lectura pasando páginas frente a la lectura desenrollando un volumen, la lectu-

ra de un texto impreso frente a la lectura de un manuscrito, la lectura en silencio frente a la lectura en voz alta, la lectura en soledad frente a la lectura en grupo, la lectura extensiva y pasando rápidamente por una variedad de materiales, frente a la lectura intensiva, volviendo una y otra vez sobre unos pocos libros. Ahora que la investigación se dirige hacia los cuadernos de notas, podemos añadir a la lista la lectura por segmentos frente a la lectura secuenciada.

Y más importante aún: podemos prestar más atención a la lectura como un elemento de lo que solía llamarse la «historia de las mentalidades», es decir, las visiones del mundo y de las formas de pensar. Todos los que tenían cuadernos de notas, desde Drake a Madan, utilizaban la lectura como guía a través de la vida, recogiendo fragmentos de experiencias y encajándolas en una pauta. Las afinidades subyacentes que daban unidad a estas pautas representaban un intento de comprender la vida, de darle sentido, pero no a través de la elaboración de teorías sino imponiendo una forma a la materia. Llevar un cuaderno de notas era como hacer una colcha de retales: creaba dibujos, algunos más hermosos que otros, pero cada cual interesante a su manera. Revelan pautas de la cultura: las piezas que se incorporaban, los hilos que las conectaban, los desgarrones que las separaban, y el tejido del que estaban hechas todas ellas.

II. ¿CUÁL ES LA HISTORIA DE LOS LIBROS?

Este ensayo, escrito hace treinta años, es un intento de describir la historia de los libros como un nuevo campo de estudio y de apuntar cómo podrían unificarse sus diversos aspectos abordando un conjunto de planteamientos que tienen en común. Como en su día suscitó un extenso debate y fue también texto de lectura obligada en muchos cursos de la universidad, se me pidió que volviera sobre él y escribiera una continuación. «¿Cuál es la historia de los libros? Un reencuentro» se publicó en *Modern Intellectual History* (2007), vol., 4, pp. 495-508. La continuación sitúa al ensayo original en su contexto y describe trabajos posteriores, pero aquí sólo reproducimos el ensayo original[14].

«Histoire du livre» en Francia, «Geschichte des Buchwesens» en Alemania, «history of books» o «history of the book» en los países de habla inglesa, su nombre varía, pero en todos se reconoce como una disciplina nueva. Incluso podría denominarse historia cultural y social de la comunicación impresa si no sonara tan pretencioso, porque su propósito es comprender cómo se transmitieron las ideas a través de la palabra impresa y cómo el contacto con ella ha afectado al pensamiento y al comportamiento de la humanidad en los últimos 500 años. En pos del objeto de sus estudios, algunos historiadores del libro se

[14] Para no lastrar el texto con el utillaje académico, he eliminado todas las notas al pie. Pueden consultarse, al igual que el texto original del artículo «¿Cuál es la historia de los libros?», en *Daedalus* (verano 1982), pp. 65-83.

remontan incluso hasta bastante antes de la invención de los tipos móviles. Otros estudiosos de la imprenta se centran en los periódicos, los carteles y otros formatos distintos del libro. El campo puede ampliarse en muchos sentidos, pero sobre todo comprende los libros desde la época de Gutenberg, un área de investigación que en los últimos años se ha desarrollado con tanta rapidez que seguramente acabe por hacerse un hueco en el canon de las disciplinas académicas tradicionales; por ejemplo, entre la Historia de la Ciencia y la Historia del Arte.

Comoquiera que se desarrolle la historia de los libros en un futuro, su pasado es un ejemplo de cómo un área del conocimiento puede asumir una identidad académica propia. Surgió de la convergencia de varias disciplinas sobre un determinado conjunto de problemas, todos ellos relacionados con la comunicación. Estos problemas aparecieron inicialmente en ramas de la investigación separadas entre sí y en forma de preguntas concretas: ¿Cuáles eran los textos originales de Shakespeare? ¿Cuál fue el detonante de la Revolución Francesa? ¿Cuál es el nexo entre la cultura y la estratificación social? Al estudiar estas preguntas, los investigadores se encontraron con que sus caminos se cruzaban en una tierra de nadie situada en la intersección de media docena de temas. Decidieron acotar un terreno propio e invitar a historiadores, investigadores de la literatura, sociólogos, bibliotecarios y a todo el que quisiera saber algo sobre el libro en cuanto una de las fuerzas motrices de la historia. La historia de los libros empezó a tener sus propias revistas, centros de investigación, congresos y circuitos de conferencias. Se dotó tanto de un consejo de ancianos como de grupos de jóvenes rebeldes. Y aunque todavía no se haya inventado una contraseña, ni una manera especial y secreta de estrecharse la mano, ni tenga su propia población de doctores, sus adeptos se reconocen entre sí por un brillo especial en la mirada. Se deben a una causa común, a uno de los pocos sectores de las Humanidades donde hay un sentimiento de expansión y un enjambre de ideas frescas.

Es cierto que esta historia no empezó ayer. Se remonta hasta el Renacimiento, si no más allá, y comenzó en serio en el siglo XIX, cuando el estudio de los libros en cuanto objetos físicos hizo sur-

gir en Inglaterra el análisis bibliográfico. Pero hoy ha tomado un camino distinto de aquellos por donde discurre la investigación tradicional, que podemos reconstruir desde sus orígenes en el siglo XIX a través de los números atrasados de *The Library*, *Börsenblatt für den Deutschen Buchhandel* o las tesis de la Ecole des Chartres. La nueva vía nació en Francia, donde echó raíces en instituciones como la Ecole Practique des Hautes Etudes y se difundió a través de publicaciones como *L'Apparition du livre* (1958), de Lucien Fevbre y Henri-Jean Martin, y *Livre et Société dans la France du XVIII siècle* (dos volúmenes de 1965 y 1970), de un grupo de autores relacionado con la VI sección de la Ecole Practique des Hautes Etudes.

Los nuevos historiadores del libro situaron su objeto de estudio en el radio de alcance de los temas investigados por la «Escuela de *Annales*» de sociología económica. En lugar de centrarse en los matices del análisis bibliográfico, trataron de descubrir la pauta general de la producción y el consumo de libros a lo largo de periodos extensos. Compilaron estadísticas de solicitudes de *privilèges* (una especie de derechos de autor), analizaron el contenido de bibliotecas privadas y siguieron la pista a corrientes ideológicas a través de géneros literarios como la *Bibliotheque bleue* (los primitivos libros encuadernados en rústica). No les interesaban ni los libros raros ni las ediciones especiales; se concentraron en los libros corrientes porque buscaban descubrir cómo experimentaba la lectura el lector más común. Arrojaron nueva luz sobre acontecimientos tan conocidos como la Contrarreforma y la Ilustración, revelando que, en el menú literario consumido por la sociedad en su conjunto, lo tradicional superaba con creces lo vanguardista. Aunque no llegaron a establecer un conjunto de conclusiones definitivas, sí demostraron que era importante formular nuevas preguntas, usar nuevos métodos y explotar nuevas fuentes.

Su ejemplo cundió en Europa y EE.UU. reforzando tradiciones autóctonas, como los estudios sobre la recepción de la literatura en Alemania y la historia de la imprenta en Inglaterra. Unidos por su compromiso con una empresa común y animados por su entusiasmo por las nuevas ideas, los historiadores del libro empe-

zaron a reunirse, primero en cafés, más tarde en congresos. Fundaron nuevas revistas: *Publishing History, Bibliography Newsletter, Nouvelle du livre ancien, Revue française d'histoire du livre* (nueva serie), *Buchhandelsgeschichte* y *Wolfenbütteler Notizen zur Buchgeschichte*. Fundaron nuevos centros: el Institut d'Etude du Livre en París, el Arbeitskreis für Geschichte des Buchwesens en Wolfenbüttel, el Center for the Book en la Biblioteca del Congreso. Los coloquios especializados –en Ginebra, París, Boston, Worcester, Wolfenbüttel y Atenas, por nombrar sólo unos pocos celebrados en 1970– difundieron las investigaciones a escala internacional. En el breve plazo de dos décadas, la historia de los libros se había convertido en un campo de investigación rico y variado.

Y, de hecho, resultó ser tan rico que hoy, más que un campo, parece una selva tropical. Los exploradores apenas pueden abrirse paso por ella. A cada momento se enredan en un exuberante sotobosque de artículos de revistas, y las distintas disciplinas, al entrecruzarse, le hacen perder la orientación: el análisis bibliográfico les manda en una dirección, la sociología del conocimiento en otra; historia, literatura y literatura comparada acotan territorios que se solapan... Se ve acosado por las novedades –*«la nouvelle bibliographie matérielle»*, «la nueva historia literaria»– y confundido por metodologías que rivalizan entre sí y le obligan a cotejar ediciones, compilar estadísticas, descifrar leyes sobre derechos de autor, vadear a través de resmas de manuscritos, empujar la palanca de una prensa manual reconstruida y psicoanalizar los procesos mentales del lector de a pie. La historia de los libros se ha visto invadida por tantas disciplinas suplementarias, que ya es imposible apreciar su contorno original. El historiador de los libros, ¿cómo podría pasar por alto la historia de las bibliotecas, de la edición, del papel, de los tipos de imprenta, de la lectura? ¿Y cómo puede controlar las técnicas apropiadas, sobre todo si están formuladas de forma ininteligible y además en un idioma extranjero, como *Geschichte der Appellstruktur* y *Bibliométrie bibliologique*? Desde luego, basta para que uno desee retirarse a la sala de lectura de libros raros a contar filigranas.

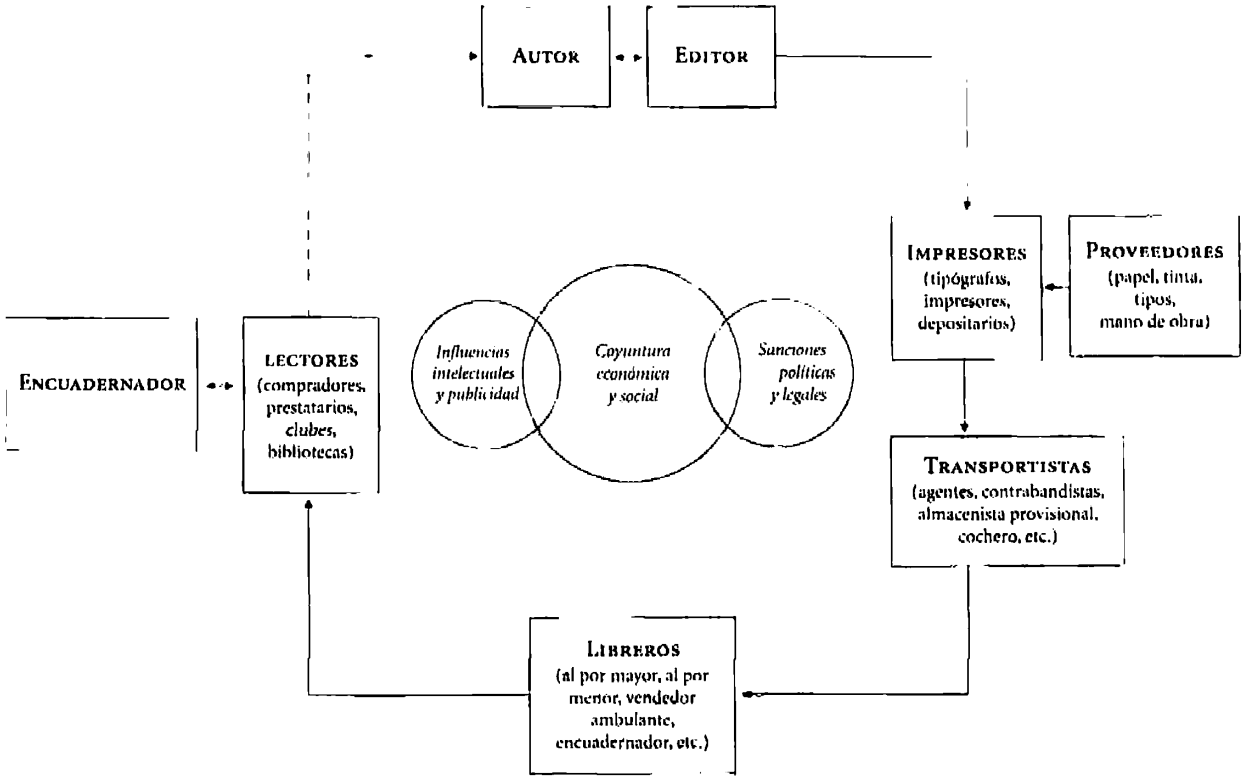
Para distanciarnos un poco de este caos interdisciplinario y apreciar nuestro objeto de estudio en su conjunto, podría resul-

tar útil un modelo general que analizase cómo surgieron los libros y se extendieron por la sociedad. Es cierto que desde la invención de los tipos móviles las condiciones varían tanto de un lugar a otro y de una época a otra que sería presuntuoso esperar que la biografía de todos los libros se adaptara al mismo patrón. Sin embargo, los libros impresos pasan, a grandes rasgos, por el mismo ciclo vital. Podría describirse como un circuito de comunicación que va del autor al editor (si no es el librero quien asume este papel); de ahí al impresor, al transportista, al librero y al lector. El lector cierra el circuito porque influye en el autor tanto antes como después del acto de escribir. Los autores son lectores también. Al leer y al trabar contacto con otros lectores y escritores, los autores se forman conceptos sobre el género, el estilo y el sentido general de la empresa literaria que afectan a sus textos, tanto si componen sonetos al estilo de Shakespeare, como si redactan las instrucciones de montaje para un equipo de radio. Al escribir, el escritor puede estar respondiendo a críticas de sus obras anteriores o saliendo al paso de posibles reacciones que pueda suscitar su texto. Se dirige a un lector implícito y le responden críticos explícitos. Así, el circuito se cierra. Transmite mensajes transformándolos por el camino, conforme pasan del pensamiento a la escritura, de ahí a los caracteres impresos, y de vuelta al pensamiento. La historia de los libros versa sobre cada una de las fases de este proceso y sobre el proceso en su conjunto, en todas sus variaciones a lo largo del tiempo y del espacio, y su relación con otros sistemas económicos, sociales, políticos y culturales de su entorno.

Es un objetivo enorme. Para mantenerlo dentro de unas dimensiones manejables, los historiadores del libro generalmente desgajan uno de los segmentos del circuito de la comunicación y lo analizan aplicando los métodos de una de las disciplinas, por ejemplo, la historia de la imprenta, que estudian utilizando el análisis bibliográfico. Pero las distintas partes no cobran todo su significado a menos que se las ponga en relación con el todo. Parece necesaria una visión holística del libro como medio de comunicación si queremos evitar que la historia de los libros acabe dividida en fragmentos

esotéricos y especializados, aislados entre sí a causa de técnicas arcanas y mutua incomprensión. El modelo que muestra la figura en la página siguiente ofrece una visión del proceso de comunicación en su totalidad. Si efectuamos algunos pequeños ajustes, puede valer para todas las épocas del libro impreso (los libros manuscritos y las ilustraciones son un caso aparte), pero me gustaría discutir esta relación en el marco de la época que mejor conozco –el siglo XVIII– analizándola fase por fase y mostrando cómo cada una de ellas conecta: (1) con otras actividades que está realizando una persona dada en un punto dado del circuito, (2) con otras personas situadas en el mismo punto pero de otros circuitos, (3) con otras personas en otros puntos del mismo circuito, y (4) con otros elementos de la sociedad. Los primeros tres aspectos repercuten directamente sobre la transmisión de un texto, mientras que el último se relaciona con influencias externas, que pueden ser infinitamente variables. En aras de la simplicidad, he reducido este último a las tres categorías generales que vemos en el centro del diagrama.

Los modelos congelan a las personas y las extraen de la historia. Para vestir mi caso con un poco de carne y hueso, y para demostrar cómo puede iluminar un caso real, lo aplicaré a la historia de la publicación de las *Cuestiones sobre la Enciclopedia* de Voltaire, una importante obra de la Ilustración que influyó en las vidas de muchos hombres del mundo de los libros del siglo XVIII. Podría examinar cualquier punto del circuito de la transmisión; por ejemplo, la etapa de composición, cuando Voltaire redactó su texto y orquestó su difusión para fomentar su campaña contra la intolerancia religiosa, tal como nos han enseñado sus biógrafos; o cuando fue impresa, una fase en la que el análisis bibliográfico ayuda a probar que las ediciones se multiplicaron; o el momento de su incorporación a los anaqueles de las librerías donde, según las estadísticas elaboradas por los historiadores de la literatura, las obras de Voltaire ocupaban una cantidad de espacio impresionante. Sin embargo, me gustaría centrarme en el eslabón menos conocido del proceso de difusión –el papel del librero, usando como ejemplo a Pierre Rigaud, de Montpellier– y analizarlo bajo los cuatro aspectos antes mencionados.


AUTOR
EDITOR
IMPRESORES
(tipógrafos, impresores, depositarios)
PROVEEDORES
(papel, tinta, tipos, mano de obra)
ENCUADERNADOR
LECTORES
(compradores, prestatarios, clubes, bibliotecas)
Influencias intelectuales y publicidad
Coyuntura económica y social
Sanciones políticas y legales
TRANSPORTISTAS
(agentes, contrabandistas, almacenista provisional, cochero, etc.)
LIBREROS
(al por mayor, al por menor, vendedor ambulante, encuadernador, etc.)

I

El 16 de agosto de 1770, Rigaud pidió en firme 30 ejemplares de la edición en octavo, en nueve volúmenes, de las *Cuestiones* que poco antes había empezado a imprimir la Société Typographique de Neuchâtel (STN) en el principado prusiano de Neuchâtel, situado en el lado suizo de la frontera franco-suiza. Por regla general, a Rigaud le gustaba leer al menos algunas páginas de un nuevo libro antes de incorporarlo a sus existencias, pero pensaba que las *Cuestiones* era una apuesta tan segura, que se arriesgó a hacer a ciegas un pedido bastante grande. Personalmente no simpatizaba con Voltaire. Más bien al contrario: deploraba la costumbre de este filósofo de hacer enmiendas a sus libros, de añadir y suprimir párrafos, a la vez que colaboraba con ediciones piratas a espaldas de sus editores originales. Estas prácticas provocaban reclamaciones por parte de los clientes, que se quejaban de recibir textos de calidad inferior (o menos audaces). «Resulta sorprendente que ni siquiera al final de su carrera el Sr. Voltaire renuncie a timar a los libreros», se quejaba Rigaud a la STN. «Y daría igual si de todas estas tretas, estafas y patrañas se culpara al autor, pero desgraciadamente, por norma se hace responsable de ellas a los impresores y, sobre todo, a los libreros.» Voltaire amargaba la vida a los libreros, pero se vendía bien.

Los demás libros de la tienda de Rigaud no eran nada «voltaireanos». Sus catálogos muestran que estaba más o menos especializado en libros de medicina, para los que en Montepellier siempre había demanda gracias a la famosa Facultad de Medicina de su universidad. Rigaud, con mucha discreción, ofrecía también libros protestantes, ya que Montpellier estaba en territorio hugonote. Y cuando las autoridades miraban hacia otro lado, recibía alguna caja de libros prohibidos. Pero en general surtía a sus clientes de libros de todo tipo, que sacaba de un fondo valorado en al menos 45.000 libras, el más grande de Montpellier y seguramente de la región de Languedoc, según un informe del subdelegado de Intendencia.

El procedimiento seguido por Rigaud para hacer un pedido ilustra la naturaleza de su negocio. Al contrario de otros grandes comerciantes de provincias, que se arriesgaban pidiendo cien o más

ejemplares de un libro cuando se olían que podía ser un *best-seller*; rara vez pedía más de media docena de ejemplares. Leía de todo, consultaba a los clientes, sondeaba el mercado a través de su correspondencia comercial y estudiaba los catálogos que le enviaban la STN y sus otros proveedores (en 1785, el catálogo de la STN había alcanzado los 750 títulos). Hecho esto, elegía unos diez títulos y pedía un número de ejemplares equivalente a una caja de 25 kilos, el peso mínimo para poder aprovechar la tarifa de transporte reducida que cobraban los carreteros. Si los libros se vendían bien, los reponía, pero por lo general hacía pedidos pequeños, cuatro o cinco al año. De esta forma, conservaba su capital, minimizaba los riesgos, e hizo acopio de un fondo tan extenso y variado que su tienda se convirtió en una cámara de compensación para todo tipo de demandas librescas de la región.

La pauta seguida por los pedidos de Rigaud, según se aprecia claramente en los libros de contabilidad de la STN, refleja que ofrecía a sus clientes de todo un poco: libros de viajes, historias, novelas, obras religiosas, y algún que otro tratado científico o filosófico. En lugar de guiarse por sus propias preferencias, parece que transmitía la demanda con bastante precisión y que vivía siguiendo los preceptos dictados por la sabiduría tradicional del librero, que otro cliente de la STN resumía así: «Para el librero, un buen libro es el que se vende». Dada la cautela con la que Rigaud llevaba su negocio, parece especialmente significativo que pidiera en firme treinta juegos de nueve volúmenes de las *Cuestiones*. No hubiera apostado tanto dinero por una sola obra a no ser que se sintiera seguro de la demanda; y sus pedidos posteriores demuestran que no se equivocó. El 19 de junio de 1772, al poco de recibir el último envío del último volumen, Rigaud pedía otra docena de juegos; y aún pidió otros dos más dos años después, a pesar de que para entonces la STN había agotado su edición. Había impreso una tirada alta, 25.000 ejemplares, más o menos el doble de la tirada habitual, y los libreros se habían apresurado a comprarla. Así que el pedido de Rigaud no era ninguna aberración. Era expresión de una corriente «voltaireana» de pensamiento que se había extendido entre el público lector del Antiguo Régimen.

II

¿Qué nos dice el pedido de las *Cuestiones sobre la Enciclopedia* si lo examinamos desde el punto de vista de las relaciones de Rigaud con los demás libreros de Montpellier? En el almanaque de los comerciantes de libros de 1777 se citan nueve:

Impresores-Libreros:
Aug. Franç. Rochard, Jean Martel

Libreros:
Isaac-Pierre Rigaud, J. B. Faure, Albert Pons, Tournel, Bascon, Cézary, Fontanel

Pero según el informe de un agente comercial de la STN, sólo había siete. Rigaud y Pons se habían fusionado y dominaban totalmente el comercio local; Cézary y Faure sobrevivían más o menos; y el resto bordeaba la bancarrota instalados precariamente en pequeñas tiendas. Algún que otro encuadernador o vendedor ambulante también ofrecía libros –la mayoría de ellos prohibidos– a los lectores más aventureros de la ciudad. Por ejemplo, *demoiselle* Bringand, conocida como «la madre de los estudiantes», guardaba algunos frutos prohibidos «bajo la cama de la habitación de la derecha del segundo piso», según se lee en el informe sobre la redada instigada por los libreros con negocios bien establecidos. En la mayoría de las ciudades de provincias el comercio se desarrollaba siguiendo pautas similares, que podemos imaginar como una serie de círculos concéntricos: en el centro, una o dos empresas que intentan monopolizar el mercado; en los márgenes, un puñado de pequeños comerciantes que sobreviven especializándose en libritos de versos, tratados religiosos y volúmenes antiguos, y organizando clubes de lectura *(cabinets litteráires)* y talleres de encuadernación, o vendiendo su mercancía de forma ambulante por la provincia; y allende los límites de la legalidad, los aventureros, que entran y salen del mercado vendiendo literatura prohibida.

Cuando realizó su pedido de las *Cuestiones*, Rigaud estaba consolidando su posición central en el mercado. Su fusión con Pons en 1770 le aportó capital y activos suficientes para aguantar los contratiempos –envíos que se retrasaban, deudores morosos, crisis de liquidez–, que tantas veces daban al traste con empresas más pequeñas. Además, jugaba fuerte. Cuando en 1781 Cézary, dueño de uno de los comercios de tamaño mediano, no pudo pagar algunas de sus facturas, Rigaud le echó del negocio organizando una intriga entre los que le habían prestado dinero. Se negaron a renegociar los plazos de pago, consiguieron que le encarcelaran por impago y le forzaron a vender sus existencias en una subasta, en la que mantuvieron los precios bajos mientras se daban un festín con sus libros. Rigaud controlaba a la mayoría de los encuadernadores de Montpellier haciéndose su cliente y les presionaba para que los asuntos de los demás libreros sufrieran retrasos y pequeños problemas. En 1789 ya sólo quedaba uno, Abraham Fontanel, que mantenía su solvencia sólo gracias a un *cabinet littéraire*, hecho que «provoca al Sr. Rigaud fuertes ataques de celos, pues quiere ser el único y todos los días me muestra su odio», como confió Fontanel a la STN.

Rigaud no sólo eliminaba a la competencia porque les ganaba en el «todo vale» que imperaba en el capitalismo comercial de principios de la Edad Moderna en Francia. Sus cartas, las de ellos y la correspondencia de muchos otros libreros, muestran una contracción del comercio del libro a partir de finales de la década de 1770 y en la de 1780. En los malos tiempos, los libreros grandes echaban a los pequeños, y quien era duro de pelar sobrevivía a los que eran vulnerables. Desde el principio, Rigaud había sido un avispado cliente de la STN. Pedía sus ejemplares de las *Cuestiones* a Neuchâtel, donde la STN imprimía una edición pirata –y no a Ginebra, donde el impresor habitual de Voltaire, Gabriel Cramer, estaba editando el original– porque había conseguido condiciones mejores. También exigía un servicio mejor, sobre todo cuando los demás libreros de Montpellier, que compraban a Cramer, recibieron sus ejemplares antes que él. El retraso provocó un aluvión de cartas de Rigaud a la STN. ¿Por qué la STN no podía trabajar más deprisa? ¿Es que no sabían que sus clientes se estaban pasando a la compe-

tencia? En adelante, no le quedaría más remedio que hacer sus pedidos a Cramer si ellos eran incapaces de realizar sus envíos más deprisa y a mejor precio. Cuado por fin llegaron de Neuchâtel los tres primeros volúmenes, en las demás librerías ya estaban a la venta los volúmenes cuatro a seis. Rigaud comparó los textos, palabra por palabra, y se dio cuenta de que la edición de SNT no incluía el material adicional que ésta decía recibir bajo cuerda de Voltaire. Entonces, ¿cómo iba él a promocionar el libro diciendo que contenía «añadidos y enmiendas»? Las cartas de Montpellier a Neuchâtel iban cargadas de recriminaciones y muestran a las claras que Rigaud estaba dispuesto a aprovechar cualquier ventaja, por ínfima que fuera, que le pusiera por delante de sus competidores. Y lo que es aún más importante: demuestra que las *Cuestiones* se estaba vendiendo en todo Montpellier a pesar de que no podía distribuirse legalmente en Francia. Y lejos de permanecer confinada a la venta clandestina a través de personajes marginales como «la madre de los estudiantes», la obra de Voltaire resultó ser un objeto de lo más apetecible en la lucha por los beneficios que se desarrollaba en el corazón mismo del comercio del libro. Cuando comerciantes como Rigaud estaban peleando con uñas y dientes por sus pedidos, Voltaire podía estar seguro de que sus ideas se estaban difundiendo a través de las principales vías del sistema de comunicación francés.

III

El papel de Voltaire y de Cramer en el proceso de difusión plantea el problema de cómo hacer encajar la operación de Rigaud en las otras etapas del ciclo vital de las *Cuestiones*. Rigaud sabía que no le estaban sirviendo una primera edición; la STN le había enviado una circular a él y a sus otros clientes principales explicando que reproduciría el texto de Cramer pero con correcciones y añadidos del propio autor, de forma que su versión sería superior al original. Uno de los directores de la STN había visitado a Voltaire en Ferney, en abril de 1770, y regresó con la promesa de que Voltaire retocaría los

pliegos impresos que recibiría de Cramer y que éstos serían enviados a Neuchâtel para imprimir una edición pirata. Voltaire solía emplear estas artes. Le ofrecían la oportunidad de mejorar la calidad y de incrementar la cantidad de sus libros, que así servían a su propósito principal, que no era ganar dinero, pues no vendía sus escritos a los impresores, sino difundir la Ilustración. Sin embargo, el ánimo de lucro era lo que mantenía en marcha el resto del sistema. Así que cuando Cramer se enteró de que la STN iba a hacer una incursión en su mercado, protestó ante Voltaire; éste se retractó de su promesa a la STN y ésta tuvo que conformarse con una edición diferida que recibiría de Ferney, pero con sólo añadidos y correcciones mínimas. De hecho, este contratiempo no perjudicó las ventas porque en el mercado había espacio suficiente para absorber varias ediciones, no sólo la de la STN sino también otra que Marc Michel Rey había editado en Ámsterdam, y seguramente otras más. Los libreros podían elegir entre varios proveedores y elegían basándose en cualquier beneficio, por pequeño que fuese, que pudieran obtener con respecto al precio, la calidad, la rapidez y la fiabilidad de la entrega. Rigaud trataba habitualmente con editores de París, Lyon, Rouen, Avignon y Ginebra. Utilizaba a unos para sacar ventajas a los otros, y a veces pedía un libro a dos o tres de ellos para asegurarse de que lo tendría antes que la competencia. Usando simultáneamente varios circuitos, aumentaba su espacio de maniobra. Pero en el caso de las *Cuestiones* le ganaron por la mano y se vio obligado a recibir su mercancía a través de la ruta un tanto tortuosa que iba de Voltaire a Cramer, de Cramer a Voltaire y de Voltaire a la STN.

Esta ruta había servido solamente para llevar el libro del autor a la imprenta. Para que los pliegos impresos llegaran hasta Rigaud, en Montpellier, desde el taller de la STN en Neuchâtel, tenían que superar una de las etapas más complejas del circuito vital del libro. Podían tomar una de las dos rutas principales. La primera conducía de Neuchâtel a Ginebra, Turín, Niza (que entonces aún no pertenecía a Francia) y Marsella. Tenía la ventaja de evitar el territorio francés –y el riesgo de que los pliegos fueran confiscados– pero implicaba un gran rodeo y muchos gastos. Había que transportar

los libros a través de los Alpes y pasarían por las manos de todo un ejército de intermediarios –agentes, barqueros, carreteros, almacenistas, capitanes de barco y estibadores– antes de que arribaran al almacén de Rigaud. Los mejores transportistas suizos aseguraban que podían llevar un barco hasta Niza en un mes por trece libras, esto es, ocho *sous* por quintal, pero sus cálculos resultaban demasiado optimistas. La ruta directa desde Neuchâtel a Lyon, bajando por el Ródano, era rápida, barata y fácil, pero peligrosa. Había que sellar los cajones de embalaje en cuanto entrasen en Francia y eran inspeccionados por el gremio de libreros y el real inspector del libro en Lyon; después se volvían a cargar y eran inspeccionados de nuevo en Montpellier.

Siempre cauto, Rigaud pidió a la STN que enviara los primeros volúmenes de las *Cuestiones* por la ruta larga, porque sabía que podía fiarse de su agente de Marsella, Joseph Coulomb, para asegurar que los libros llegaran a Francia sin contratiempos. Salieron el 9 de diciembre de 1771 pero no llegaron hasta después de marzo, cuando los rivales de Rigaud ya estaban vendiendo los tres primeros volúmenes de la edición de Cramer. Los volúmenes dos y tres llegaron en julio, pero con costes de transporte aún pendientes, y dañados por haber recibido un trato poco cuidadoso. «Es como si estuviéramos a cinco mil o seis mil leguas de distancia», se quejaba Rigaud, añadiendo que se arrepentía de no haber hecho el negocio con Cramer, cuyos envíos ya iban por el volumen número seis. Para entonces, la STN estaba tan preocupada por el riesgo de perder a sus clientes en el sur de Francia que había montado una operación de contrabando en Lyon. Su hombre, un librero marginal llamado Joseph-Louis Berthoud, consiguió pasar los volúmenes cuatro y cinco sin que se enteraran los inspectores del gremio, pero después su negocio se hundió en la bancarrota y, para empeorar aún más las cosas, el gobierno francés impuso una tasa de sesenta libras por quintal a todas las importaciones de libros. La STN volvió a usar la ruta alpina, ofreciendo llevar sus envíos hasta Niza por quince libras el quintal si Rigaud corría con el resto de los gastos, incluido el impuesto de aduana. Pero Rigaud sintió que el impuesto suponía un golpe tan fuerte al comercio internacional que

suspendió todos sus pedidos a proveedores extranjeros. La nueva política de aranceles había convertido en algo sumamente caro camuflar los libros prohibidos y enviarlos a través de los canales comerciales normales como si fueran libros legales.

En diciembre, el agente de la STN en Niza, Jacques Deandreis, de alguna manera consiguió hacer llegar un envío del volumen seis hasta Rigaud a través del puerto de Sète, supuestamente cerrado a las importaciones de libros. Después, el gobierno francés, al darse cuenta de que casi había aniquilado el comercio de libros extranjeros, bajó el arancel a 26 libras por quintal. Rigaud propuso a sus proveedores compartir los costes: pagaría un tercio si ellos pagaban dos. Esta propuesta le pareció asumible a la STN, pero en la primavera de 1772 Rigaud decidió que la ruta por Niza, en cualquier caso, era demasiado cara. Como debido a las quejas de sus otros clientes la STN había llegado a la misma conclusión, despachó a uno de sus directores a Lyon y éste consiguió convencer allí a un comerciante más fiable, J.-M. Barret, de que pasara los envíos por el gremio local y se los hiciera llegar a sus clientes de la provincia. Gracias a este acuerdo, los últimos tres volúmenes llegaron ese verano sin problemas.

Conseguir que el pedido completo llegara hasta Montpellier había requerido bastante dinero y esfuerzo, y tanto la STN como Rigaud no dejaron de modificar sus rutas de suministros una vez culminada aquella transacción. Como las presiones económicas y políticas iban variando, constantemente tenían que rehacer su organización dentro del complicado mundillo de los intermediarios, que eran quienes conectaban a imprentas y libreros, y que tantas veces determinaban, en última instancia, qué literatura llegaba hasta los lectores franceses.

No es posible averiguar cómo asimilaban los lectores sus lecturas. Un análisis bibliográfico de todos los ejemplares que es posible localizar no mostraría la variedad de textos disponibles. Un estudio de los archivos notariales de Montpellier podría indicarnos cuántos ejemplares aparecían como parte de una herencia, y las estadísticas realizadas a partir de los catálogos de las subastas quizá nos permitiesen calcular su número en las grandes bibliotecas pri-

vadas. Pero con la documentación actual no es posible saber quiénes fueron los lectores de Voltaire y cómo respondieron a su texto. En el circuito que siguen los libros, la lectura sigue siendo la etapa más difícil de investigar.

IV

Todas las etapas del circuito se vieron afectadas por las condiciones sociales, económicas, políticas e intelectuales de su tiempo, pero Rigaud sintió su repercusión en el contexto local. Vendía libros en una ciudad de 31.000 habitantes. A pesar de tener una importante industria textil, Montpellier era en realidad un anticuado centro administrativo y religioso con una gran riqueza de instituciones culturales, entre ellas, una universidad, una academia de las ciencias, doce logias masónicas y 16 comunidades monásticas. Y porque era sede de los estados provinciales de la región del Languedoc y de una intendencia, había también varios tribunales y una numerosa población de abogados y funcionarios reales. En caso de que éstos se parecieran a sus pares en otras capitales de provincia, probablemente formasen una buena parte de los clientes de Rigaud y seguramente les gustara la literatura de la Ilustración. En sus cartas, Rigaud no menciona la extracción social de sus clientes, pero consigna que le reclamaban las obras de Voltaire, Rousseau y Raynal. Muchos se suscribieron a la *Encyclopédie* e incluso le pedían tratados ateístas como *Système de la nature* y *Philosophie de la nature*. En asuntos de cultura, Montpellier no era un lugar atrasado y era un buen territorio para el libro. «En esta ciudad hay bastante comercio del libro», observó un visitante en 1768. «Los libreros han mantenido bien surtidos sus comercios desde que los habitantes desarrollaron el gusto por tener una biblioteca.»

Estas eran las condiciones favorables que imperaban cuando Rigaud encargó su pedido de las *Cuestiones*. Pero a principios de la década de 1770 la situación empeoró y en la década de 1780 Rigaud, como casi todos los libreros, se quejaba de un fuerte descenso de su negocio. Según el estudio canónico de C. E. Labrousse, en aque-

llos años se contrajo toda la economía francesa. Desde luego, las finanzas del Estado se derrumbaron, de ahí la desastrosa tasa sobre el libro de 1771, que parte del intento fallido del controlador general de finanzas, el abate Joseph Marie Terray, por reducir el déficit acumulado por la Guerra de los Siete Años. El gobierno también trató de acabar con los libros pirateados y prohibidos, primero, en 1771-1774, aumentando el control policial, y más tarde, en 1777, a través de una reforma general del comercio del libro. Estas medidas arruinaron los negocios de Rigaud con la STN y los otros editores que habían crecido a lo largo de las fronteras francesas en los prósperos años de mediados de siglo. Los editores extranjeros publicaban tanto ediciones originales de obras que no habían pasado la censura de París, como ediciones piratas de libros que habían publicado los editores parisinos. Como los parisinos habían establecido un monopolio virtual sobre la industria editorial legal, sus rivales de provincias formaron alianzas con las editoriales extranjeras y miraban hacia otro lado cuando los envíos desde el extranjero llegaban para su inspección a las cámaras gremiales *(chambres syndicales)* provinciales. Bajo Luis XIV, el gobierno había utilizado el gremio de París como instrumento para suprimir el comercio ilegal, pero bajo Luis XV su control se fue relajando hasta que, tras la caída del ministerio del duque de Choiseul (diciembre de 1770), dio comienzo una nueva época de dificultades. Así vemos que la relación de Rigaud con la STN encaja perfectamente en el patrón de la política y la economía que había imperado en el comercio del libro desde principios del siglo XVIII y que comenzaba a desmoronarse justo cuado las primeras cajas de las *Cuestiones* estaban viajando de Neuchâtel a Montpellier.

Es posible que otras investigaciones revelen otros patrones, ya que no es obligado ni aplicar el modelo, ni hacerlo de esta forma. No defiendo que haya que escribir la historia de los libros siguiendo una fórmula estándar. Lo que quiero mostrar es que es posible reunir sus diferentes segmentos en un solo esquema conceptual. Puede que otros historiadores del libro prefieran otros esquemas. Quizá se centren en el comercio del libro en la región de Languedoc, como

es el caso de Madeleine Ventre, o en la bibliografía general de Voltaire, como lo hacen Giles Barber, Jerome Vercruysse y otros, o en las pautas generales de la producción de libros en la Francia del siglo XVIII, a la manera de François Furet y Robert Estivals. Pero con independencia de cómo definan su tema, no extraerán todo su significado a menos que lo pongan en relación con todos los elementos que componen el circuito de transmisión de un texto. Para dejar aún más claro qué quiero decir, volveré a repasar el circuito modelo, señalando las cuestiones que ya han sido investigadas con éxito o que parecen maduras para una investigación más profunda.

I. LOS AUTORES

A pesar de la proliferación de las biografías de los grandes escritores, las condiciones fundamentales en las que se desarrolló la escritura en casi todas las épocas permanecen en la oscuridad. ¿Cuándo se liberaron los escritores del mecenazgo de los nobles adinerados y del patrocinio del Estado para vivir de su pluma? ¿Cuál era la naturaleza de una carrera literaria y cómo se desarrollaba? ¿Cómo se relacionaban los escritores con los editores, los impresores, los libreros, los críticos y los demás escritores? Hasta que no tengamos las respuestas a estas preguntas, no terminaremos de saber cómo se transmite un texto. Voltaire podía aliarse en secreto con editores piratas porque no escribía para vivir. Un siglo después, Zola declaraba que la independencia de un escritor se fundaba sobre la venta de su prosa al mejor postor. ¿Cómo ocurrió esta transformación? La obra de John Lough apunta una respuesta, pero la evolución de la República de las Letras en Francia se podría estudiar de forma más sistemática profundizando en la investigación de las fichas de la policía, los almanaques literarios y las bibliografías (*La France littéraire* da los nombres y los títulos de las publicaciones de 1.187 escritores en 1757, y 3.089 en 1784). La situación en Alemania es menos clara debido a la fragmentación de los estados alemanes antes de 1871. Pero los investigadores empiezan a explotar fuentes como *Das gelehrte Teutschland*, que registra cuatro mil

escritores en 1779, y a realizar estudios regionales y monográficos que les permiten establecer conexiones entre autores, editores y lectores. Marino Berengo ha demostrado que es posible descubrir bastantes cosas sobre la relación en Italia entre autores y editores. Y la obra de A. S. Collins sigue siendo un excelente estudio de la figura del autor en Inglaterra, aunque necesita ser actualizada y ampliada para cubrir el periodo posterior al siglo XVIII.

II. LOS EDITORES

Gracias a los artículos que publica el *Journal of Publishing History* y a monografías como *The World of Aldus Manutius*, de Martin Lowry, *Charles Dickens and His Publishers*, de Robert Patten, o *Entrepreneurs of Ideology: Neoconservative Publishers in Germany, 1890-1933*, de Gary Stark, empezamos a saber más sobre el papel clave que juegan los editores. Pero aún hay que hacer un estudio más sistemático del editor como figura específica y de su relación con el librero y el impresor. Los historiadores apenas han empezado a estudiar los documentos de los editores, a pesar de que éstos son, con mucho, la fuente más rica para la historia de los libros. Los archivos de la editorial Cotta en Marbach, por ejemplo, contienen más de 150.000 documentos, pero hasta ahora sólo han servido para buscar datos sobre Goethe, Schiller y otros escritores célebres. Seguro que investigados a fondo darían muchísima información sobre el libro como fuerza motriz en la Alemania del siglo XIX. ¿Cómo formulaban los editores los contratos con los autores?, ¿cómo formaban alianzas con los libreros o negociaban con las autoridades políticas, o gestionaban sus finanzas, los suministros, los envíos y la publicidad? Las respuestas a estas preguntas podrían llevar la historia del libro al terreno de la historia social, económica y política, para su mutuo beneficio.

El Proyecto para la Bibliografía Histórica de Newcastle upon Tyne y el Instituto de Literatura y Técnicas Artísticas de Masas en Burdeos ofrecen un ejemplo de la dirección que ha tomado ya la cooperación interdisciplinaria. El grupo de Burdeos ha tratado de seguir el rastro de los libros a través de distintos sistemas de distri-

bución para desvelar cómo viven el contacto con los libros distintos grupos de personas en la Francia actual. Los investigadores de Newcastle han estudiado el proceso de distribución mediante el análisis cuantitativo de listados de suscripciones, ampliamente utilizados en las campañas comerciales de los editores británicos desde principios del siglo XVII hasta principios del siglo XIX. Algo parecido podría hacerse con los catálogos y los folletos que han estado coleccionando centros de investigación, como la Biblioteca Newberry. La publicidad del libro está por investigar. Se podría aprender mucho sobre la actitud hacia los libros y el contexto en que se utilizan analizando su presentación –la estrategia de captación de interés, los valores invocados por el mensaje publicitario– en soportes de todo tipo, desde los anuncios en revistas hasta los carteles. Los historiadores americanos se han servido de los anuncios publicados en periódicos para trazar un mapa de la difusión de la palabra impresa hasta los lugares más recónditos de la sociedad colonial. Consultando los documentos de los editores podrían profundizar aún más en el estudio de los siglos XIX y XX. Lamentablemente, los editores suelen tratar sus archivos como si fueran basura. Aunque guarden las cartas de algún autor famoso, tiran sus libros de contabilidad y su correspondencia comercial, que generalmente son las fuentes de información más importantes para los historiadores del libro. El Centro del Libro de la Biblioteca del Congreso está compilando una guía de los archivos de los editores. Si pudieran conservarse y estudiarse, es posible que aportaran una visión distinta de la historia americana.

III. LOS IMPRESORES

La imprenta es, con mucho, la etapa mejor estudiada del proceso de producción y difusión de los libros, ya que ha sido el tema favorito del análisis bibliográfico cuyo propósito, tal como lo definen R. B. McKerrow y Philip Gaskell, es «dilucidar la transmisión de textos explicando los procesos de producción de los libros». Los bibliógrafos han contribuido de forma importante al análisis crítico de

textos, por ejemplo, de las obras de Shakespeare, construyendo, a partir de la estructura de un libro, una cadena de inferencias que conduciría hasta su impresión y con ello hasta el texto original, como los manuscritos perdidos de Shakespeare. Sin embargo, hace poco D. F. McKenzie ha desmontado este razonamiento. Pero si bien los bibliógrafos nunca podrán reconstruir el original de Shakespeare, sí pueden probar la existencia de distintas ediciones de un texto y de sus distintos estadios de edición, algo muy útil para los estudios sobre difusión. Sus técnicas también han permitido descifrar los documentos de los impresores, iniciando una fase nueva, archivística, en la historia de la imprenta. Gracias al trabajo de McKenzie, Leon Voet, Raymond de Roover y Jacques Rychner tenemos ahora una imagen clara de cómo operaban las imprentas durante la época de las prensas manuales (aproximadamente 1500-1800). Queda por estudiar la época posterior y podemos plantear nuevas preguntas: ¿cómo calculaban los costes y organizaban la producción los impresores, sobre todo después de que se extendieran la impresión de encargo y el periodismo? ¿Cómo cambiaron los presupuestos para un libro cuando surgió el papel fabricado a máquina en la primera década del siglo XIX, y la linotipia en la década de 1880? ¿Cómo afectaron los cambios tecnológicos a la gestión de la mano de obra? ¿Y qué papel jugaron los tipógrafos, un sector de la clase trabajadora con una capacidad de expresión y un sentimiento militante poco habituales en la historia obrera? Puede que al profano en la materia el análisis bibliográfico le parezca algo misterioso, pero podría aportar mucho a la historia social y de la literatura, sobre todo si lo salpimentamos con la lectura de los manuales de imprenta y las autobiografías de los impresores, empezando por las de Thomas Platter, Thomas Gent, N. E. Restif de la Bretonne, Benjamin Franklin y Charles Manby Smith.

IV. LOS TRANSPORTISTAS

Se sabe muy poco sobre cómo llegaban los libros de las imprentas a las librerías. Es posible que las carretas, las barcazas, los barcos

mercantes, el correo y el ferrocarril hayan influido en la historia de la literatura más de lo que sospechamos. Quizá los transportes no hayan afectado mucho al comercio del libro en grandes centros editoriales como Londres o París, pero a veces determinaban el ritmo de los negocios en las zonas remotas. Antes del siglo XIX, los libros solían enviarse en pliegos para que el cliente los encuadernara conforme a su gusto y su bolsillo. Viajaban en grandes balas envueltas en un papel grueso y era fácil que los dañaran la lluvia y la fricción de las cuerdas. En comparación con otras mercancías, como los textiles, su valor intrínseco era bajo pero sus costes de transporte elevados, debido al volumen y al peso de los pliegos. Por eso, el transporte con frecuencia suponía una parte muy importante del coste total de un libro y de la estrategia comercial de los editores. En gran parte de Europa los impresores no podían contar con que los pedidos llegaran hasta los libreros ni en agosto ni en septiembre, porque los carreteros abandonaban sus rutas para trabajar en la cosecha. En el Báltico, el comercio con frecuencia se paralizaba totalmente después de octubre porque el hielo cerraba los puertos. En todas partes, la rutas se abrían o se cerraban respondiendo a la presión ejercida por las guerras, la política, e incluso las primas de seguros. Desde el siglo XVI hasta hoy, la literatura poco ortodoxa ha viajado en grandes cantidades por caminos secretos, así que su influencia ha variado en función de la eficiencia de la industria del contrabando. Y otros tipos de libros, como los libritos religiosos o de poemas, o las novelitas truculentas, circulaban a través de un sistema de distribución especial que hay que investigar en mayor profundidad, si bien los historiadores del libro ya han empezando a desbrozar el terreno.

V. LOS LIBREROS

Gracias a algunos estudios clásicos -por ejemplo, los de H. W. Bennett sobre la Inglaterra de principios de la Edad Moderna, de L. C. Wroth sobre la América colonial, de H. J. Martin sobre la Fran-

cia del siglo XVII o los de Johann Goldfriedrich sobre Alemania– es posible dibujar una imagen general de la evolución del comercio del libro. Pero hace falta estudiar más a fondo la figura del librero como agente cultural, como intermediario entre proveedores y clientes en su lugar de encuentro clave. Todavía no sabemos lo suficiente sobre el mundo social e intelectual de hombres como Rigaud, sobre sus valores y sus gustos, sobre su encaje en la comunidad. Además, trabajaban en redes comerciales que se expandían o se deshacían igual que las alianzas en el mundo de la diplomacia. ¿Qué leyes gobernaban el ascenso y la caída de los imperios de la edición? Una comparación con la historia de las naciones podría revelar tendencias generales, como por ejemplo la fuerza centrípeta de los grandes centros como Londres, París, Frankfurt o Leipzig, que atraían hacia su órbita a las editoriales de provincias, pero también la tendencia contraria de crear alianzas entre comerciantes de provincias y proveedores situados en enclaves independientes como Lieja, Bouillon, Neuchâtel, Ginebra o Aviñón. Sin embargo, es difícil realizar comparaciones, pues en los distintos países el comercio se realizaba a través de instituciones distintas, y por ende generó distintos tipos de archivo. Los documentos de la London Stationer's Company, la Communauté des Libraires et Imprimeurs de París, y las Ferias del Libro de Leipzig y Frankfurt tuvieron una influencia importante sobre los distintos cursos que ha tomado la historia del libro en Inglaterra, Francia y Alemania.

Aun así, en todas partes los libros se vendían como objetos de consumo. Un estudio netamente económico de los libros daría un nuevo enfoque de la historia de la literatura. James Barnes, John Tebble y Frédéric Barbier han demostrado el peso del elemento económico en el comercio del libro del siglo XIX en Inglaterra, América y Francia. Pero aún se puede investigar más, por ejemplo, analizando los mecanismos de crédito, las técnicas de negociación de las letras de pago, la defensa contra la suspensión de pagos y la aceptación de pliegos impresos como pago en especie. Durante el Renacimiento y hasta principios de la Edad Moderna, el negocio del libro, al igual que los demás negocios, era un juego basado en la confianza, pero aún ignoramos cómo se jugaba.

VI. LOS LECTORES

A pesar de la ingente literatura sobre psicología, fenomenología, sociología y los propios textos, la lectura sigue siendo un misterio. ¿Cómo entienden los lectores los signos en una página impresa? ¿Cuáles son los efectos sociales de esta experiencia? ¿Cómo ha ido cambiando? Investigadores de la literatura como Wayne Booth, Stanley Fish, Wolfgang Iser, Walter Ong y Jonathan Culler han hecho de la lectura el principal objeto de la crítica de la literatura porque entienden la literatura como una actividad –la construcción de sentido dentro de un sistema de comunicación– más que como un canon de textos. El historiador del libro podría aprovechar conceptos como el de público imaginario, lector implícito y comunidades de interpretación, pero quizá las observaciones de estos investigadores le resulten algo estáticas. Estos críticos conocen la historia de la literatura (sobre todo, la inglesa del siglo XVIII), pero parecen suponer que los textos siempre han afectado la sensibilidad de los lectores de idéntica manera. Sin embargo, un burgués londinense del siglo XVII vivía en un universo mental distinto del de un catedrático americano del siglo XX. Y la propia lectura ha cambiado a lo largo del tiempo. Muchas veces se leía en voz alta y en grupo, o en secreto y con una intensidad que hoy apenas podemos imaginar. Carlo Ginsburg ha demostrado que un molinero del siglo XV podía infundir de muchísimo significado un texto determinado y Margaret Spufford nos ha enseñado que trabajadores aún más humildes lucharon por dominar la palabra impresa en la época de la *Aeropagitica**. En toda la Europa moderna, ya tuvieran el nivel de Montaigne o el de Menocchio, los lectores no se limitaban a descifrar los libros, sino que extraían de ellos un sentido. La lectura era una pasión mucho antes de que surgieran la *Lesewut* y el *Wertherfieber* en el Romanticismo; y sigue habiendo en ella «Sturm und Drang»** a pesar de la moda de la lectura rápida y de la visión de

---

* *Areopagitica*: tratado de John Milton contra la censura, escrito en 1644. (N. del T.)

** Se trata de tres fenómenos surgidos en Alemania hacia finales del siglo XVIII y como preludio al Romanticismo. *Lesewut*, o «manía lectora», se denominaba la

la literatura como un proceso de codificación y descodificación de mensajes.

Los textos conforman la respuesta de los lectores, por muy activos que éstos sean. Como ha observado Walter Ong, las primeras páginas de los *Cuentos de Canterbury* y de *Adiós a las armas* crean un marco y asignan al lector un determinado papel que no puede eludir, sin importar su opinión sobre las peregrinaciones o las guerras civiles. De hecho, la tipografía, el estilo y la sintaxis también determinan la forma en que un texto comunica un significado. McKenzie ha demostrado que el que Congreve, cuyas primeras obras publicadas en cuarto eran desvergonzadas y rebeldes, se convirtiera en el decoroso autor neoclásico de las *Obras,* publicadas en 1710, se debe más al diseño del libro que a que el texto hubiera sido expurgado por el editor. La historia de la lectura deberá reflejar tanto las maneras en que los textos constriñen a los lectores como las libertades que los lectores se toman con los textos. La tensión entre ambas tendencias ha surgido siempre que alguien se ha enfrentado a un libro con resultados extraordinarios, como es el caso de la lectura que Lutero hizo de las *Epístolas* de San Agustín, Rousseau de *El misántropo* o Kirkegaard del sacrificio de Isaac.

Si bien es posible capturar las importantes relecturas que se han hecho del pasado, quizá se nos escape la experiencia interior del lector corriente. Pero al menos deberíamos ser capaces de reconstruir, en gran parte, el contexto social de la lectura. El debate sobre la lectura en silencio de la Edad Media ha sacado a la luz pruebas contundentes sobre los hábitos de lectura. Por otra parte, el estudio de los clubes de lectura en Alemania, pues proliferaron extraordinariamente durante los siglos XVIII y XIX, ha probado la importancia que tuvo la lectura para el desarrollo de un estilo propio en la cultura burguesa. Los investigadores alemanes también

---

avidez por consumir libros, sobre todo novelas, sin reflexionar sobre ellos; *Wertherfieber*, «la fiebre de Werther», se denominó una ola de suicidios juveniles, supuestamente emulando al héroe de la novela, que siguió a la publicación en 1774 de la novela epistolar romántica de Goethe, «Las desventuras del joven Werther»; «Sturm und Drang», «tormenta e impulso», es el movimiento estético y literario precursor del romanticismo en Alemania. (N. del T.)

han aportado mucho a la historia de las bibliotecas y a todo tipo de estudios sobre la recepción de libros. Siguiendo las ideas de Rolf Engelsing, muchos de ellos mantienen que los hábitos de lectura cambiaron a finales del siglo XVIII. Antes de esta *Lesenrevolution*, esa revolución lectora, los lectores solían leer minuciosamente unos pocos textos una y otra vez, sobre todo la Biblia. Pero después devoraron todo tipo de material en busca de distracción más que de una lectura edificante. El deslizamiento de la lectura intensiva hacia la lectura extensiva coincidió con la desacralización de la palabra impresa. El mundo empezó a estar invadido de material de lectura y se empezó a tratar a los libros como bienes de consumo que podían descartarse, al igual que el periódico de ayer. Sin embargo, hace poco esta interpretación ha sido puesta en duda por Reinhart Siegert, Martin Welke y otros jóvenes investigadores, que han descubierto ejemplos de «lectura intensiva» en la recepción de obras efímeras como los almanaques y los periódicos, en concreto el *Noth- und Hülfsbüchlein* de Rudolph Zacharias Becker, un *best-seller* extraordinario de la época de Goethe. Pero tanto si el concepto de revolución lectora resiste o no, ha ayudado a unir la investigación sobre la lectura con aquella más general sobre la sociedad y la cultura. Lo mismo puede decirse de la investigación sobre la alfabetización, que ha permitido detectar, siquiera vagamente, los contornos de varios grupos dentro del público lector de dos o tres siglos atrás y establecer una relación entre un determinado libro y sus lectores en varios niveles de la sociedad. Cuanto más bajo el nivel, más intensamente es estudiado. La literatura popular ha sido uno de los temas de investigación favoritos de la última década a pesar de que crece el número de los que ponen en duda que los libritos baratos, como la *bibliothèque bleue*, representen una cultura popular autónoma o qué, de hecho, pueda trazarse una distinción clara entre los rasgos de una cultura de «élite» y otra «popular». Hoy parece poco apropiado concebir los cambios en la cultura como un desarrollo lineal o como un goteo desde las capas superiores hacia las inferiores. Las corrientes se movían también desde abajo hacia arriba, no sólo de arriba abajo, y se mezclaban por el camino. Personajes como Gargantúa, la Cenicienta o el Buscón aparecían una y otra vez en la tradición

oral, los libros populares y la literatura sofisticada, cambiando de nacionalidad y de género literario. Podemos seguir el rastro de las metamorfosis de las figuras más características incluso en los almanaques. ¿Qué revela la transformación del *Pobre Ricardo* en el *Buenhombre Ricardo* sobre la cultura literaria en América y Francia? ¿Y qué podemos averiguar sobre las relaciones entre Francia y Alemania si seguimos al *Mensajero cojo (der hinkende Bote, le messager boiteux)* en el tráfico de almanaques entre ambas orillas del Rin?

Las preguntas sobre qué se lee, quién lo lee, en qué situación se lee, en qué momento y con qué consecuencias, conectan los estudios de la lectura con la sociología. Los historiadores del libro pueden aprender cómo se investigan estas cuestiones de los libros de Douglas Waples, Bernard Berelson, Paul Lazarsfeld y Pierre Bourdieu. Podrían aprovechar los resultados de la floreciente investigación sobre la lectura realizada en la Universidad de Chicago entre 1930 y 1950 (y que, de vez en cuando, sigue apareciendo en los informes Gallup). Y como ejemplo de la corriente sociológica dentro de la historiografía, podrían consultar los estudios sobre la lectura (y la no lectura) entre la clase trabajadora inglesa durante los últimos dos siglos, llevados a cabo por Richard Altrick, Robert Webb y Richard Hoggart.

Todo esto remite a la pregunta general sobre cómo el contacto con la palabra impresa afecta nuestra forma de pensar. ¿Transformó la invención de los tipos móviles el universo mental del hombre? Como esta pregunta abarca tantos aspectos distintos de la vida en la Europa de principios de la Edad Moderna, quizá exista más de una repuesta, como nos ha enseñado Elisabeth Eisenstein. Pero debería ser posible saber con mayor certeza qué significaron los libros para la gente. El que se jurase sobre ellos, que sirvieran de obsequio, de premio y se dejaran en herencia, da pistas sobre su significado en las distintas sociedades. La iconografía de los libros podría indicarnos el peso de su autoridad incluso entre los trabajadores analfabetos cuando, en la iglesia, veían las imágenes de las tablas de los mandamientos de Moisés. El lugar de los libros en el folklore y de los motivos pertenecientes al folklore en los libros, prueban que las tradiciones orales y los libros se influían mutuamente cuando entra-

ban en contacto y que hay que estudiar los libros en relación con otros medios de comunicación. Las distintas líneas de investigación pueden dirigirnos hacia una variedad de direcciones, pero en último caso todas ellas deberían llevarnos a una comprensión más completa de la manera en que la imprenta ha dado forma a los intentos del hombre por entender la condición humana.

Es fácil perder de vista el objetivo más amplio porque los historiadores del libro con frecuencia se pierden por derroteros esotéricos o por campos especializados y aislados entre sí. Su trabajo puede ser tan disperso, incluso dentro de los límites de la literatura de un solo país, que es fácil perder toda esperanza de concebir la historia del libro como un solo tema que puede estudiarse desde una perspectiva comparativista abarcando toda la gama de estudios de la historia. Pues los libros no respetan los límites, ni de las lenguas ni de las naciones. Muchos fueros escritos por autores que pertenecían a la república internacional de las letras, compuestos por impresores que no estaban trabajando en su lengua materna, vendidos por libreros que operaban a través de las fronteras nacionales y leídos en una lengua distinta de aquella en que sus lectores hablaban. Como objeto de estudio, los libros se resisten a quedar confinados a una sola disciplina. Ni la historia, ni la literatura, ni la economía, ni la sociología, ni el análisis bibliográfico, pueden hacer justicia a todos los aspectos de la vida de un libro. Por su propia naturaleza, la historia de los libros debe ser internacional e interdisciplinaria. Pero esto no implica que vaya a carecer de coherencia conceptual, pues los libros son parte de circuitos de comunicación que operan conforme a pautas fijas, por muy complejas que sean. Al hacer visibles estos circuitos, los historiadores pueden demostrar que los libros no sólo cuentan la historia, sino que la hacen.

El criterio de los editores
determina lo que llegará a los lectores,
y los lectores dependen de ese criterio
más que nunca.

Tipos móviles

1. *El nuevo paradigma del sector del libro*
Manuel Gil & Francisco Javier Jiménez

2. *La sabiduría del editor*
Hubert Nyssen

3. *Escritor en la sombra*
Orlando de Rudder

4. *Editor*
Tom Maschler

5. *Conversaciones con Giulio Einaudi*
Severino Cesari

6. *Jérôme Lindon, mi editor*
Jean Echenoz

7. *Stet [vale lo tachado]. Recuerdos de una editora*
Diana Athill

8. *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*
Robert Darnton

9. *Erratas. Diario de un editor incorregible*
Marco Cassini

Trama editorial

C/ Blanca de Navarra, 6. 28010 Madrid (España)
Teléfono: 917 024 154. trama@tramaeditorial.es
www.tramaeditorial.es

«Este es un libro sobre los libros y una descarada apología del pasado, presente y futuro de la letra impresa. Su objetivo principal es participar en el debate sobre el lugar que deben ocupar los libros en el entorno digital, un ámbito que hoy en día es ya una realidad con notable repercusión en la vida de millones de personas. No es en absoluto mi intención condenar a los medios de comunicación digitales. Más bien me propongo explorar las posibilidades de convertirlos en aliados del inmenso poder que liberó Gutenberg hace más de cinco siglos. ¿Qué tienen en común los libros en papel y los libros electrónicos? ¿Qué ventajas comparten las bibliotecas e Internet? Puede que en un plano abstracto estas preguntas parezcan carentes de sentido, pero inciden de manera muy real en las decisiones que toman cada día los agentes que actúan en la industria editorial y de la comunicación.»

Robert Darnton

CREATIVE COMMONS

Trama editorial Tipos móviles, 8

9 788492 755363